# Mil grullas de papel

L. Farinelli



# Mil grullas de papel

L. Farinelli

**Diseño de portada:** L. Farinelli **Edición:** L. Farinelli / Betty Carrillo Z.
**Revisión:** San Mar Valerio
L. Farinelli, 2026

Venezuela
**E-mail:** lessfarinelli@gmail.com
**Facebook:** https://www.facebook.com/L.Farinelli
**Twitter:** @farinelli_l
**Instagram:** @l.farinellioficial
**Perfil de Amazon:** amazon.com/author/lfarinelli Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito del titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Los derechos de las canciones mencionadas en este libro pertenecen completamente a sus compositores, creadores y/o productores.

# Índice

Nota de la autora
Argumento
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
Libros publicados

# Nota de la autora

El título de este libro llevaba mucho tiempo esperando su historia; y llegó. Aunque el tema puede resultar un tanto sensible, traté de que los protagonistas de esta historia fuera la fe y el amor. Espero haberlo logrado.

Como siempre, gracias Betty, San, Bely, Dani, Nancy y Carol. Las adoro.

Kika, una vez más, mil gracias. El cariño que le pones a este mundo de la lectura y la escritura se te agradece desde el corazón.

Mil grullas de papel para todas l@s que me leen.

***L. Farinelli***

# Argumento

Cuando Amanda Gehry es contratada por la firma de arquitectos más prestigiosa de Manhattan, ella cree que su sueño se ha hecho realidad. La casualidad, o tal vez el destino, lleva a Amanda a conocer a Mirra en la sala de quimioterapia del hospital Saint Pilgrim. La primera vez que la vio, ella ni siquiera estaba despierta, pero los origamis en sus manos llamaron su atención. A partir de ese momento, Amanda se sumergirá en el mito de las mil grullas de papel y la magia que las envuelve. Una magia que conducirá a las dos protagonistas al amor, mientras van en busca de un milagro de vida.

*A Yiro.*
*Extrañaré tu compañía al escribir.*

*"No sé tú, pero yo me voy a trabajar"*
*Ya no vendrás.*

# 1

A esa hora del día, en el horizonte, las aguas del lago Jacqueline Kennedy Onassis parecían brillar gracias al radiante sol de finales de mayo. Estar en el piso veinte ayudaba a disfrutar de la espectacular vista del horizonte.

Amanda respiró hondo de pura satisfacción; su boca, de labios finos, la curvaba una ligera sonrisa mientras paseaba sus ojos almendrados, de color azul, por aquellas profundas aguas y, luego, un poco más allá, hacia los edificios al otro lado del lago. El paisaje era hermoso y el que la pared de fondo de su oficina fuera de cristal, del piso al techo, era un perfecto añadido arquitectónico.

Ella mantenía los codos apoyados sobre la superficie de su mesa de trabajo donde se extendía el plano del proyecto del que estaba encargada; en una posición relajada, tenía las manos entrelazadas y pegadas a los labios. Era sábado. Se suponía que no debía estar en su oficina, pero Bill Harper, el dueño de la firma de arquitectos para la que trabajaba, Harper Inc., cada tres meses organizaba donativos a hospitales y fundaciones dedicados a tratar pacientes con cáncer. Años atrás, el hombre había perdido a su hijo después de una intensa lucha contra la enfermedad; vivirlo de primera mano lo sensibilizó, así que era política de su firma que todos participaran en las visitas que hacían a esos lugares donde la esperanza y la fe, van de la mano. Esa sería la primera visita a la que Amanda asistiría.

Se suponía que esa mañana visitarían el hospital Saint Pilgrim, que disponía de una de las unidades más importante de la ciudad especializada en la atención de enfermos con cáncer, pero el autobús que los trasladaría había sufrido un percance, por lo que ya llevaba retrasado más de una hora. Ella aprovechó para echarle un nuevo vistazo al proyecto en el que trabajaba desde hacía dos meses, "Ola azul". Sin embargo, en lugar de ello, se quedó con la vista perdida en el lago y la ciudad, como la primera vez que estuvo ahí.

Un par de meses después de llegar a la firma ella seguía sin creer que estuviera ocupando un espacio tan grande y hermoso, al que se sumaba la vista. Desde que decidió que sería arquitecta, luchó por

ser exitosa, por tener una oficina de esa magnitud, en una firma de prestigio y con un sueldo respetable. Todo eso lo había logrado al aceptar ser parte de esa firma, y seguía alucinada. A diario, cuando se sentaba tras el escritorio o a su mesa de trabajo, tenía que pellizcarse para asegurarse de que no soñaba. Ya llevaba decenas de pellizcos, así que ahora comenzaba a sospechar que no estaba soñando.

Unos toques en la puerta la sobresaltaron; incluso se levantó de la silla, temiendo que fuera su jefe. Tras unos segundos, los toques se repitieron y oyó la voz de Charlotte, su compañera de trabajo más allegada. Una alta morena, de cabellera afro, que parecía una modelo en lugar de una arquitecta.

—¡Amanda, soy yo!

Ella respiró aliviada.

—¡Adelante!

La puerta se abrió y Charlotte asomó la cabeza.

—Ya el autobús está aquí —anunció—. Démonos prisa o nos dejarán.

Amanda sonrió.

—Ni soñarlo —dijo—. Quiero ir —se apresuró a agarrar su bolso que había dejado sobre el escritorio, se lo colgó en el hombro y se dirigió hacia la puerta.

Juntas se encaminaron hacia el ascensor.

—Quieres ir porque eres nueva. Visitar esos lugares no es fácil —apuntó Charlotte—. Es decir, sabemos que hay personas luchando contra esa enfermedad, pero ver sus rostros, conocer sus historias, te da un golpe de realidad.

Amanda fue quien pulsó el botón para llamar al ascensor. Las dos, a la vez, miraron el panel sobre las puertas. Charlotte frunció los labios al ver el piso uno iluminado.

—Puedo imaginarlo, pero es gratificante, ¿no te parece? —Acotó Amanda—. Quiero decir, darles un motivo para sonreír.

—Eso sí, es lindo verlos sonreír. En especial a los niños.

Volvieron a mirar el panel numérico; el ascensor ya estaba por llegar.

—Al iniciar la universidad me dije que cuando trabajara, buscaría una fundación benéfica para hacer donativos —comentó Amanda.

En ese momento, las puertas del ascensor se abrieron. Charlotte volteó a verla mientras entraban.

—¿Un granito de arena para cambiar al mundo?

Ella sonrió.

—Algo así, sí —respondió, mirándose en la pared de espejo del fondo. Ladeó la cabeza, asegurándose de que su cabello luciera bien. Su rubia y rizada cabellera parecía brillar gracias a la luz del techo. Sus pómulos altos y mentón redondo, le otorgaban una hermosa delicadeza que el maquillaje ayudaba a acentuar.

—Estás preciosa —dijo Charlotte—, ya deja el espejo que lo vas a desgastar.

La rubia rio.

—Exagerada.

—Nada de eso. Ya veré babear a los doctores del hospital cuando te miren.

Amanda la miró; se mordió el labio inferior por dentro. Conocía a su compañera el mismo tiempo que llevaba en la firma, todavía no estaba segura de decirle que, el que los doctores babearan por ella, ni le haría cosquillas. Que su interés se iba más bien por el lado de las doctoras.

—¡Ugh! No quiero babas —declaró.

Charlotte soltó una carcajada por su cara de repulsión justo en el instante en que se abrían las puertas del ascensor. Salieron a paso rápido y se encaminaron hacia el *lobby* del edificio. Ya no quedaba nadie del personal de la firma por los alrededores, así que se apresuraron a salir.

Riendo, echaron a correr hacia el autobús como dos niñas. A Amanda le sorprendió la elegancia del enorme vehículo; se notaba que la firma no escatimaba en gastos. Ni siquiera para una visita a un hospital.

Su jefe inmediato, el socio gerente de más experiencia de la firma, las miró con un gesto serio y reprobador cuando pasaron a su lado al entrar al autobús. Todavía, entre risas, avanzaron por el pasillo hasta llegar a los únicos dos asientos vacíos, al final.

—Te dije que nos dejarían —le reprochó Charlotte mientras se acomodaban en los asientos.

—Creí que bromeabas. Además, no nos dejaron.

—Pero casi —puntualizó.

—Pero no. Vaya, qué cómodo —dijo, recostándose por completo del asiento. Era ancho y acolchado; puro *confort*.

Justo en ese instante, el motor del autobús sonó más fuerte y entonces empezó a moverse.

—Suelo dormir cuando salimos a los hospitales —confesó Charlotte, arrellanándose en el asiento.

—No quiero oír tus ronquidos —le advirtió.

Charlotte rio.

—Eso es algo que no puedo prometer.

Amanda le dedicó una entornada.

—Si te duermes, te pintaré un bigote —amenazó.

Su compañera también entornó la mirada.

—No serías capaz —rebatió, escudriñándole los ojos.

La sonrisa que Amanda le ofreció le dijo que lo mejor era mantener los ojos abiertos.

# 2

En los hospitales se respira un olor particular; uno que no es fácil de inhalar, que incomoda. Al menos era así para Amanda. Ese olor a esterilidad. Una esterilidad que recuerda lo vulnerable que es el ser humano cuando la salud se quebranta.

El director de la Unidad de Oncología del Hospital Saint Pilgrim, en persona, recibió a Bill Harper y a su grupo de arquitectos y empleados. Amanda prestó especial atención al dueño de la firma; su gesto, por lo general rígido en las reuniones, en ese momento, le dio paso a una actitud más humilde, compasiva.

—Ya no te parece tan ogro, ¿cierto? —susurró Charlotte, al fijarse en como ella lo miraba.

—No —reconoció, sin apartar la vista de Harper.

—Espera a que lo veas con los niños.

Amanda abrió la boca para decir algo, pero, en ese instante, el director de la unidad los invitó a iniciar el recorrido.

En el autobús, les habían repartido varios sobres con cheques y, al llegar, le llenaron las manos con los obsequios que también les darían a los niños. Amanda cargaba con seis pequeños paquetes, mientras que Charlotte hacía malabares con cuatro, pues eran de mayor tamaño. Todos recibieron instrucciones; los obsequios azules para los niños y los rosados para las niñas. Los paquetes grandes eran para menores de cinco años.

Amanda tragó saliva en cuanto entró al área de hospitalización infantil. La cantidad de niños en ese lugar la sorprendió; debía haber al menos treinta. Todos los niños voltearon a mirarlos en cuanto se adentraron en la amplia sala. Fue Bill Harper quien dio el primer paso, acercándose a la cama más cercana. Entonces el grupo comenzó a dispersarse entre las camas.

—Vamos —le dijo Charlotte, invitando a su compañera a moverse también.

El corazón de Amanda latía acelerado, las piernas las sintió algo flojas cuando se acercó a una cama y los enormes ojos azules de un niño, casi tan rubio como ella, siguió cada uno de sus pasos.

—Hola —lo saludó en voz baja.

—Hola —respondió él.

A ella le pareció tan normal, tan sano, que le resultó irreal que estuviera ocupando esa cama; calculó que debía tener al menos ocho años.

—¿Cómo estás? —no sabía qué hacer, así que solo se le ocurrió preguntarle eso.

El pequeño se encogió de hombros.

—Creo que bien.

Ella sonrió.

—¿Cómo te llamas?

—Louis.

—Hola, Louis. Mi nombre es Amanda.

Louis le sonrió, pero luego posó la vista en los regalos que ella cargaba. A continuación, él miró a su alrededor; ya algunos niños abrían los obsequios. Cuando él volvió a mirarla, sus ojos reflejaban emoción.

—¿Me darás uno de esos? —preguntó.

Amanda rio.

—Sí —respondió. Louis puso los ojos en el paquete que ella eligió. Se lo tendió sin dejar de sonreír. El pequeño aceptó el obsequio—. Puedes abrirlo.

Ella no pudo apartar la vista del pequeño mientras rasgaba con evidente emoción el papel que envolvía el obsequio. La sonrisa de Louis no pudo ser más grande al descubrir un auto de carreras a control remoto.

—¡Wow!

Amanda rio por la expresión del niño.

—¿Te gusta?

—Sí —respondió Louis sin apartar la vista del juguete.

Ella se quedó prendada del gesto del pequeño; entonces recordó las palabras de Charlotte. Levantó la vista y la buscó en la sala. La localizó a unas cinco camas más adelante. Su compañera la miraba también.

—Te lo dije —le gesticuló la morena.

Amanda asintió con los ojos empañados. Cuando devolvió su atención a Louis, agradeció que continuara centrado en el juguete y que no advirtiera su emoción. Se encontraban ahí para regalarles una sonrisa a los niños, no lágrimas, así que respiró hondo, se tragó el nudo en la garganta y escondió la emoción. Minutos después, se despidió de él y se dirigió a otra cama.

Media hora más tarde, Amanda ya tenía las manos vacías, solo quedaban los cheques que llevaba en el bolsillo interno de la chaqueta que vestía. Tras salir de esa sala, el grupo se encaminó hacia otra ala del hospital donde los niños estaban en una etapa más avanzada de tratamiento.

—Trata de que tu mirada no refleje… lástima —le aconsejó Charlotte —. Con los niños es duro, pero es fácil esconderle las emociones.

—Me imaginé… aquí como paciente —confesó Amanda en voz baja; avanzaban en medio del grupo—. No sé si podría resistirlo.

Charlotte la miró.

—Es lo que creemos, pero son en estas situaciones cuando llegamos a conocer de verdad lo fuerte que somos. Lo que estamos dispuestos a luchar por un minuto más de vida.

A Amanda le parecieron unas bonitas palabras, no obstante, estaba segura de que ella se derrumbaría como una torre de naipes ante un leve soplo de brisa.

En ese momento, pasaban frente a la Unidad de Quimioterapia de adultos.

—¿Habrá un baño cerca? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Por allí —Charlotte señaló las puertas de la unidad—. Vamos, te mostraré el camino.

Las dos se desviaron, dejando al grupo avanzar hacia la otra sala. Tras cruzar las puertas batientes, Amanda se encontró en una amplia sala, iluminada e impecablemente blanca. Una hilera de sillones azules llenaba el espacio hasta el extremo contrario a donde se hallaban.

Amanda contó diez sillones; solo uno de ellos estaba ocupado; el último de la hilera. Lo ocupaba una mujer; en la distancia le pareció que era bastante joven. Tenía los ojos cerrados y la cabeza cubierta por una pañoleta de color verde neón. Supuso que ella no tenía

cabello. A aquella mujer la acompañaba un fornido hombre que parecía contemplarla; como estaba de espalda, no podía estar del todo segura.

—¿Amanda? —Charlotte llamó su atención y ella la miró—. Es por aquí.

La rubia asintió, pero antes de dar un paso, volvió a mirar hacia el último sillón.

—Es joven —señaló cuando entraron al baño.

—No hay edad para esta enfermedad —comentó Charlotte mientras entraba a uno de los cubículos.

Unos minutos después, se lavaban las manos.

—Creo que me haré un chequeo médico esta misma semana —la voz de Amanda sonó contenida.

—Yo también.

Amanda se miró a los ojos en el espejo, pero no se vio a sí misma, sino a la mujer de la sala. Su imagen se le quedó grabada tan nítida, que le sorprendió.

—¿Podemos darle uno de los cheques a ellos?

Charlotte la miró mientras se secaba las manos con una toalla de papel. Se encogió de hombros.

—Supongo que sí —respondió.

—Entonces lo haré.

Su compañera asintió en conformidad. Amanda echó a la basura la bola que hizo con la toalla desechable y salieron del baño.

—Te esperaré aquí —dijo Charlotte en cuanto se asomaron a la sala.

Como con Louis, Amanda se sintió nerviosa cuando se encaminó hacia el último sillón. Avanzó pisando suave, como si no quisiera que sus pasos rompieran la paz que envolvía el pulcro espacio. Mientras avanzaba, se fijó que a la derecha, en la pared, colgaban enormes cuadros de paisajes tan hermosos, que le cortaron el aliento por la serenidad que reflejaban. Aquellas imágenes debían ser un soplo de aliento para los pacientes. Supuso que esa era la idea y lo agradeció en silencio.

Cuando Amanda apartó la vista de los cuadros, puso toda su atención en la mujer en el sillón. Fue por eso que se fijó en las vías que tenía en el brazo derecho, que se conectaban a unas máquinas.

Algo en su pecho se oprimió al verla dormida, tan serena, mientras fuertes químicos eran suministrados en su cuerpo. Pero no fue hasta que se percató de ello que entendió que la mujer que miraba tenía cáncer.

Cáncer.

Ella se detuvo. Sus ojos recorrieron el rostro de la joven mujer. Parecía tan tranquila, como si en ese momento no se batiera en batalla contra unas de las peores enfermedades que puede padecer una persona.

Millones han ganado la batalla, pero son muchísimos más quienes no. Amanda rogó para que aquella mujer la ganara.

El hombre que acompañaba a la paciente debió advertir su presencia porque ladeó la cabeza. La rubia supo que entró en su visión periférica por la rigidez que se reflejó en su cuerpo.

Ella tenía dos alternativas; seguir o darse la vuelta. Eligió la primera opción. Cuidando sus pasos, se acercó. El hombre levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

Él era fornido, alto y blanco. Tenía los ojos negros y su mirada reflejaba dolor, angustia. Una angustia que ella casi sintió como propia.

—¿Se le ofrece algo? —le preguntó el hombre.

Amanda identificó el acento al instante. Él era ruso.

—Ho… Hola —saludó.

Aunque el hombre la miraba, ella apartó su atención de él para fijarla en la joven mujer. Bajó la vista a su regazo. Vio, al menos, tres figuras de *origami* sobre sus muslos y entre sus manos, uno a medio terminar. Se fijó que todos eran la misma figura, pero no supo identificar qué era.

—¿Se le ofrece algo? —insistió el hombre.

Entonces, sobresaltada, ella lo miró.

—Disculpe. Estoy aquí en representación de una empresa —explicó mientras se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Esto es un donativo para… —le tendió el sobre— la paciente.

El hombre miró el sobre, luego clavó la vista en sus ojos. El silencio que siguió fue tenso y extenso.

Era probable que él pudiera aplastarla con el dedo meñique, aun así, ella le sostuvo la mirada. Recordó el consejo de Charlotte. No debía demostrar lástima. Él no era el paciente, pero de seguro no quería que nadie sintiera piedad por la situación que vivía, cualquiera fuera el lazo que lo unía a la mujer en el sillón.

Cuando Amanda empezó a creer que el hombre no aceptaría el sobre, este levantó la mano y lo agarró. Ella se contuvo de respirar hondo, tal como deseó hacerlo.

—Gracias.

Ella asomó una ligera sonrisa cuando la mirada del hombre cambió un poco, haciéndose más humana.

—Espero que sirva de algo.

El hombre asintió, aunque no dijo nada. Amanda volvió a mirar a la paciente, que continuaba dormida. Luego bajó la vista a los *origamis*. Aquellas figuras nunca le llamaron la atención, pero, en ese momento, deseó saber hacerlas para terminar el que la mujer había iniciado.

# 3

La conciencia de Mirra regresaba lentamente, pero eso no le impidió sostener en sus manos el pliego de papel con el que hacía una grulla para evitar que se lo arrebataran. Apenas fue capaz de abrir los ojos lo suficiente para ver a Iván, su padre, inclinado frente a ella.

—Lo guardaré —susurró él y terminó de quitarle el papel de las manos.

—No… lo he… terminado —balbuceó con un hilo de voz.

—Lo sé, cariño.

Cuando Iván se incorporó, fue que ella pudo ver a su doctor, a tres enfermeros y la camilla; como siempre, en ese lugar la cuidaban bien.

Mirra acababa de terminar su segunda sesión de quimioterapia; aunque ya sabía lo débil que quedaba tras cada aplicación del tratamiento, todavía no se acostumbraba a que su cuerpo no respondiera como lo hacía cuando estaba sana. Cuando, meses antes, solo respiraba vitalidad. Pero eso había quedado atrás.

Iván se apartó lo suficiente para que los enfermeros se ocuparan de trasladar a su hija a la camilla. Él solo se quedaba observando, con la impotencia reflejada en su gesto, en su lenguaje corporal.

Entre dos enfermeros cargaron a Mirra hasta dejarla sobre la camilla. El doctor vigiló cada paso y ordenó el traslado a la habitación.

Iván guardó los *origamis* en una cajita y siguió al grupo por los pasillos del hospital hasta la habitación que su hija ocupaba desde el día anterior, como preparación para la aplicación del tratamiento. Mirra parecía dormida cuando la trasladaron de la camilla a la cama, pero él sabía que no lo estaba. Se quedó contemplándola en silencio mientras los enfermeros se ocupaban de ponerle la vía para que recibiera hidratación.

La tez de Mirra era blanca como la suya, sin embargo, la palidez se había apoderado de cada poro de su piel. Su rostro redondo reflejaba cansancio; al igual que sus ojos redondos y negros, aunque los tenía cerrados. Ya no quedaban rastros de sus gruesas cejas, otorgándole un gesto más severo de lo habitual; desde la primera quimioterapia se le cayeron, y sus cabellos también.

Iván apretó la mandíbula para contener la furia que se apoderaba de su ser cada vez que veía a su hija en ese estado tan frágil. En momentos como ese ansiaba gritar, derrumbar montañas con la fuerza de sus puños. Su impotencia no podía ser más grande, ni despiadada. La vida de su hija pendía de un hilo y él no podía hacer nada. Solo creer que con el tratamiento que le aplicaban se curaría, aunque las probabilidades no eran alentadoras. Mirra quería luchar por su vida, así que él combatiría a su lado. Jamás la abandonaría. Jamás.

—Ahora solo debe descansar —dijo el doctor, después que los enfermeros terminaron su tarea.

Iván los vio salir de la habitación antes de mirar al oncólogo.

—Ya sabemos qué hacer.

—Bien. Pasaré en una hora —le anunció el doctor.

Iván asintió, luego el oncólogo salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Cuando quedaron a solas, él dejó la cajita de los *origamis* sobre la mesa que había junto a la cama, y se sentó en una

silla. Con delicadeza, tomó la mano de su hija entre las suyas y le besó los nudillos con infinita ternura.

—Ya escuchaste al doctor, debes descansar.

Mirra abrió los ojos, aunque los parpados le pesaban. Su boca apenas se curvó para asomar una sonrisa.

—Estaba pensando en lanzarme en paracaídas —susurró.

Iván sonrió.

—Entonces tendré que atarte a la cama.

Los ojos de Mirra se cerraron cuando su sonrisa se acentuó.

—No si puedo evitarlo —musitó, sabiendo que él la miraba.

El imponente hombre sintió que le ardieron los ojos cuando percibió su fatiga. Levantó la otra mano y le acarició la frente. Deseó con todas sus fuerzas tener a su esposa a su lado, pues se había convertido en su fortaleza desde que la conoció, pero ya no era posible que lo acompañara a cuidar a Mirra. La había perdido tres años atrás, en un inexplicable accidente de autos.

—No me iré de tu lado, así que puedes dormir todo lo que quieras —dijo él, haciendo un esfuerzo descomunal por mantener la voz firme.

Mirra volvió a abrir los ojos.

—Tú también debes descansar.

—No estoy cansado —afirmó su padre.

—Y yo no estoy en esta cama.

Iván sonrió; su hija siempre fue así de irónica.

—Descansaré cuando regresemos a casa. Ahora debes hacerlo tú —insistió con un tono que sonó a orden—. Tu cuerpo lo necesita.

Mirra parpadeó lento, como si aceptara sus palabras. Antes de cerrar los ojos, ladeó la cabeza para mirar la mesa auxiliar donde él dejó la caja con los *origamis*.

—Alcancé a hacer tres —dijo.

Iván también miró la caja.

—Eso quiere decir que llevas seiscientos cuarenta y siete.

Ella lo miró y su sonrisa volvió a asomarse.

—Sí, pero siento que todavía me faltan mil —confesó.

Su padre bufó.

—Alucinas por la quimio. Ya te falta poco y sé que lo lograrás.

Mirra acentuó su sonrisa porque su padre se atrevió a bromear con la quimioterapia. Ella volvió a mirar la caja. En ese momento, se sintió una niña. Antes, no hubiese creído en leyendas, pero después de ser diagnosticada con cáncer de tiroides, se aferraba a cualquier esperanza.

Por pura casualidad, ella leyó en un libro la leyenda de las grullas de papel, *senbazuru*, la creencia de que hacer mil grullas de papel, concede un deseo relacionado con la salud. Ese deseo es capaz de curar cualquier enfermedad. Desde el instante en que leyó sobre el mito, en su corazón acogió esa esperanza, así que, cada día, hacía todos los *origamis* que sus fuerzas le permitían.

Haría mil grullas de papel y reclamaría su deseo.

—Falta poco para pedir mi deseo —dijo Mirra, y sus ojos se cerraron una vez más.

Iván supo que se había quedado dormida cuando el silencio se extendió por más de un minuto. Con cuidado, le soltó la mano y la arropó con la sábana hasta la barbilla, tal como a ella le gustaba cuando era una niña.

Mirra tenía veintiocho años, pero él sentía que ella lo necesitaba más ahora que a sus siete años. O a sus diez. O a sus doce.

# 4

Después de las sesiones de quimioterapia, Mirra solo deseaba estar en casa. Por eso, aunque se sentía más débil que nunca, le sonrió a su padre cuando los enfermeros la trasladaron a la silla de ruedas. Veinticuatro horas después de su segunda quimioterapia, saldría del hospital.

—Iré por el auto —anunció su padre y ella asintió.

Mirra lo vio salir de la habitación, apresurado. Luego, uno de los enfermeros la condujo hasta el ascensor. Poco después, salían al exterior del hospital. Ya Iván se encontraba allí, con la puerta del auto abierta. Fue él quien esta vez la ayudó a levantarse para trasladarse al asiento del copiloto.

—Gracias —le agradeció Iván a los enfermeros antes de agacharse para ponerle el cinturón de seguridad a su hija—. ¿Estás cómoda?

—Sí.

—¿Inclino el asiento?

Mirra asintió esta vez. Aunque apenas se había movido, sus fuerzas abandonaban su cuerpo, así que cerró los ojos, dejándose envolver por el mundo de los sueños. Cuando despertó, se encontraba en el dormitorio que su padre preparó para ella en su dúplex desde que enfermó. Miró hacia la ventana, por la intensidad de los rayos del sol que iluminaban el espacio, supuso que pasaba del mediodía. Apartó la sábana que la cubría y se fue incorporando hasta que se sentó en la cama. Se sintió algo mareada, así que se quedó quieta, esperando a que la sensación pasara.

La ojinegra no quería cuestionar los designios de su destino por padecer cáncer, pero aborrecía con todas sus fuerzas los efectos de la quimioterapia en su cuerpo. Se sentía como un despojo humano; y si pensaba en los efectos en sus cabellos y piel, se descomponía aún más.

Decidió no pensar en ello, así que puso su atención en el sillón donde se sentaba a hacer los *origamis*. Iván también había trasladado desde su estudio un mueble de estantería para que ella

colocara las figuras; ya casi no quedaba espacio, aun cuando faltaban muchos para completar las mil grullas.

Mirra sonrió al ver el estante; la variedad de colores de las figuras le gustaba. Su padre se había dado a la tarea de buscarle hojas coloridas porque así sería más divertido, según él.

A pesar de que se sentía débil, se preparó para levantarse. Puso los pies en el piso de madera y se incorporó, sosteniéndose de la cabecera de la cama. Otra vez su cabeza pareció dar vueltas, pero se quedó quieta. Cuando se sintió estable, dejó de apoyarse en la cabecera. Dio un paso; uno pequeño. Luego otro y otro. Así llegó al sillón; con la misma lentitud que se levantó de la cama, se sentó.

Lo que acababa de hacer era toda una osadía, tomando en cuenta los efectos del tratamiento. Se recostó por completo del sillón y cerró los ojos, necesitaba descansar. Al menos ya no estaba en la cama; desde que enfermó, odiaba las camas. Durante toda su vida fue enérgica, activa; ahora, tener que pasar muchas horas en una cama, en especial después de estar hospitalizada, era una tortura.

La habitación donde se encontraba no era muy amplia, sin embargo, era cómoda; en esa planta del dúplex solo había un dormitorio. A ella la cama se le hacía algo pequeña porque desde que se mudó a su propio apartamento, tuvo una matrimonial, pero no se quejaría por eso. La estantería, el sillón y una mesita junto a este, era todo lo que llenaba el espacio. La ventana era amplia, así que entraba bastante luz natural, algo que le encantaba.

La ojinegra agarró una hoja de color amarillo de la mesita; se quedó mirándola como si fuera la primera vez que tuviera una entre sus manos. Por un segundo, solo por uno, su mente la traicionó. Asomó la duda sobre lo que hacía, pero al instante la borró. No podía dudar ni un ápice en el mito, su fe debía ser inquebrantable. Miró hacia la estantería; su pecho se inundó de determinación. Un deseo. Solo necesitaba que la vida le otorgara un deseo.

Con la habilidad que le concedía haber hecho más de seiscientas grullas, comenzó a plegar la hoja. Un doblez tras otro, la figura fue tomando forma hasta que dejó la grulla sobre la mesita, encima del resto de las hojas.

—Uno más —la potente voz de su padre la sobresaltó.

—Papá, me asustaste —susurró.

—Lo siento.

Iván entró a la habitación, llevando una bandeja plegable con comida. Mirra sonrió.

—Eso es comida para un ejército —dijo al ver el contenido de la bandeja.

Su padre sonrió, y ella adoró las arrugas que adornaron sus ojos.

—Exageras. Además, necesitas comer —aseveró, acomodando la bandeja en su regazo.

Ella lo miró y le sonrió.

—Lo sé.

—No olvides el cereal.

Mirra frunció los labios como cuando era una niña; él rio, luego se acercó y le dio un beso en la frente.

—Debiste llamarme antes de levantarte —él se sentó en la cama—, estás muy débil.

Ese era un regaño en toda regla, pero a Iván solo le brotó ternura en la voz.

—No voy a llamarte cada vez que quiera levantarme, papá —se quejó, porque si no lo hacía, dejaba de ser ella.

—Come —pidió—. Cada vez no, solo las primeras horas —le recordó.

Mirra pinchó con el tenedor una porción de pescado y se lo llevó a la boca.

—El cereal también —insistió él.

Ella rodó los ojos.

—Ya lo sé.

Iván se quedó con ella hasta que acabó de comer. Entonces él se levantó de la cama y retiró de su regazo la bandeja.

—Te traeré unas galletas saladas para las náuseas.

Ella le sonrió.

—Gracias.

En cuanto quedó a solas, ella se hizo con otra hoja. Cuando Iván regresó, a la grulla le faltaban las alas. Él dejó las galletas sobre la mesita, al alcance de su hija, luego volvió a sentarse en la cama.

—Cariño, ayer, cuando estabas en la sala de quimioterapia, una mujer se acercó —ella lo miró con curiosidad—. Dijo que era de una empresa. Me dio un cheque.

La ojinegra frunció el entrecejo.

—¿Un cheque?

—Sí. Dijo que era un donativo para ti. Fue muy amable.

Mirra se quedó pensando en el noble gesto de la desconocida.

—Sí, fue amable —susurró al cabo de unos instantes.

# 5

Amanda entró en el vagón del metro, siguiendo el flujo de pasajeros hasta detenerse en un sitio en el que no quedaba tan apretujada entre la gente. Llevaba su portafolio en la mano izquierda, así que con la derecha se asió del estribo colgante para sujetarse y mantener el equilibrio. Pensó que su traje ejecutivo, de color gris oscuro, con bordes blancos, no sintonizaba para nada con viajar de pie en el subterráneo. Era la hora pico, así que el metro iba atestado; por suerte, la estación previa a la suya, era el centro de la ciudad, por lo que allí descendería la mayoría de los pasajeros.

Ella había salido de su apartamento a la hora justa para no llevar prisa; además, quedó con Charlotte para desayunar en *France Gourmet*, una cafetería recién inaugurada cerca del edificio donde trabajaban.

Veinte minutos después, Amanda descendió del subterráneo. Miró su reloj de pulsera cuando se encaminó hacia la salida de la estación. Al salir a la calle, tomó rumbo en dirección a su trabajo; la firma de arquitectos quedaba a tres calles de la estación.

Pasó frente al edificio donde trabajaba hasta llegar a la cafetería; a esa hora también estaba bastante concurrida. Divisó a su compañera entre las mesas porque esta levantó la mano, llamando su atención. Dentro del lugar olía delicioso, a café mezclado con pan recién horneado.

—Buenos días —saludó Amanda, inclinándose para darle un beso en la mejilla a su compañera.

—Buenos días.

Amanda dejó su portafolio en la silla adjunta a la que se sentó.

—¿Ya ordenaste?

—No. Solo el café porque estaba a punto de morir.

La rubia rio; Charlotte era así de exagerada.

—Pidamos entonces —dijo, echando un vistazo a su reloj—. No quiero llegar tarde.

—Yo tampoco —afirmó su compañera, ya con el teléfono en la mano para escanear el código del menú.

Amanda se decidió por un *croissant* mientras que Charlotte eligió un sándwich Croque Monsieur; y, por supuesto, más café.

—Eso se ve delicioso —declaró Amanda, mirando el sándwich que le sirvieron a su amiga.

—Si sabe cómo se ve, estoy segura de que mi sueldo se lo quedará el dueño de este lugar.

La rubia rio otra vez, negando con la cabeza, luego le dio un sorbo a su café.

—Este pequeño pecado para nuestro bolsillo es solo por hoy.

Charlotte sonrió.

—Ya lo sé. ¿Cómo va el proyecto? —le preguntó.

Amanda se limpió los labios tras darle un mordisco al croissant. Miró alrededor, dándose tiempo para tragar.

—Hoy me reuniré con los contratistas. Necesito que tengan clara mi visión, antes de concretar algo con los proveedores.

—Si el ingeniero a cargo tiene tiempo, que asista a esa reunión —le aconsejó Charlotte.

—Por supuesto, ya eso está agendado —dijo con orgullo.

Continuaron comiendo, mientras conversaban sobre el trabajo. Al terminar, ambas agarraron sus efectos personales y salieron más que satisfechas de la cafetería; en definitiva, regresarían. Se encaminaron hacia el edificio de la firma sin prisa.

—El grupo del piso dieciocho está planeando ir por una cerveza hoy —comentó Charlotte—. ¿Te apetece salir?

Amanda frunció los labios; era la nueva de la firma, así que todavía no se integraba del todo a los grupos que interactuaban fuera de las oficinas. En ese momento, mientras consideraba la invitación, ella paseó la vista por el quiosco de periódicos que había en medio de la amplia acera. Se fijó en la portada de una revista al leer el título. "El arte del *origami*". Al instante, a su mente regresó la imagen de la joven mujer que vio días atrás en el hospital; la que tenía en su regazo varias figuras de *origami*. Ella se detuvo sin darse cuenta, hipnotizada con el recuerdo.

Charlotte se detuvo también, extrañada. Siguió la dirección de su mirada.

—¿Te gusta el *origami*? —le preguntó.

La voz de la mujer sacó a Amanda del trance. Negó con la cabeza.

—No —respondió, echando a andar otra vez—. Es que me acordé de la paciente del hospital a la que le di el cheque.

—¿El cheque por el que te reprendieron?

Amanda sonrió. Su jefe la había amonestado por entregar uno de los cheques a un paciente adulto y no a un niño. Recibió el regaño con entereza porque creía que su acción no dictaba de ser incorrecta.

—Sí. Ella tenía varios de esos entre las manos.

—Hay muchos *fans* de esas figuras por allí —afirmó Charlotte—. Creo que si me pongo a hacer una, terminaría con una bola de papel en la mano.

Amanda rio.

—Eres arquitecta, sabes de formas, así que estoy segura de que exageras.

Ya frente al edificio, subieron las escaleras que lo circundaban. Cuando se acercaron a la entrada, las puertas se abrieron y ellas accedieron al lugar.

—Buenos días —al unísono, saludaron al guardia de seguridad.

Se mezclaron con otros empleados de camino al ascensor.

—Entonces, ¿vamos por una cerveza? —insistió Charlotte, mientras esperaban por el ascensor junto a otras personas.

Amanda la miró.

—En otra ocasión, te aseguro que sí.

Su compañera rodó los ojos.

—Ya lo sabía. Es la tercera vez que me dices eso —se quejó.

—Lo prometo —dijo.

Charlotte entornó los ojos, demostrándole que no le creía, así que a ella no le quedó más remedio que encogerse de hombros.

En ese momento, las puertas del ascensor se abrieron y los que esperaban, lo abordaron.

—Nos conocemos poco, pero estoy casi segura de que terminarás comprando la revista de los *origamis* —murmuró Charlotte, procurando algo de intimidad en el reducido espacio.

Amanda la miró con el entrecejo fruncido.

—Para nada, solo fue un recuerdo —declaró.

Su compañera sonrió como si supiera algo que ella no.

—Un recuerdo mezclado con curiosidad —terció la morena.

Amanda ladeó la cabeza sin dejar de mirarla, como si intentara ver algo que se le escapaba.

—¿Curiosidad?

Charlotte asintió con énfasis.

—Curiosidad —confirmó, riéndose de su gesto de desconcierto. Las puertas del ascensor se abrieron y ellas salieron—. Nos vemos luego.

Amanda vio a Charlotte alejarse hacia el pasillo contrario al que quedaba su oficina.

—¿Curiosidad?

# 6

***Tres semanas después…***

Sin apartar la vista del presupuesto que revisaba en la computadora, Amanda contestó el teléfono que había sobre su escritorio tras un par de repiques.

—Aló —contestó.

—*Señorita Gehry, el director la solicita de inmediato en su oficina* —le informó la secretaria de Bill Harper.

Amanda se tensó. Lo de "inmediato" no le sonó nada bien.

—Voy en seguida —dijo, sintiendo la garganta cerrándosele—. Gracias.

Se tomó unos segundos para pensar si había hecho algo mal. En la mañana se reunió con el equipo a su cargo para gestionar el proyecto en el que trabajaba; tuvo un pequeño desacuerdo con uno de los ingenieros. La discrepancia la resolvió a su favor, aunque este no quedó contento con su decisión. Se preguntó si el ingeniero le habría ido con la queja al director.

Sabiendo que el ingeniero estaba equivocado en su planteamiento, se levantó, enderezó los hombros y salió de su oficina.

El despacho del director quedaba en el piso superior, así que se encaminó hacia el ascensor. Poco después, salió al pasillo del piso veintiuno; al instante divisó a la secretaria de Harper.

—Buenas tardes —la saludó.

La mujer le sonrió.

—Buenas tardes —respondió, levantándose—. El señor Harper la espera —anunció antes de abrirle la puerta de la oficina.

Amanda tragó saliva.

—Gracias —murmuró cuando pasó a su lado—. Buenas tardes —saludó al director.

—Gehry, adelante, por favor. Siéntate —le pidió el hombre, apenas apartando la vista de la computadora que tenía frente a él.

Al menos la voz de Bill sonó amable, aunque su gesto se mantuvo serio.

—Gracias —ella tomó asiento frente al enorme escritorio.

El director se mantuvo en silencio, tecleando por unos instantes. Cuando al fin acabó, se levantó y empezó a abotonarse el saco que vestía.

—Vamos —la invitó, cuando salió de detrás del escritorio.

Sorprendida, Amanda se levantó y lo siguió, sin atreverse a preguntarle a donde se dirigían. Bill le abrió la puerta y le permitió salir de la oficina.

—Gracias —murmuró al pasar junto a él.

—¿Cómo te fue en la reunión? —preguntó Bill, de camino hacia el ascensor.

A ella no le quedó más remedio que seguir sus pasos. *Sí, ese idiota se quejó*, pensó.

—Creo que bien —respondió, justo cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Su jefe la invitó a entrar primero.

—¿Crees? —inquirió, situándose frente a ella.

Amanda advirtió que su jefe pulsó el botón del primer piso.

—Me fue bien —corrigió—. Lo primero que atendí fue el tema de los contratistas. Sé que la firma tiene una lista de referencia, pero no quisiera limitarme a ella.

—¿Por qué?

Amanda sabía que tendría que explicar eso en el momento que tomó la decisión, por lo que estaba preparada para ello. Cuando se dio cuenta, salían del edificio; ella vio el auto de su jefe y al chofer esperándolo con la puerta abierta.

Y si antes estaba sorprendida por la inesperada reunión con su jefe, en el momento que él le hizo una seña, invitándola a abordar el auto, lo estuvo más.

—¿Señor?

—Tengo una reunión con el director del Hospital Saint Pilgrim, pero necesito saber todos los detalles de tu reunión. Acompáñame, por favor —le pidió.

Desde que Amanda llegó a la firma, escuchó a todos calificar a Bill Harper como un jefe déspota, pero, en ese momento, a ella le pareció amable. Sin una razón para negarse, abordó el auto.

Durante el trayecto, ella le resumió los puntos más importantes de la reunión con su equipo de trabajo y contestó a sus preguntas. Bill pareció conforme con sus respuestas y hasta le dio algunos consejos.

Cuando llegaron al hospital, fueron recibidos por el director. De camino a la oficina de este, Harper le dijo a Amanda que no tardarían y le dio la opción de acompañarlos o ir por un café. Ella se decidió por la segunda alternativa.

De camino a la cafetería, Amanda leyó en las señalizaciones de los pasillos la dirección que debía seguir para llegar a la Sala de Quimioterapia. Como un rayo que lo ilumina todo en medio de la noche, a su mente llegó el recuerdo de la chica de los *origamis*. Sin percatarse de lo que hacía, sus pasos siguieron la dirección de las señalizaciones.

Por los pasillos no dejaban de circular tanto pacientes como personal del hospital. Pronto, divisó las puertas batientes que semanas atrás ella cruzó acompañada de Charlotte. Empujó una de las puertas; una vez más, se encontró ante la hilera de sillones que llenaban el aséptico espacio.

Esta vez había más pacientes ocupando los sillones de quimioterapia. Su vista se posó en el paciente que ocupaba el primer sillón; advirtió el catéter, la jeringa, el porta suero y otros equipos médicos para la aplicación del tratamiento. Observó al hombre; tenía los ojos cerrados y parecía cansado. A ella se le oprimió el pecho al verlo solo.

Charlotte tenía razón; una cosa era saber que había en el mundo personas que padecían cáncer y otra, era verlo con los propios ojos. Era desolador.

La mirada de Amanda se fue posando en cada uno de los pacientes que ocupaban los sillones hasta que llegó a la última. Un estremecimiento la recorrió al reconocer a la joven mujer que vio en su primera visita a ese lugar. Sus ojos se ampliaron por la sorpresa, luego, tuvo que parpadear para asegurarse de que no veía mal.

Pero no, no se equivocaba; era la misma persona. Por segunda vez, se le oprimió el pecho, solo que más fuerte. Aquella mujer se encontraba sola, al igual que el primer paciente. La idea de verla

sola le causó desasosiego. ¿Por qué estaba sola? ¿Dónde se hallaba aquel hombre? ¿Era su padre? Y si lo era, ¿estaba tan ocupado esta vez para no acompañarla en su tratamiento?

Amanda apretó la mandíbula; sintió una urgente necesidad de acompañarla. Con pasos cautos, se fue acercando al sillón sin apartar la vista de la paciente, por eso advirtió cuando esta se percató de su presencia.

Mirra levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Amanda, que se detuvo unos segundos para comprobar que no importunaba. El gesto de curiosidad de la paciente la instó a continuar hasta detenerse a un par de pasos del sillón.

—Hola —saludó Mirra, con evidente curiosidad.

A Amanda la conmovió su voz; sonó débil, como si apenas tuviera fuerzas para hablar.

—Hola.

El silencio se instaló entre ellas, aunque sus miradas permanecían conectadas, como si una buscara una respuesta en la otra.

Mirra frunció el entrecejo, pero no apartó la vista. Amanda, en cambio, bajó la mirada a lo que ella tenía entre las manos.

—Son grullas —dijo la ojinegra.

Los ojos azules regresaron a ella.

—Lo siento… —de pronto, Amanda no sabía qué decir—. Es que estuve aquí antes.

Mirra frunció más el entrecejo. Buscó en su mente, pero le pareció que era la primera vez que la veía.

—Creo que estás equivocada.

Amanda negó con la cabeza.

—No. Recuerdo los *origamis* —dijo—. Me llamaron la atención. Son la misma figura.

Mirra bajó la vista a la figura que tenía entre sus manos, luego volvió a mirarla.

—No te recuerdo.

—Estabas dormida.

Por primera vez, Mirra sonrió. El gesto sorprendió a Amanda, le pareció que desbordaba ternura. Al instante pensó que era la sonrisa más hermosa que había visto jamás.

—Eso tendría sentido.

La rubia sonrió también.

—Sí —admitió—. Cuando vine, alguien te acompañaba. Un hombre.

Mirra asintió.

—Mi padre.

—¿No está contigo esta vez?

—Lo obligué a ir por un café.

Amanda sintió alivio, a la vez que se arrepentía de haber juzgado a aquel hombre.

—Por cierto, soy Amanda —se presentó—. Amanda Gehry.

Mirra sonrió, soltó el *origami* y levantó la mano.

—Mirra Ivanova.

Amanda se acercó y le estrechó la mano; la sintió fría, pero suave. Sus miradas se encontraron y, sin que ninguna de las dos lo advirtiera, porque hay cosas invisibles a los ojos, las grullas volaron a su alrededor.

# 7

—¿Crees que tu padre regrese pronto?

Mirra miró hacia la puerta de la sala.

—No le gusta dejarme sola cuando estoy aquí, así que es posible que se esté quemando la garganta con el café para regresar de inmediato.

Amanda rio. No sabía por qué, pero a ella tampoco le hacía gracia que Mirra estuviera sola mientras recibía un tratamiento tan fuerte. También miró hacia la puerta, considerando qué hacer. Luego regresó su atención a la paciente, que la contempló con un gesto curioso; entre divertido y cauto.

—¿Te molesta si te acompaño mientras él regresa?

Mirra entornó los ojos, y su curioso gesto se transformó en una leve sonrisa. Le sostuvo la mirada como buscando en ella una explicación de tan inusitada situación, aunque no le molestaba en lo absoluto la compañía de la desconocida.

—No me molesta —respondió, sin borrar su sonrisa—. Por favor, siéntate —la invitó, señalando el asiento que solía ocupar su padre. Luego volvió a agarrar el *origami* entre sus manos.

Eso hizo que Amanda pusiera su atención en las pequeñas figuras mientras se sentaba.

—Te gustan mucho, ¿cierto? —preguntó.

Mirra bajó la vista a la grulla que protegía entre sus manos, como si pudiera salir volando en cualquier momento. La arquitecta se fijó en que su mirada se tornó un tanto triste.

—Ahora sí —respondió.

Amanda frunció el entrecejo por su tono apagado.

—¿Antes no?

La ojinegra levantó la cabeza para mirarla. Su sonrisa continuó siendo amable, tierna, y también pincelada de tristeza. Hizo un gesto de negación antes de hablar.

—No. Quiero decir, conocía las figuras, pero no fue hasta que enfermé que me interesaron. Aprendí a hacer las grullas —levantó la figura— por lo que simbolizan.

Amanda miró la pequeña ave de papel.

—¿Qué simbolizan? —se interesó.

Mirra sonrió; volvió a acunar el ave.

—Las grullas simbolizan paz, buena suerte y curación —sus ojos se humedecieron al decirlo, pero mantuvo su sonrisa—. ¿Has oído hablar del mito de las mil grullas de papel?

Amanda negó con la cabeza.

—No.

—Es una tradición japonesa —explicó en voz baja—. Si haces mil grullas, se te cumplirá un deseo. En especial, un deseo relacionado con la salud. Por eso las hago —volvió a bajar la vista a sus manos.

Amanda estaba sorprendida; no solo por la esperanza que la joven mujer albergaba en su corazón respecto al mito de las grullas. También por lo que ella misma estaba sintiendo al escucharla, al mirarla. No podía explicarlo; el anhelo de Mirra por sanar era, evidentemente, formidable. Lo veía en su mirada, en su tristeza. Y ese deseo, de alguna manera, se lo transmitía a ella con una fuerza avasalladora.

En ese momento, Amanda hubiese dado cualquier cosa porque la ojinegra estuviera sana; cualquier cosa. Y eso le resultaba incomprensible, tomando en consideración que apenas había cruzado unas palabras con ella. ¿Qué estaba sucediendo?

—Es… increíble —murmuró Amanda—. Estoy segura de que lo lograrás.

Mirra sonrió cuando la miró.

—Yo también —dijo con convicción.

—¿Puedo saber cuántas llevas?

—Setecientas sesenta y tres —recitó con orgullo.

Amanda rio.

—Has trabajado mucho en ello —reconoció.

—Ya que no puedo trabajar, me sobra tiempo para ello —bromeó.

La arquitecta admiró el hecho de que, a pesar de la adversidad que enfrentaba, Mirra todavía tuviera la vitalidad para bromear.

—¿Se te puede ayudar?

La ojinegra negó con la cabeza con rotundidad.

—No. Debo ser yo quien las hagas todas, si no, sería trampa.

Amanda rio.

—Por supuesto. Siempre hay reglas que seguir.

—Mju.

Las dos terminaron riendo como si fueran amigas de toda la vida. Como si no fueran dos desconocidas. Como si no se encontraran en un lugar en el que nadie quería estar.

Al final de las risas, se quedaron mirando, con un brillo de complicidad en los ojos. De pronto, Amanda albergó un profundo deseo de saber más de Mirra, de ser parte de su vida. Consideró que no podría levantarse e irse, sin saber el destino de la mujer que tenía frente a ella. Miró el *origami* entre sus manos; necesitaba saber si las grullas le concederían su deseo, porque estaba segura de que ella alcanzaría su meta.

—Mirra… —la paciente la miró, expectante—, ¿cuánto tiempo pasas aquí?

La ojinegra alzó las cejas.

—¿En el hospital?

—En esta sala. ¿Cómo es esto de las quimioterapias?

La paciente sonrió, comprensiva.

—Bien, el oncólogo ordenó tres sesiones de quimioterapia —explicó —. Esta es la última, por eso no tengo cabello —bromeó y Amanda sonrió—. Me ingresan al hospital un día antes, luego de la sesión, me dan el alta. Eso quiere decir que mañana estaré en casa.

La arquitecta asintió, mientras en su mente veía escenas de Mirra llegando al hospital en silla de ruedas, luego en una cama y de ahí, saltaba a ese sillón que ahora ocupaba para recibir un tratamiento que le arrebataba vitalidad, con la esperanza de salvarle la vida. Qué irónica era a veces la vida.

En su interior, Amanda volvió a negarse a no saber de ella. Su pecho se oprimió cuando se dispuso a hacer posible lo que no se imaginó al ver a la ojinegra por primera vez, en ese mismo sillón.

—Mirra, yo… —hizo una pausa buscando las palabras apropiadas—. Me gustaría…

La paciente la miraba con curiosidad y diversión; desde que Amanda se plantó frente a ella, la admiró. Parecía una mujer hecha

y derecha, decidida. En lo absoluto pudo imaginarla balbuceando, como lo hacía en ese momento.

—Dilo ya —le pidió entre risas, como una niña que demanda un juguete que le niegan.

Amanda terminó riendo también.

—Está bien, lo siento. Es que no quiero que me veas como una entrometida —explicó.

—No lo hago, así que habla ahora o calla para siempre —exigió.

Las dos se estaban divirtiendo y ninguna podía negarlo.

—De acuerdo. Lo que quiero decir es que me gustaría seguir en contacto contigo. No puedo irme y no saber nada más de ti.

La mirada de Mirra se tornó seria, al igual que su gesto. El desasosiego inundó el pecho de Amanda; lo que temía, tal vez se estaba haciendo realidad. Que pensara que se entrometía en su vida, o que tal vez ella sentía morbo por su enfermedad. En ese momento, la joven mujer podía estar pensado cualquier cosa de ella.

Pero, lentamente, el brillo que Amanda antes vio en los ojos de Mirra regresó, al igual que su sonrisa. Su tierna sonrisa.

—A mí también me gustaría saber de ti —declaró la paciente.

Al escuchar sus palabras, Amanda sintió un profundo alivio. Incluso, soltó el aire que no sabía que contenía. Sonrió, complacida.

—Eso es perfecto —dijo en voz baja, como si compartiera un secreto con ella.

El silencio las rodeó mientras sus miradas volvían a encontrarse como viejas conocidas. Como almas que se buscan en el infinito universo y al fin llegan al lugar correcto.

# 8

Amanda se apresuró a llegar al estacionamiento del hospital; Bill Harper la había llamado hacía diez minutos. Era hora de marcharse. Con pesar, tuvo que despedirse de Mirra. No quería dejarla sola. Pero su jefe le anunció que debían regresar a la firma, sonando urgido. En su mente aún se dibujaba la sonrisa de Mirra cuando se despidieron.

El chofer le abrió la puerta cuando llegó al auto.

—Gracias —murmuró al abordarlo.

Para su suerte, Harper hablaba por teléfono; ella se acomodó en el asiento contiguo. Apenas transcurrieron unos segundos cuando se pudieron en marcha.

Amanda miró el teléfono entre sus manos; lo sostenía como si se tratara de un tesoro. Sonrió al pensar que en él llevaba registrado el número de teléfono de Mirra. Ahora podría saber de ella, conversar. La idea la colmó de una inusitada ilusión.

—Amanda, ¿me escuchaste?

La arquitecta se sobresaltó. Al mirar a su jefe, este la observaba con un gesto de serio.

—¿Señor?

—¿Estás bien? Te quedaste ausente.

Ella sonrió, un tanto azorada.

—Sí, estoy bien. Es que… pensaba… en una paciente que vi antes.

Bill se quedó mirándola.

—¿Fue a la paciente a la que le diste el cheque?

Amanda tragó saliva.

—Sí, señor. Pero ¿cómo lo sabe? Se lo entregué a su padre —acotó con el entrecejo fruncido.

Su jefe asomó una sonrisa.

—Pedí información de quien lo hizo efectivo.

—Lamento lo del cheque…

Bill levantó la mano, restándole importancia a lo que fuera a decir; además, ya ella se había disculpado por eso.

—No te preocupes, Amanda. Ese dinero es para ayudar y fue lo que hiciste, entregándoselo a ese hombre —dijo, sonriendo con un gesto amable que ella no le había visto antes—. Me agrada saber que te sensibilizó la visita al hospital.

Amanda sonrió.

—Nunca había estado en el área de oncología —reconoció—. Mucho menos, en una sala de quimioterapia. Te da un golpe de realidad —declaró, pensando en Mirra—. Lamento que haya perdido a su hijo.

Bill asomó una sonrisa y sus ojos se humedecieron. A ella le sorprendió que un hombre como él, exitoso, imponente, se mostrara tan vulnerable.

—Gracias —susurró, como si un nudo le cortara la voz. Luego apartó la vista hacia la ventanilla.

Amanda respetó su silencio, y también volteó a mirar por la ventanilla. Sin quererlo, Mirra regresó a su mente. Recordó su palidez, sus ojeras, su delgadez y la pañoleta que ocultaba la ausencia de cabello. ¿Tendría ella una oportunidad de vencer el cáncer?

Ni siquiera quería pensar en lo contrario; no entendía por qué, pero no quería imaginarse el mundo sin Mirra en él.

Amanda ni siquiera se percató de que habían llegado a la empresa. Salió de sus pensamientos cuando Bill le habló.

—Mantenme al tanto del proyecto, por favor —le pidió, justo antes de que abrieran la puerta para ella.

—¿Usted no viene? —preguntó, mirándolo sorprendida cuando él no se movió.

Bill sonrió antes de negar con la cabeza.

—Tengo otra reunión —respondió.

—Oh, entiendo. Hasta luego —se despidió antes de salir del auto.

El chofer cerró la puerta y se apresuró a rodear el auto, ocupar su asiento y ponerlo en marcha. Amanda lo siguió con la vista hasta que reparó en el quiosco de periódico de la acera de enfrente. Recordó la revista de los *origamis*; la que Charlotte le dijo que terminaría comprando. Por un instante, pensó que la predicción de su compañera se cumpliría, porque quería cruzar la calle para comprarla.

Mirra le había hablado del mito japonés de las mil grullas y el deseo que cumplía. ¿Y si al de ella se sumaba el suyo? ¿Y si ella también hacía mil grullas de papel? Durante unos instantes, mirando el quisco, lo consideró.

Ella terminó negando con la cabeza. ¿En qué estaba pensando? Tenía el proyecto más importante de la firma en sus manos, así que debía hacer mil cosas. Su pecho se oprimió ante el pensamiento, pero tenía que ser realista.

El caso de Mirra había tocado una fibra en ella; sin embargo, no debía perder la perspectiva. Podía darle apoyo moral, ser su amiga, pero nada más que pudiera afectar su carrera.

Finalmente, Amanda dio media vuelta y entró al edificio. Poco después, estaba de vuelta en su oficina; tomó asiento detrás de su escritorio. Justo cuando se dispuso a centrarse en los presupuestos de los contratistas, su teléfono emitió el sonido que le anunciaba que había recibido un mensaje en la aplicación de WhatsApp.

La arquitecta no le prestó atención hasta que terminó de leer la lista de materiales de la primera hoja. Fue entonces que agarró el teléfono y entró a la aplicación. Su sonrisa fue automática al ver que era un mensaje de Mirra.

***"Creo que mi padre se bebió todo el café del hospital. Por fin regresó".***

Amanda soltó una carcajada, pero una punzada en el pecho le borró el gesto. La ojinegra había estado sola por demasiado tiempo. Antes de responderle, ella se fijó en la foto de perfil. Pulsó sobre el icono y, un segundo después, la imagen de una Mirra sana, llena de vitalidad, se desplegó ante sí.

En los ojos que había visto por primera vez ese día, apenas encontró rastros de los que veía en esa imagen. Mirra no desbordaba belleza, pero su mirada, su sonrisa, tenían un atractivo imposible de ignorar. Su cabello era liso, negro y abundante; saber que no quedaba nada de él, le dolió.

Esa mujer le dolía, no sabía por qué. Ni siquiera entendía por qué se acercó aquella primera vez cuando la vio en la sala de quimioterapia. Lo que sí supo fue que necesitaba que continuara respirando, ocupando su lugar en el mundo.

Cuando llegó la hora de la salida, Amanda evitó encontrarse a Charlotte en su camino, pues tenía una misión que cumplir. Al salir, cruzó la calle y se dirigió directo al quiosco de periódicos. Cuando llegó a su apartamento, dejó caer sobre el sofá la revista, "El arte del *origami*".

La predicción de Charlotte se había cumplido.

# 9

—Me gusta esa sonrisa.

Sorprendida, Mirra miró a su padre, que había entrado a la habitación sin que ella se percatara; chatear con Amanda hizo que se olvidara del resto del mundo que la rodeaba por un largo rato.

—Hola, papá —lo saludó con una sonrisa.

Iván tomó asiento en la silla que había junto a la cama. Escrutó a su hija; estaba más pálida de lo habitual, pero no parecía tan débil como las dos anteriores sesiones de quimioterapia.

—¿Con quién hablas? —se interesó él.

La ojinegra sonrió.

—Con Amanda.

—Oh, se hicieron amigas, ¿eh?

—Sí.

Cuando Iván regresó a la sala de quimioterapia, Mirra le habló de Amanda; él sospechó de inmediato que se trataba de la misma persona que le dio el cheque, tres semanas atrás. Y lo confirmó cuando su hija le mostró la foto de perfil que la arquitecta tenía en la aplicación de mensajes.

—Es linda. ¿Te gusta para novia?

Mirra soltó una carcajada. Adoraba cómo su padre tomó la revelación de su sexualidad; se lo dijo a los diecisiete, cuando entendió que le atraían las mujeres. En aquel entonces, estuvo asustada todo el tiempo antes de confesárselo. Al ser él, ruso, ella creyó que se desataría una hecatombe. No fue así, pero, al principio, Iván se mostró incómodo al hablar con ella, aunque eso no duró mucho tiempo.

Ahora, su padre tenía la confianza de hacerle preguntas como esa.

—No, papá. Amanda es solo una amiga —explicó—. Además, apenas la conozco.

Iván frunció los labios.

—Ella no parece de chicas —comentó.

Mirra sonrió.

—No hay un estilo para parecerlo, papá.

—Ya lo sé.

—¿Ya cenas…? —Mirra se interrumpió al sentir una fuerte náusea.

Iván se levantó al instante, alcanzó la bolsa de emesis y se la acercó apenas un segundo antes de que ella vomitara. Él la ayudó a mantenerse un tanto incorporada mientras era presa de las arcadas.

La ojinegra sintió que la garganta le quemó, pero se concentró en respirar mientras su cuerpo desechaba más de lo que tenía en el estómago. Cuando por fin las náuseas pasaron, quedó tan débil que, en cuanto volvió a tenderse en la cama, se quedó dormida.

***

***Tres días después…***

Mirra se sintió aliviada al cruzar la puerta del dúplex de su padre. Le habían dado el alta tras su tercera sesión de quimioterapia y esperaba que fuera la última en su vida.

Después de cerrar la puerta, su padre dejó el bolso que llevaba en el hombro en el piso, rodeó la silla de ruedas y se inclinó frente a ella.

—Bienvenida a casa, pequeña —dijo y le dio un beso en la frente.

Mirra cerró los ojos ante el contacto, absorbiendo el amor de su padre.

—Gracias, papá —ella estiró una mano y le acunó una mejilla—. Gracias por siempre estar.

Iván sonrió y le besó la palma de la mano.

—Es hora de descansar —aseveró.

La ojinegra torció la boca.

—Siempre es hora de descansar —se quejó—. Quiero quedarme en la sala un rato.

Iván lo consideró. Su hija había recuperado algo de fuerza; sin embargo, el médico le ordenó mucho descanso antes de salir del hospital.

—¿Un rato como veinte minutos?

—Media hora —terció Mirra.

Iván entornó los ojos.

—Ni uno más, los contaré.

Ella sonrió, sabedora de que había ganado esa pequeña batalla.

—Ni uno más —aseguró.

—De acuerdo.

Iván apartó los reposapiés para que ella pudiera levantarse; la ayudó a incorporarse y a moverse hasta el sofá.

—Esto está mejor —declaró Mirra, suspirando.

Su padre sonrió.

—¿Te apetece comer algo?

—Helado.

Iván rodó los ojos.

—Por supuesto. ¿Por qué te pregunto? —masculló.

La ojinegra rio.

—De vainilla, por favor —pidió, presumida, para molestarlo.

—Tienes veintiocho, compórtate —la reprendió su padre, aunque hizo un mal trabajo ocultando su sonrisa—. Ya regreso.

Ella lo vio desaparecer tras la puerta de la cocina. De la mesa que había junto al sofá garró el control del televisor y lo encendió. Como siempre, estaba sintonizado en un canal de deportes; bufó, cambiando de canal. Al estar en casa de su padre, al menos parecía haber algo de normalidad en su vida. Estar en el hospital le recordaba a cada segundo que estaba enferma.

Mirra sintonizó un canal de música en el que transmitían el video de *Bring me to life*, de Evanescense; le gustaba ese grupo. De pronto, su teléfono emitió el sonido de recepción de un mensaje en WhatsApp. Lo sacó del bolsillo de la chaqueta de *jean* que vestía. Sabía que era Amanda, incluso, antes de entrar en la aplicación.

***"¿Ya estás en casa?"***

La ojinegra sonrió. Desde que intercambiaron sus números de teléfono, ella y la arquitecta mantenían contacto. A diario esta le preguntaba cómo estaba y siempre se despedía deseándole una buena noche. El día anterior, ella le informó que la darían de alta.

De inmediato, escribió una respuesta.

**"Sí, por fin. Estoy viendo la televisión y mi padre está sirviéndome helado"**

Amanda entró en línea en cuanto ella envió el mensaje.

***"La vida de una reina"***

Mirra rio. Buscó el emoticón con un gesto presumido y se lo envió.

**"Algunos privilegios hay que ganárselos"**

Esperó con ansias la respuesta que la arquitecta estaba escribiendo.

***"Ya lo creo que sí".*** A la respuesta, esta le sumó el emoticón que le sacaba la lengua. ***"Te dejaré descansar. Me alegra saber que ya estás en casa"***

La ojinegra suspiró hondo al leer sus palabras; deseó seguir hablando con ella un rato más, pero sabía que estaba trabajando, así que debía conformarse con los cortos mensajes.

**"Hasta luego"**, escribió con pesar. Tras leer su mensaje, Amanda se desconectó.

Ella volvió a suspirar; dejó el teléfono a un lado justo cuando su padre regresó llevando dos recipientes.

—Helado de vainilla para la bebé de la casa —dijo Iván, tendiéndole unos de los recipientes.

Mirra hizo pucheros mientras recibía en sus manos el helado.

—Ya no soy una bebé, que quede claro —se defendió, ya llevándose una cucharada de helado a la boca.

# 10

A Amanda le gustaban los retos; tomar el mando del proyecto del complejo comercial, "Ola Azul", era el mayor desafío que había tenido en sus manos. Bill Harper le dio libre albedrío para tomar todas las decisiones, pero ella sabía que vigilaba cada uno de sus pasos.

Durante las siguientes tres semanas apenas tuvo tiempo para respirar. Las primeras dos fases del proyecto ya estaban completas. En la tercera fase, ella se encargó de gestionar los permisos que demandaba ese tipo de proyectos, en conjunto con los abogados de la firma. Lo que más trabajo le estaba costando era establecer el presupuesto; tenía que apegarse a un cronograma de obra y las opciones que le presentó el equipo de ingenieros, le parecían demasiado cortos. Tuvo que reunirse varias veces con ellos durante horas para poder comprobar de primera mano la factibilidad de que los tiempos se cumplieran. Fueron horas en los que las discusiones estaban a la orden del día; era todo un revoltillo de ingenieros, técnicos y diseñadores, en los que cada uno quería tener la última palabra.

A pesar del escaso tiempo, durante la primera semana, cada día, Amanda se tomó unos segundos para saludar a Mirra. Ella se había quedado en su mente, ocupando un lugar que no sabía que estaba vacío; o no se trataba de que estuviera vacío, pensó en algún momento, sino que no sabía que existía. A veces, cuando las horas del día se le escurrían entre las manos como el agua, en la noche, cuando se tendía en la cama, por completo agotada, alcanzaba a darle las buenas noches antes de que los ojos se le cerraran. En la mañana, al despertar, encontraba la respuesta de la joven mujer.

Le alegró saber que Mirra ya se sentía un poco más fuerte tras su última quimioterapia. Una semana antes, esta tuvo una consulta con el oncólogo para la obligatoria revisión general de su estado físico; por suerte, su cuerpo se recuperaba adecuadamente. En su interior, a Amanda le carcomía el hecho de tener que esperar tres meses

para que evaluaran con mayor certeza su salud; para saber si el cáncer había remitido. Ella ansiaba saberlo ya.

En ese momento, Amanda se encontraba en su apartamento; salió del baño tras ducharse. Estaba agotada, lo único que quería era dormir. Por fortuna, era viernes, así que no tenía que levantarse temprano al día siguiente. Se puso un pijama de seda, de pantalón corto, de color granate. Agarró su teléfono antes de sentarse en la cama; ese día no había saludado a Mirra, por lo que accedió al chat con ella y se dispuso a escribirle.

**"Hoy tampoco he tenido un respiro. Por suerte, es viernes. ¿Qué tal tu día? Espero que mejor que el mío. Estoy a punto de caer rendida, así que te doy las buenas noches por si acaso Morfeo me atrapa".**

Amanda envió el mensaje. Antes de salir del chat, Mirra entró en línea y leyó su mensaje. Al instante, empezó a escribir.

***"Necesito que sepas que comienzo a sentir antipatía por tu trabajo.*** Añadió a sus palabras un emoticono rodando los ojos. ***Mi día fue entretenido. Me visitaron unas viejas amigas y vi un par de películas con papá. Ojalá Morfeo te permita leer mis buenas noches. Espero que descanses para que renueves tus energías. Hasta mañana".***

Amanda sonrió al leer lo de la antipatía por su trabajo.

**"Mi trabajo es lo que me permite tener donde vivir y comer".**

***"¡Bah!"***

La arquitecta rio. Pudo ver en su mente a Mirra cruzándose de brazos como una niña malcriada.

**"Tu padre no debió malcriarte tanto".**

***"Mañana me dejará sola, así que tan malcriada no me tiene".***

Amanda frunció el entrecejo; la idea de que Mirra estuviera sola tan pronto, no le gustó ni una pizca. Dejándose llevar por una inusitada preocupación, en lugar de escribir una respuesta, la llamó.

—¿Cómo es eso de que tu padre te dejará sola? —preguntó en cuanto advirtió que ella contestó.

—*Emmm… Ya debe trabajar* —respondió la ojinegra, con un tono de voz que no escondía su diversión.

—Pero es muy pronto —alegó, notando que había extrañado la voz de Mirra. Una dulce calidez se instaló en su pecho en el instante que la escuchó.

—*No lo es* —dijo—. *Sospecho que algo le pateó el trasero a Morfeo* —bromeó.

Amanda rio.

—Sí. Es que me parece muy rápido para que estés sola en casa.

—*Ya tengo algo de fuerza* —alegó—. *Papá me dejará comida hecha, así que estaré bien.*

—Sigue sin gustarme la idea. ¿No pueden contratar una enfermera?

—*No. Ya hay muchos gastos con los medicamentos* —explicó Mirra. La arquitecta frunció los labios—. *Además, solo se irá cinco horas. No habrá ningún problema, te lo aseguro.*

Amanda se mordió el labio inferior cuando una idea se instaló en su cabeza. Cinco horas. Consideró el tiempo que Iván estaría ausente.

—¿Mirra?

—*¿Sí?*

Ella se humedeció los labios con nerviosismo antes de hablar.

—¿Me permitirías acompañarte esas cinco horas?

La línea se quedó en silencio durante unos segundos. Amanda pudo visualizar a la ojinegra con el entrecejo fruncido.

—*¿Hablas en serio? Es tu día de descanso* —le recordó.

—Es muy pronto para que te quedes sola tantas horas, Mirra —alegó con firmeza.

—*Amanda, te lo agradezco, pero eso es algo que no tendría caso. Perderías parte de tu día de descanso conmigo y, de igual manera, al día siguiente me quedaré sola. Y al siguiente. Y al siguiente.*

—Pero no mañana —alegó.

—*Amanda…*

—Mirra, por favor —la interrumpió—. ¿O quieres que te suplique?

La otra mujer rio.

—*Por supuesto que no.*

—Entonces envíame tu dirección —le pidió. Otra vez se imaginó a Mirra rodando los ojos.

Por segunda vez, el silencio llenó la línea.

—*Está bien* —cedió la ojinegra.

Amanda sonrió, complacida.

—Perfecto. Quiero esa dirección en mi teléfono antes de que despierte mañana. Ahora me despediré, Morfeo me tiene contra la pared.

Mirra rio.

—*De acuerdo. Buenas noches, Amanda.*

—Buenas noches, Mirra.

Ninguna de las dos cortó la llamada de inmediato, como si todavía quedara algo por decir. Amanda fue quien, tras unos instantes, pulsó el botón rojo en la pantalla de su teléfono.

Era cierto, Morfeo la tenía por completo arropada, así que dejó el teléfono sobre la mesa de noche y se metió a la cama.

# 11

Mirra tenía que tomar somníferos para poder dormir después de cada quimioterapia; a pesar de que eso, despertó varias veces durante la madrugada. En cada ocasión, con un único pensamiento en la cabeza; que en pocas horas, Amanda iría a su casa para acompañarla. Desde que la conoció, algo en ella la reconfortó, fue como si hubiese tocado una fibra en su ser. Por eso la emoción que albergó en su pecho desde el instante que le ofreció ir a su casa para que no estuviera sola, fue intensa. Mucho, de hecho.

Incluso cuando despertó, su emoción parecía desbordarse por cada poro de su piel, hasta el punto de que se sintió energizada; todas las fuerzas regresaron a ella como por arte de magia. Previo a levantarse de la cama, se puso la pañoleta, luego salió del dormitorio; antes de llegar al baño, se detuvo al oír un estruendo que le pareció provenir de la cocina.

Se detuvo a un paso de entrar al baño.

—¡Papá, ¿estás bien?! —alzó la voz para hacerse escuchar.

—¡Sí, todo está controlado! —respondió Iván.

—¡¿Una taza menos?! —preguntó, sonriendo.

—¡Quedan tres!

Mirra rio.

—¡Tendrás que comprar un nuevo juego!

—¡Cuando queden dos!

Ella negó con la cabeza riendo, antes de cruzar la puerta del baño.

—¡Buenos días! —saludó la ojinegra, entrando a la cocina, minutos después.

Iván volteó a verla, extrañado por su cantarina su voz. La escudriñó con la mirada mientras ella se sentaba alrededor de la diminuta isla.

—¿Qué sucede? —indagó, entornando aún más los ojos al advertir su sonrisa.

Mirra se encogió de hombros.

—Nada —respondió con un tono inocente.

Iván se giró por completo; entornó los ojos más todavía hasta hacerlos unas rendijas.

—Mirra… —pronunció su nombre con un tono de advertencia.

Ella rio.

—No pasa nada, papá —aseguró—. Es solo que Amanda vendrá a hacerme compañía mientras vas a trabajar.

Su padre decidió apagar el fuego de la estufa para prestarle total atención ante la inesperada noticia.

—¿Cómo es eso? —se interesó, acercándose a la isla, frente a ella.

Su hija volvió a encogerse de hombros.

—Como todas las noches, Amanda me escribió —explicó—. Nos saludamos y salió el tema de que hoy volvías a trabajar. No le gustó la idea de que me quedara sola, así que se ofreció a acompañarme todo el rato.

Iván escuchó su explicación, prestando atención a cada uno de sus gestos. Notó su sonrisa, su ligero nerviosismo y, por supuesto, el brillo en sus ojos.

—Qué amable.

—No te molesta que venga, ¿cierto? —preguntó ella al notar su seriedad.

—Por supuesto que no. Es tu amiga —respondió, luego se dio la vuelta y regresó a su tarea de hacer el desayuno. Encendió la estufa y removió el revoltillo de huevo y tocineta que preparaba para él.

—Pues no pareces muy contento —comentó.

Iván no dijo nada, solo se ocupó de sacar el revoltillo de la sartén y servirlo en un plato. Fue después de cascar otros tres huevos en la sartén que volvió a hablar.

—Me preocupa que te ilusiones con esa mujer.

—Papá, te dije que es mi amiga.

Él volvió a mirarla.

—¿Y por eso es que tienes esa sonrisa de adolescente? —le preguntó, señalándola con la cuchara de madera que tenía en la mano.

Los ojos de Mirra se ampliaron por la sorpresa; apretó los labios porque no supo qué otra cosa hacer. Iván le sostuvo la mirada hasta que devolvió su atención a la sartén.

—Solo la veo como a una amiga —insistió la ojinegra, tras verse liberada del acecho de la mirada de su padre—. Mi sonrisa es porque

no estaré sola —alegó.

Iván la miró.

—¿Te preocupaba quedarte sola?

—No, papá. No se trata de eso —respondió—. Antes de hablar con Amanda mi perspectiva era que estaría sola toda la mañana. Sabes que me aburro rápido. Ahora no será así —explicó.

Su padre volvió a escudriñarla con la mirada, luego la apuntó por segunda vez con la cuchara.

—Igual tienes esa sonrisa de cuando te gustaba tu profesora de economía.

Mirra sitió un intenso calor subir por su cuello en dirección a sus mejillas. Tomó aire, procurando apaciguar el calor.

Estaba en esa lucha cuando su padre puso ante ella un plato con tostadas integrales y un revoltillo; luego fue al refrigerador y le sirvió un vaso con un licuado de proteínas.

—Gracias, papá.

Iván llenó un vaso con jugo de naranja para él, luego buscó su plato también servido, y se sentó frente a ella.

—*Priyát-na-va a-pye-ti-ta* —le deseó buen provecho en ruso antes de comenzar a comer.

—Ella no me gusta —declaró Mirra—. Solo estoy contenta porque tendré compañía.

—No tengo problemas con que te guste, hija.

—¿Entonces?

—Veo ilusión en tus ojos —reveló con la honestidad con la que siempre hablaban—. Me preocupa que no te centres en tu recuperación.

—Papá, mi recuperación lo es todo para mí, a pesar de que existe la posibilidad de que la remisión del cáncer no suceda.

Al instante, su padre estiró un brazo hasta que su mano alcanzó la suya.

—Te curarás, hija, no lo dudes.

—Lo sé, papá. Es lo que espero.

Iván le sonrió.

—Lo siento, cariño. Es que me preocupo por ti.

—Eso también lo sé —dijo ella, devolviéndole la sonrisa—. Ahora termina de comer, que se te hará tarde.

Los dos terminaron de desayunar casi al mismo tiempo; Iván se levantó tan solo un par de minutos antes que lo hiciera Mirra.

—Yo me ocuparé de esto —aseveró su padre cuando ella se dispuso a lavar el plato—. Ve a prepararte para recibir a tu amiga.

La ojinegra le plantó un beso en el hombro derecho como agradecimiento, antes de dirigirse al dormitorio. Fue directo al closet; ahí empezó a buscar qué ponerse. De pronto, nada le parecía adecuado. No quería parecer tan enferma ante Amanda. Tras sacar varias prendas e intentar combinarlas, la frustración se apoderó de su ser.

—Mirra, no es una cita —se recordó, mirándose al espejo mientras mantenía un suéter pegado a su cuerpo para visualizar cómo se vería con la prenda. Frunció los labios porque no le convencía el todo—. No es una cita —repitió.

# 12

—No es una cita, Amanda Gehry —se recordó la arquitecta, mirándose al espejo tras haberse cambiado de atuendo por tercera vez.

Evaluó la camisa sin mangas, de cuadros marrones y negros que vestía, complementada con un *blue jean*, corto, a mitad de la pantorrilla. Las Converse de color azul marino, le otorgaban el toque fresco que buscaba. Satisfecha por fin con su imagen, se recogió el cabello en una cola y se pintó los labios; no usaría más maquillaje que eso.

Amanda decidió que no desayunaría en casa, sino que pasaría por una cafetería cercana a su edificio donde vendían los mejores *omelette* de la ciudad; su favorito era el *omelette* italiano. Un plato a base de rúcula, cebolla, tomate y mozzarella, acompañado con papas fritas y pan tostado. Una delicia. Compraría uno para Mirra y uno para ella.

Con una intensa emoción dirigiendo sus pasos, salió sonriendo del edificio. Tal como lo planeó, pasó por la cafetería y salió con una bolsa que contenía los *omelettes*, té verde para Mirra porque había leído que, tras las quimioterapias, los pacientes no podían beber café, y un expreso para ella. A continuación, se dirigió a la estación del tren. Tras entrar en uno de los vagones y sentarse, pensó en escribirle a la ojinegra, pero luego desechó la idea. Quería tomarla un poco por sorpresa, aunque ella sabía que iría.

El reloj iba a marcar las nueve cuando Amanda llegó a la estación a la que se dirigía. *Estoy un poco más cerca de Mirra*, pensó cuando subía las escaleras que conducían a la calle. Tuvo que consultar la dirección que su amiga le dio para orientarse; nunca había estado en esa zona de la ciudad.

El apartamento del padre de la ojinegra quedaba a tres manzanas de la estación; ella se encaminó en esa dirección. Era sábado, así que la calle estaba abarrotada de gente. Sin embargo, eso no le molestó; la ansiedad por llegar a su destino, la distrajeron lo

suficiente para obviar el hecho de que tenía que ir esquivando a quienes avanzaban en sentido contrario.

Finalmente, avistó el que supuso era el edificio al que se dirigía; el corazón se le aceleró, pero no le prestó mayor atención. Cuando se encontró frente a la entrada, corroboró la dirección, luego miró hacia arriba. Era una estructura de unos diez pisos, calculó. Como arquitecta, lo evaluó en segundos.

—Bastante normalito —susurró.

En el panel del intercomunicador pulsó el número del apartamento que Mirra le indicó cuando le dio la dirección.

—*Familia Ivanov*, buenos días.

Amanda sonrió al escuchar su voz.

—Servicio de niñera, buenos días —bromeó.

—*Já, já. Sube.*

El interruptor sonó y ella empujó la gruesa puerta de cristal. Le gustó el *lobby*; tenía una decoración bastante moderna, nada que ver con la fachada del edificio. Se encaminó hacia el ascensor y, unos instantes después, subía.

Cuando Amanda salió del ascensor, sintió que la emoción la desbordaba. Quería ver a Mirra. Quería compartir el desayuno con ella. Quería hablar de mil cosas con ella, aunque no sabía si tenían mucho en común. Antes de moverse, oyó una puerta abrirse. Siguió la dirección del sonido. Al asomarse un poco más, vio a la ojinegra sosteniendo la madera.

Ambas sonrieron al verse.

—Hola —saludó Mirra.

Amanda no pudo evitar darle un fugaz vistazo; ella continuaba un tanto pálida, pero no parecía tan débil como en el hospital.

—Hola. Traje el desayuno —anunció, alzando la bolsa que llevaba en la mano.

Mirra no pudo evitar su gesto de sorpresa, luego sonrió como si hubiese sido atrapada en una travesura.

—Por favor, adelante —la invitó, al percatarse de que continuaban en la puerta.

La rubia le sonrió como agradecimiento.

—Gracias.

—Si traes el desayuno, vayamos a la cocina —le señaló el camino a seguir.

—De acuerdo.

Un cortísimo pasillo conducía a la sala y más allá, detrás de una puerta, estaba la cocina.

—Gracias por hacer esto —dijo Mirra, yendo tras ella.

Después de entrar en la cocina, Amanda echó un vistazo al espacio para familiarizarse un poco. Buscó con la vista dónde dejar la bolsa que llevaba; se decidió por la isla.

—Es un gusto. ¿Cómo te sientes? Te ves bastante bien —declaró, repasando una vez más su figura—. Me encanta tu pañoleta.

La ojinegra sonrió y se tocó la tela en cuestión.

—Es mi favorita.

—Es linda —reconoció la arquitecta—. Dime cómo te sientes —le pidió.

—Me siento bastante bien —dijo, invitándola con un gesto con la mano a que se sentara en uno de los dos bancos que rodeaba la isla —, aunque la debilidad no desaparece del todo.

—Pues pareces lista para un día de playa —declaró Amanda, apoyando los codos sobre la isla.

Mirra rio.

—A veces ni siquiera puedo levantarme de la cama —confesó con una pizca de diversión.

La arquitecta frunció los labios.

—Eso cambiará pronto —aseguró.

—Lo sé.

—Oye, traje té, café y los mejores *omelette* de la ciudad —anunció, sacando los envases y los vasos—. Estoy segura de que te gustarán.

La ojinegra no tuvo corazón para decirle que ya había desayunado, así que se sentó frente a ella.

—Te advierto que todavía ingiero poca comida —asomó como excusa.

—Al menos pruébalos —le pidió la rubia, poniendo un vaso desechable frente a ella—. Té para ti. El café es para mí.

La anfitriona estaba disfrutando todo aquello. Ver a Amanda ahí, siendo tan espontánea y amable, le encantaba, así que se quedó

mirándola mientras disponía todo sobre la isla. Ella le echó un vistazo al *omelette*; se veía delicioso.

—Gracias —dijo, buscando su mirada.

La arquitecta sonrió con evidente emoción.

—Por nada. Vamos a necesitar cubiertos —señaló—. No te levantes —pidió, al ver su intención de ir por los cubiertos—. Dime dónde están.

Mirra señaló una de las alacenas. La rubia se levantó y buscó los cubiertos; casi de inmediato, estaba de regreso frente a ella y le tendió un tenedor.

—¿El servicio de niñera siempre incluye el desayuno? —le preguntó la ojinegra, mirándola con diversión.

Amanda rio.

—Solo cuando tengo que cuidar a niñas adultas.

Mirra también rio.

—Niñas adultas. Eso sí que suena extraño —afirmó, negando con la cabeza.

La arquitecta sonrió, luego pinchó un trozo de *omelette* con el tenedor, pero se quedó contemplando a su amiga cuando se llevó un bocado a la boca. Sonrió, complacida, al ver su gesto de placer.

—Mmmm…

—Delicioso, ¿verdad?

—Oh, vaya que sí.

Amanda rio.

—Sabía que te gustaría —dijo, pero, sin querer, su mirada descendió a los labios de Mirra.

# 13

—No te gusta el té, ¿cierto? —preguntó Amanda.

Mirra la miró y sonrió, dejando el vaso sobre la isla.

—Ya me acostumbré a su sabor, pero no termina de agradarme —respondió, luego frunció el entrecejo—. Ahora que lo pienso, ¿por qué me trajiste té?

La arquitecta se encogió de hombros, mientras cortaba un trozo de *omelette*.

—Leí un poco sobre los efectos de la quimioterapia. Sé que tus comidas tienen que ser nutritivas y que debes evitar algunas cosas. El café es una de ellas —explicó antes de comer un bocado de su desayuno.

Mirra se quedó mirándola, sintiendo una cálida, muy cálida, emoción derretirla un poco en su interior. Le resultaba increíble que Amanda, estando tan ocupada con su trabajo, y de seguro que, con su vida personal también, se tomara el tiempo para indagar sobre los efectos de su tratamiento.

Así como surgió esa emoción, de la misma manera, en su cabeza se repitieron las palabras de su padre. "Me preocupa que te ilusiones con esa mujer".

*No puedo ilusionarme. Es una amiga*, se dijo a sí misma, aunque no pudo evitar que le gustara la manera como movía la boca al masticar.

—Qué amable —alcanzó a decir.

—No es nada —le restó importancia la arquitecta—. Creo que todas las personas deberíamos interesarnos más por lo que viven pacientes como tú. La verdad es que no indagamos o no nos interesa hasta que nos toca. Hoy en día agradezco el haber ido a ese hospital y conocerte —declaró, dedicándole una tierna sonrisa.

La ojinegra le devolvió el gesto con la ternura multiplicada por mil.

—Eres una persona increíble.

—Nada que ver, solo intento ser un poco más consciente —señaló, encogiéndose de hombros. Bebió el último sorbo de café y miró la

caja desechable donde comió, luego la de Mirra. Su *omelette* estaba a medio comer—. ¿Terminarás eso?

—Está delicioso, pero es imposible que coma un trozo más —respondió, echándose hacia atrás en el asiento.

La rubia rio.

—Me haré cargo de todo esto —anunció, empezando recoger los envases.

—Se supone que eres la invitada.

—No es nada.

Mirra la observó echar todo al bote de la basura. Siguió cada uno de sus movimientos cuando abrió la llave del fregadero, se lavó las manos y se las secó con uno de los paños de la cocina con toda la confianza del mundo.

Cuando la rubia se dio la vuelta, sus miradas se encontraron, sorprendiéndolas un poco a las dos. Un tanto azorada, Mirra se levantó.

—Te daré un *tour* por el palacio —ofreció por hacer algo más que solo quedarse mirándola.

Amanda rio.

—De acuerdo.

—Esta es la cocina —le informó, abriendo los brazos para abarcar el espacio.

—No lo hubiese imaginado —bromeó.

—Lo supuse —dijo, retrocediendo mientras ella avanzaba para salir de la cocina.

—De verdad te ves bien —repitió Amanda, sorprendida por lo ágil que ella se veía.

—Gracias —sonrió—. Es por los genes rusos, ya sabes.

La arquitecta asintió sin dejar de mirarla. Por fin Mirra se dio la vuelta y la condujo fuera de la cocina.

—Nunca antes estuve en un dúplex —comentó la rubia.

—A mí no me gustan, pero a papá sí. Vamos arriba primero —anunció.

—¿Puedes subir?

Mirra se detuvo en el primer escalón y volteó a verla porque la escalera era muy estrecha como para subir juntas.

—Sí.

Amanda arqueó una ceja.

—¿Segura?

La ojinegra bufó en silencio; su nueva amiga parecía ser tan protectora como su padre.

—Sí.

—Sube despacio —le pidió ella de igual manera.

Mirra estuvo a punto de rodar los ojos, pero no quiso parecer una niña, así que se limitó a asentir. Subió despacio para complacer a Amanda. Al llegar arriba, sintió un ligero mareo. Lo disimuló lo mejor que pudo cuando su invitada se detuvo a su lado y se quedó mirándola.

—Aquí arriba hay dos dormitorios —Mirra le dio un corto *tour* por la planta, abriendo las puertas de las dos habitaciones para que ella echara un vistazo.

Poco después, regresaron al piso inferior.

—¿Hay un tercer dormitorio? —preguntó la arquitecta tras advertir que la habitación para huéspedes de arriba no parecía ocupada por nadie.

—Sí. Por aquí —Mirra la guio por el corto pasillo que conducía al baño y a la que era su habitación. Abrió la puerta—. Esta es la que ocupo —anunció, entrando hasta situarse en medio del espacio.

Amanda también entró. Sus ojos lo abarcaron todo. El lugar se parecía a Mirra; era iluminado y con un aire bastante fresco.

—¿Que ocupas? —se interesó—. ¿No vives aquí?

La ojinegra rio.

—No —respondió—. Tengo un apartamento. Pago una enorme hipoteca, pero poseo mi propio lugar —esa información sorprendió a la arquitecta. Mirra lo notó; rio por su gesto—. No soy una niña, Amanda —le aclaró porque necesitó hacerlo con urgencia. Tenía la sensación de que ella la veía como a una niña y esa idea no le gustaba nada—. Incluso tengo un auto.

—Vaya.

Mirra sonrió.

—Pareces sorprendida.

—Lo estoy —admitió.

—Tenemos mucho de qué hablar —le dijo.

—Me encantaría —declaró la rubia sin apartar los ojos de los suyos.

—Papá cambió un poco la decoración —comentó, refiriéndose a la habitación.

Amanda continuó mirando el lugar hasta que sus ojos se posaron en la repisa llena con las grullas de papel. Sonrió sin percatarse. Se acercó al estante y agarró una de las pequeñas aves.

—¿Cuántas llevas? —preguntó sin apartar la vista de la figura.

Mirra se situó a su lado y también se hizo con una.

—Novecientas ochenta y siete.

Amanda la miró.

—Te faltan pocas.

—Sí —ella sonrió—. Espero llegar a mil hoy.

La otra mujer alzó las cejas con un gesto de sorpresa.

—¿Hoy?

—Sí.

—Y luego, ¿qué se supone que debes hacer con ellas?

La ojinegra bajó la vista al montón de figuras.

—Quiero pedir mi deseo lanzándolas al río desde el puente de Manhattan —respondió, luego volvió a mirarla.

En ese momento, era una mirada azul y una oscura, conectadas. Dos miradas y mil constelaciones creándose en el universo. Mil posibilidades. Mil razones para sonreír. Mil deseos pidiéndose en silencio. Mil cosas sucediendo en un solo instante.

—¿Cuándo lo harás? —preguntó Amanda, conteniendo la respiración por inercia.

Ella había comenzado a hacer grullas también; quería pedirle al universo, a la vida, a quien fuera que concediera deseos, que Mirra se curara. Nunca antes pensó en qué hacer con las mil grullas. Ni siquiera si debía hacerlo sola, pero, en ese momento, solo anheló una cosa. Estar con ella cuando pidiera su deseo.

—Le pedí a papá que me llevara a Brooklyn el sábado.

Amanda contuvo el aliento porque le asustaba que la ojinegra le negara lo que estaba a punto de pedirle.

—¿Puedo...? ¿Puedo acompañarte?

Los ojos de Mirra reflejaron sorpresa, luego su boca se fue curvando con una lenta sonrisa.

—Eso me gustaría mucho —respondió.

# 14

Amanda prestaba especial atención a la manera como Mirra movía los dedos mientras hacía cada pliegue en el papel que tenía entre sus manos para armar la grulla. Ella había aprendido a hacerla; sabía dónde doblar para lograr la forma del ave, pero verla a ella haciéndolo, le resultaba extraordinario. Tal vez porque advertía en su ligera sonrisa, en lo sublime de sus movimientos, en su mirada límpida, la fe que tenía en aquel mito japonés.

Después de dar el pequeño *tour* por el dúplex, Mirra le dijo que necesitaba descansar, así que se quedaron en su dormitorio. Amanda la desechó la idea de ocupar la silla que había en el lugar, así que se tomó la confianza de ocupar el lado derecho de la cama, mientras ella hacía la grulla; se acomodó de lado, con el codo apoyado sobre el colchón, y la cabeza en su mano.

—No es complicado —dijo la ojinegra sin apartar su atención del *origami*—. Puedo enseñarte —ofreció.

*¡Up! Me atraparon*, pensó la arquitecta.

—Prefiero mirar —señaló, saliéndose por la tangente.

Mirra volteó a mirarla y sonrió.

—Creí que, como arquitecta, te interesaría.

—Y lo hace —admitió—. Es que de seguro terminaré armando algún pajarraco del período cretácico y no quiero que te rías de mí.

La ojinegra rio.

—Nunca me reiría de ti.

—Ajá. ¿Y eso que haces cómo se llama? —preguntó, señalándole el sonriente rostro de una manera juguetona.

—Me rio de lo que dijiste, no de ti —aclaró sin dejar de sonreír.

—Oye, ¿tienes álbumes de fotografías?

Mirra vio los ojos de Amanda iluminarse y le encantó.

—Sí, tengo uno, pero está en mi apartamento —rio al ver sus pucheros—. Creo que papá tiene algunos en la sala.

La rubia se levantó.

—¿Dónde exactamente?

—No quieres verme de bebé toda embarrada de cualquier cosa —dijo Mira, sonriendo de lado.

—Oh, vaya que sí quiero —declaró, asintiendo con énfasis.

Mirra rio e hizo ademán de levantarse, pero ella la detuvo, posando la mano libre en su antebrazo.

—Deja que vaya yo —le pidió—. Debes descansar.

—De acuerdo. La mesa de centro tiene compartimentos, busca dentro de ellos.

Amanda casi saltó de la cama como si fuera una niña. La ojinegra rio, viéndola salir a prisa del dormitorio. Solo se quedó sonriendo, olvidándose por completo de la grulla a medio hacer. Sin apartar la vista de la puerta, agradeció que ella la acompañara; y también el haberla conocido.

Como un halo, Amanda volvió a aparecer, alzando un par de álbumes como si fueran trofeos. Parecía de verdad emocionada.

—¡Los tengo! —exclamó, luego se dejó caer sobre la cama, en el mismo lugar que antes ocupó.

Mirra rio.

—Creo que esto no será divertido para mí.

—Para mí sí —admitió la otra mujer sin pudor alguno, ya abriendo el álbum más grueso.

La ojinegra se quedó observándola; los ojos de la rubia barrieron la primera hoja, como si quisiera hacerse una idea general, antes de poner su atención en la primera fotografía.

Amanda puso el dedo índice sobre la imagen y buscó sus ojos, cuestionándola con la mirada. Era una vieja fotografía, se notaba el desgaste en los colores y los bordes del papel. En ella aparecían una mujer de intensa mirada, cabellos negros y piel blanca; en su regazo tenía una niña de unos seis meses.

—Sí, es mi madre —respondió Mirra a su silente pregunta.

Amanda volvió a mirar la fotografía, al cabo de unos segundos, buscó sus ojos otra vez.

—Era hermosa —declaró.

La ojinegra sonrió con un dejo de nostalgia.

—Sí, lo era —dijo, bajando la vista a la fotografía.

—Te pareces mucho a ella —afirmó Amanda.

La otra mujer levantó la vista al escuchar sus palabras; se encontró con los ojos azules fijos en ella. Algo le revoloteó en el estómago, cortándole la respiración. *Si afirma que mi madre es hermosa y dice que me parezco a ella, ¿quiere decir que… le... parezco… hermosa?* Tragó saliva porque de repente la garganta la tenía seca. *No, no puede ser.*

—Para nada —alcanzó a decir, apartando la mirada. Regresó su atención al *origami* sin dejar de notar que Amanda se quedó mirándola durante unos segundos antes de regresar a la fotografía.

La ojinegra continuó plegando la hoja sin dejar de ser consciente de cada movimiento de la arquitecta. Al cabo de un par de minutos, la grulla estaba hecha. Sin pensarlo, estiró el brazo y dejó la pequeña ave sobre la hoja del álbum que Amanda miraba en ese momento.

Ella alzó la vista, buscando sus ojos.

—La novecientos noventa y tres —enumeró, recordando la cantidad de grullas que llevaba con la que acababa de terminar.

Mirra le sorprendió que lo recordara.

—Sí.

Amanda sonrió; sus ojos brillaron con emoción.

—Creo que mi tarea de hoy será encargarme de que completes las mil grullas —dijo, agarrando el *origami*—, así que empieza ya la siguiente —ordenó mientras se levantaba de la cama.

Mirra la vio poner el *origami* sobre la montaña de grullas que tenía en la repisa.

—Vaya presión —murmuró.

Amanda regresó a la cama y adoptó la misma posición que antes.

—No es presión. Tienes que pedir ese deseo cuanto antes —sentenció—. Tienes que curarte —dijo, alzando las cejas.

A la ojinegra le enterneció la manera como lo dijo; como si no hubiese otra opción. Sin embargo, por más que lo quisiera, no podía seguir adelante con su misión en ese momento. Se sentía muy agotada; precisaba descansar, pero no soltó la hoja que ya había agarrado.

—Amanda, necesito descansar.

—Está bien. Duerme si quieres. Estaré aquí. No me iré —aseguró, mirándola a los ojos.

Mirra sonrió.

—Gracias. Solo tapate los oídos cuando empiece a roncar.

La rubia rio.

—De acuerdo, lo haré.

Sus miradas se sostuvieron hasta que Mirra se tendió más en la cama y cerró los ojos. Amanda se quedó mirándola, luego, al cabo de unos instantes, su boca se curvó con una sonrisa.

# 15

La respiración de Mirra era pausada, casi superficial; se había dormido con la cabeza ladeada, como si quisiera vigilar a Amanda. Tenía ambas manos sobre el abdomen. Entre los dedos de su derecha quedó la hoja que debía convertirse en grulla.

Con sumo cuidado, la arquitecta deslizó la hoja de entre sus dedos. Tras dejar la hoja a un lado sobre el colchón, Amanda se dedicó a delinear el rostro de Mirra con la mirada. Pudo detectar en sus facciones los rasgos rusos en sus pómulos, pero que pasaban un tanto desapercibidos por la forma delicada de su barbilla heredada de su madre. La ausencia de cejas le otorgaba un aire inocente.

La mirada de la rubia se paseó también por sus labios gruesos y rosados, pero rápido apartó la vista. Mirar su boca le pareció un tanto atrevido de su parte, así que se obligó a devolver su atención al álbum de fotografías que tenía frente a ella. Mejor eso que los labios de Mirra, así que pasó la página.

Al cabo de una hora, ella había terminado de mirar las fotografías de los dos álbumes. De vez en cuando le echaba un vistazo a la ojinegra, que apenas se había movido; su sueño era tan profundo que por momentos soltaba un ligero ronquido. Aunque era más bien que respiraba fuerte por la nariz. En cada ocasión, ella no pudo evitar reír; incluso, se tapó la boca un par de veces para no molestar su sueño.

Amanda terminó tendida de lado, con la cabeza apoyada sobre su brazo, mirando a Mirra. No era el sábado que había planeado, pero le gustaba cuidar su sueño. Si lo pensaba un poco, no hubiese deseado estar en ningún otro lugar. No cambiaría por nada el estar ahí. En ese momento, la rodeaba tanta paz, que cerró los ojos, procurando guardar dentro de sí la sensación.

Cuando Amanda abrió los ojos, se encontró con la mirada de la ojinegra. Ambas se sonrieron al instante.

—Te dormiste —le dijo Mirra.

La rubia frunció el entrecejo.

—No. Tú te dormiste —afirmó.

—Llevo casi cinco minutos mirándote dormir.

—Eso no es cierto. Fuiste tú quien se durmió por más de una hora —rebatió, sonriendo.

—Tal vez, pero también te dormiste.

—Que no. Solo cerré los ojos unos segundos y tú, por casualidad, despertaste —aclaró Amanda.

—Sé lo que vi —insistió—. ¿Te quedaste todo el tiempo aquí? —preguntó.

—Sí. Miraba los álbumes —dijo, poniendo una mano sobre ellos—. Trataba de decidir cuál de tus fotografías es mi favorita.

—¿Y te decidiste por alguna? —curioseó.

Amanda asintió, sonriendo.

—Por supuesto.

—¿Puedo saber cuál es?

—Sí —respondió Amanda, incorporándose hasta que quedó sentaba en posición india. Empezó a buscar entre las páginas del álbum más viejo. Cuando localizó la fotografía, giró el álbum y tocó la imagen con el dedo índice—. Es esta.

Mirra miró la fotografía que le señaló; sonrió sin darse cuenta. En la imagen, aparecía ella, de unos seis años de edad, sonriendo y con los cabellos alborotados porque estaba en el aire en un columpio. Su padre se encontraba detrás de ella, impulsándola, mientras su madre, también sonriendo, permanecía apoyada de una de las columnas soportes del columpio, mirándolos. Era una familia feliz.

—Esa fotografía la tomó mi maestra —recordó Mirra con nostalgia, acariciando la imagen—. Ese día mamá y papá fueron a buscarme a la escuela. Yo estaba muy contenta porque solo mi madre iba por mí, así que quise ir al columpio. Por supuesto, mi padre me complació.

Amanda sonrió.

—Obvio.

La ojinegra rio.

—Los tres estuvimos un rato en el columpio, lo recuerdo como si fuera ayer —declaró, mirando a Amanda a los ojos—. Papá me convenció de bajar de él cuando me ofreció un helado.

—¿Te gustan los helados?

Los ojos de Mirra se iluminaron.

—Son mi perdición —afirmó, pero al instante levantó la mano derecha con el índice en alto—. El de vainilla, específicamente —aclaró con orgullo.

La arquitecta rio.

—Obvio.

—Deja de decir eso —le pidió, sintiendo que se sonrojaba.

—Eres una consentida. Puedo adivinar que Iván tiene un enorme recipiente con helado de vainilla en el refrigerador —se burló.

Las mejillas de la ojinegra se encendieron, delatándola.

—No es enorme —intentó defenderse, aunque sin demasiada convicción.

Amanda terminó rodando por la cama de tanta risa, mientras ella la miraba un tanto ofendida y otro tanto, divertida. No podía creer que aquella mujer que se le acercó en el hospital, que ella miró con sospecha, se encontrara ahí, en su dormitorio, riendo como una niña.

Mirra se quedó contemplándola, albergando unas cuantas sensaciones en su pecho a las que no quiso ponerle ningún reparo porque hacía mucho que lo único que sentía era angustia y pesar.

La risa de Amanda fue disminuyendo hasta que solo fue su sonrisa la que adornó su rostro, después que se encontró con su mirada oscura. El silencio las rodeó unos instantes, como si no necesitaran decir nada y, a la vez, como si lo dijeran todo con sus ojos.

—¿Quieres helado? —preguntó Amanda, con una sonrisa que desbordaba ternura.

—Sí —respondió Mirra.

La rubia se levantó de la cama, luego agarró los álbumes.

—Dejaré esto en su lugar —anunció, encaminándose hacia la puerta.

—Gracias.

En cuanto Amanda le dio la espalda, la ojinegra tuvo la sensación de que ella huía. Deseó para sus adentros que no fuera así. *No te quedes mirándola como idiota*, se reprendió.

Mientras tanto, en la cocina, después de guardar los álbumes, Amanda tanteó en las alacenas en busca de un par de tazones

donde servir el helado; las tazas que halló eran muy pequeñas, quería servirle a Mirra una buena cantidad. En cada uno de sus movimientos, intentó obligar a su corazón a apaciguarse. Latía acelerado, fuerte. Era consciente de lo que le provocaba su nueva amiga. Le daba miedo y, a la vez, le estimulaba una poderosa descarga de emociones que le eran adictivas.

—Vamos, Amanda, no estás aquí por eso —murmuró mientras servía el helado.

# 16

Amanda le tendió el tazón con helado a Mirra, pero antes de que esta lo agarrara, ella lo retiró y la miró con sospecha.

—¿Debo preguntarle a Iván si puedes comer helado?

Esta rodó los ojos.

—Dámelo ya —exigió abriendo y cerrando las manos.

La arquitecta le entregó el tazón riendo, luego rodeó la cama para ocupar su lugar en la cama. Se quedó sentada, recostada de la cabecera.

—Hace mucho que no como helado —comentó, volteando a ver a la ojinegra.

En ese instante, la otra mujer se metió a la boca la primera cucharada de helado; su gesto fue de absoluto deleite, hasta cerró los ojos. Cuando los abrió, se encontró con la mirada de Amanda fija en ella.

Mirra sonrió con un gesto travieso.

—En serio me gusta el helado de vainilla —justificó su gesto.

La arquitecta rio.

—Créeme, pude notarlo —dijo.

—Ya te acostumbrarás a mis caras —afirmó Mirra, pero al instante se arrepintió. Sus palabras sugerían que pasaría más tiempo con ella y eso, de cierta manera, comprometía a Amanda. Un tanto sorprendida por su imprudencia, se quedó mirándola, tratando de adivinar su reacción. Estaba a punto de disculparse, cuando la otra mujer habló.

—Me voy a divertir mucho con tus caras —declaró, antes de comer el primer bocado de helado.

Mirra sonrió. La perspectiva la hizo sentir fuegos artificiales en el pecho.

—Haré mi mejor esfuerzo.

La arquitecta negó con la cabeza, sonriendo. Le divertía mucho estar con ella; por momentos se olvidaba de que estaba enferma.

De pronto, se quedaron en silencio, disfrutando del helado. Sin embargo, no existía rastro de incomodidad entre ellas.

Tras mirar los dos álbumes de fotografías, a Amanda se le quedó algo en la cabeza; una curiosidad. Un detalle que llamó su atención. No sabía si estaba por cruzar una línea, pero necesitaba despejar la duda.

—Mirra, ¿puedo hacerte una pregunta algo… personal? —inquirió, volteando a verla.

La mujer a su lado la miró.

—Por supuesto.

Ella le asomó una sonrisa como agradecimiento por su consentimiento.

—En ninguna de las fotografías te vi con un… chico —señaló—. Te vi abrazadas con algunas personas de tu edad, tal vez, pero ningún… chico.

Mirra sonrió, luego bajó la vista al tazón con helado; hundió la cucharilla en la crema helada y jugueteó unos segundos con ella antes de levantar la cabeza y mirarla.

—Esa no es una pregunta —apuntó.

—Está implícita.

La ojinegra sonrió, y tomó aire.

—Es que no soy de chicos —dijo simplemente porque después de eso, cualquier otra explicación, sobraba.

En el rostro de Amanda no hubo un gesto, una señal, que le diera un indicio a Mirra de que esa información le gustara o le desagradara.

La arquitecta se humedeció los labios, luego asintió.

—No… lo hubiese sospechado —comentó, mirándola.

—¿Tienes algún problema con eso?

Amanda sonrió.

—No, en lo absoluto —respondió, sosteniéndole la mirada.

—Perfecto —dijo—. Y ya que estamos en estos temas personales, también quiero saber algo. ¿Puedo preguntar? —la rubia asintió—. De acuerdo. ¿Tienes… alguna relación?

Amanda alzó las cejas.

—¿Te refieres a una relación personal?

—Sí. ¿Tienes novio? ¿O novia?

La arquitecta rio.

—No, no tengo una relación. Y yo tampoco soy de chicos —explicó.

En su interior, Mirra ejecutó el baile de Merlina Addams en la serie "Merlina", a modo de celebración por esa noticia.

—Es… bueno saberlo —fue lo único que se le ocurrió decir, pero se arrepintió al segundo—. No es que quiera… ya sabes… contigo —balbuceó—. Es que… como tenemos los mismos gustos, pues, no tendrás problemas con que yo, ya sabes.

Amanda sonrió divertida por su azoro.

—Mirra, de no ser lesbiana, tampoco tendría problemas con que no fueras de chicos —siguió utilizando sus mismas palabras.

La ojinegra sonrió.

—Es bueno saberlo.

—Y tú, ¿no tienes una relación? —Amanda le devolvió su pregunta.

Mirra bufó.

—No —respondió—. Tuve un par de citas con una chica que conocí por el trabajo, pero cuando empezaron mis problemas de salud, desapareció.

—Idiota.

—No era nada serio de todos modos.

Continuaron hablando de sus relaciones. Mirra quiso saber cuántas novias había tenido ella y a qué edad se enamoró por primera vez. Por supuesto, tuvo que responder las mismas preguntas, así que ambas se pasearon por sus pasados, recordando sus años en la secundaria, cuando las asaltaron las incertidumbres sobre su sexualidad; pasando por la universidad hasta que empezaron a trabajar.

Los tazones vacíos quedaron a un lado, mientras conversaban de amoríos, de corazones rotos y de lo que deseaban en una relación.

—Hoy en día busco tranquilidad, que pueda divertirme al lado de alguien —explicó Amanda—. Que pueda hablar de todo y de nada a la vez.

La ojinegra rio con eso último.

—Entiendo lo que dices.

De pronto, el teléfono de Mirra empezó a sonar.

—¡Up! Hora de almorzar —dijo, silenciando el dispositivo.

Amanda arqueó una ceja.

—¿Tienes una alarma para el almuerzo?

Esta torció los labios.

—Papá me obligó porque quería asegurarse de que no se me pasara la hora del almuerzo si me quedaba dormida —explicó—. Se supone que no debo comer a deshoras.

Eso fue suficiente para que Amanda se pusiera en movimiento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —la interpeló, levantándose de la cama como un rayo—. ¿Sabes el tiempo que me tomará hacerte el almuerzo?

Mirra rio al verla tan mortificada.

—Tranquila —le pidió, incorporándose también—. Papá lo dejó todo listo. Solo debemos calentar la comida —aclaró.

—¡Gracias a Dios! —susurró la arquitecta, poniéndose una mano en el pecho, verdaderamente aliviada.

—Eso sí, lo que sea que papá haya hecho, no tiene condimentos —dijo, saliendo del dormitorio.

La rubia se ocupó de agarrar los tazones antes de seguirla.

—Admiro lo que tu padre hace —declaró cuando ya estaban en la cocina. Dejó los tazones en el fregadero.

Mirra abrió el refrigerador y sacó un par de recipientes, que dejó sobre la isla.

—Él se preocupa demasiado. Me siento mal por darle esta mortificación.

Al instante, Amanda detectó el brillo de pesar en sus ojos. Sin pensarlo demasiado, se acercó a ella; tuvo que contener las ganas de acunarle el rostro. En su lugar, se conformó con ponerle una mano en el hombro.

—Mirra, es normal que él se preocupe tanto. Eres su hija —le recordó, hablándole en voz baja—. Estoy segura de que tú también te preocuparías así por él si la situación fuera al contrario.

—Por supuesto —admitió, asomando una ligera sonrisa.

—¿Lo ves? Solo déjate cuidar.

—No es fácil.

—En ese caso, lo tendrás difícil —le dijo.

Mirra frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—Porque ahora seremos dos los que te cuidaremos —declaró.

# 17

Mirra alzó las manos, como si pidiera calma.

—Ya tengo suficiente con papá, ¿de acuerdo? Puedo hacer esto.

Amanda rodó los ojos; también levantó las manos, pero como señal de rendición. En silencio, sin dejar de mirarla y asomando una sonrisa, se sentó en unos de los bancos de la isla.

—Muero de hambre, así que apúrate —le ordenó a la ojinegra.

—Comienzo a arrepentirme de aceptar que vinieras.

La arquitecta apoyó la quijada en una mano y sonrió.

—Mentirosa.

Mirra no pudo hacer otra cosa que reír, por lo nerviosa que la puso la mirada de Amanda. Le dio la impresión de que le coqueteaba, pero no estaba segura.

—Debes saber que cuando cocino pongo música —advirtió, sacando su teléfono del bolsillo.

—Espero que tengas buen gusto.

Mirra le dio un vistazo, sonrió y negó con la cabeza antes de devolver su atención al teléfono.

—Para que no me critiques, pondré la radio.

—De acuerdo.

Amanda no abandonaba su postura; continuaba mirándola, siguiendo cada uno de sus movimientos. Tenía la sensación de que la ojinegra estaba nerviosa, aunque no entendía por qué. Habían estado bastante cómodas desde el principio.

De pronto, en la cocina comenzaron a escucharse las notas de un bajo. Amanda supo de inmediato que era rock alternativo. Entonces se oyó la voz del cantante; y la batería y la guitarra se unieron con una sublime perfección.

*Come down and waste away with me*
*Down with me*
*Slow, how you wanted it to be*
*I'm over my head*
*Out of her head, she sang And I wonder*
*When I sing along with you* Las dos, extrañamente, prestaron

atención a la letra de inmediato. Sus miradas se buscaron y se sonrieron.

*If everything could ever be this real forever*
*If anything could ever be this good again*
*The only thing I'll ever ask of you*
*You've got to promise not to stop when I say when*
*She sang* —No está mal —comentó Amanda.

—No lo está —reconoció Mirra.

Fue ella quien se obligó a romper el contacto visual; en su estómago sucedían muchas cosas y no eran efecto de la quimioterapia, de eso estaba segura. Metió uno de los envases al microondas y programó el tiempo.

*Breathe out*
*So I can breathe you in*
*Hold you in*
*And now*
*I know you've always been*
*Out of your head*
*Out of my head, I sang* Cuando Mirra se dio la vuelta, sorprendió a Amanda acercando su teléfono al suyo.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Ella le mostró la pantalla del teléfono con el logo de una aplicación identificadora de música.

—Quiero saber cómo se llama esa canción —respondió, mirando otra vez la pantalla—. Me gusta. Se llama *Everlong*, es de Foo Fighters —informó sin mirarla. No se atrevió a decirle que, inesperadamente, la canción le sonó un poco a lo que sucedía entre ellas. "Si todo pudiera ser tan real para siempre. Si todo pudiera ser tan bueno otra vez". Solo que ella pensó que no "otra vez", sino siempre. *Everlong*.

—Bailemos —dijo Mirra de pronto.

Amanda rio cuando le tomó una mano, instándola a levantarse. Y de la nada, estaban bailando como unas verdaderas rockeras. Mirra alzó los brazos por encima de la cabeza y movió las caderas, antes de empezar a dar saltitos, dejándose llevar por la poderosa batería.

*And I wonder*
*When I sing along with you If everything could ever be this real forever*
*If anything could ever be this good again*
*The only thing I'll ever ask of you*
*You've got to promise not to stop when I say when*

*She sang* Ni Amanda ni Mirra dejaban de sonreír. Se encontraban envueltas por la fuerza de la canción, el sentimiento y esa magia que las había unido por designios del destino en un hospital.

Entre risas, y sin dejar de moverse, Amanda se acercó a la ojinegra.

—Eres toda una rockera —le habló al oído.

A Mirra le estremeció la calidez de su aliento. Cuando se miraron, la canción llegó al final con una última nota de la de guitarra que se extendió a medida que disminuía hasta que se apagó por completo. Entonces otro tema musical inició, pero ellas estaban perdidas en las notas de *Everlong*.

—Tú también —le dijo casi sin aliento.

Su resuello devolvió a Amanda a la realidad. La sostuvo por los brazos.

—¿Estás bien?

Mirra sonrió; estaba agitada, pero bien.

—Sí —respondió, resoplando—. Genial, de hecho. Hace mucho que no bailaba.

Amanda la soltó; negó con la cabeza y retrocedió.

—No debí permitir…

—No lo digas —la interrumpió—. Por favor, no lo digas. Fue genial —afirmó, sonriendo.

Su gesto, esa sonrisa, pareció brillar en su rostro. Amanda respiró algo aliviada porque, aunque Mirra estaba algo agitada, parecía feliz.

Entonces ella sonrió.

—Sí, lo fue —admitió.

La ojinegra rio.

—Así es como suelo cocinar, bailando. Ya lo verás cuando esté del todo bien.

—Eso me gustaría mucho —declaró.

—Entonces tenemos una cita. Yo… —se interrumpió cuando se percató de lo que acababa de decir. Sus mejillas se encendieron en segundos—. Perdón, quiero decir… Que… te invitaré, pero no será una… cita. Digo, no tiene por qué serlo. Somos amigas. Solo eso —balbuceó.

Amanda se derritió por dentro de pura ternura viéndola tratar de explicar lo que quiso decir.

—Mirra, tranquila —le pidió.

—Es que no quiero que…

—Tranquila —insistió.

El agudo pitido del microondas las hizo callar. Se habían olvidado por completo de la comida.

—Gracias a Dios no estoy cocinando —dijo la ojinegra—. Todo estaría quemado.

Amanda rio.

—Espero que no pase cuando me invites.

Mirra negó con el dedo índice.

—Nada de eso —afirmó, yendo hacia el microondas con el otro envase—. No sé qué cocinó papá —comentó, sacando el primero y metiendo el segundo.

—¿Cuál es tu comida preferida? —se interesó la arquitecta, tras regresar al banco y adoptar la misma posición que minutos atrás.

—Pelmeni —respondió, acercándose a la isla; se situó frente a ella —. Es el plato emblema de Rusia. Son empanadillas rellenas con tres tipos de carne. A mamá le quedaban deliciosas.

—¿Las sabes hacer?

—Sí, pero todavía no le agarro el truco a la masa. Papá dice que no tengo paciencia y que por eso no me queda bien —comentó y torció los labios.

Amanda rio.

—Paciencia, ¿eh?

Otra vez las mejillas de la ojinegra se encendieron.

—Mju.

—No me lo hubiese imaginado —dijo mirándola a los ojos—. Digo, que no fueras paciente.

# 18

Charlotte volteó a mirar a su colega; se encontraban en el terreno donde se construiría el complejo comercial. Usaban ropa informal, botas de seguridad y cascos, a pesar de que todavía no se iniciaba la construcción. Estaban ahí para hacer las mediciones detalladas en los planos en el terreno.

Era la tercera vez que Amanda soltaba un profundo y largo suspiro.

—De acuerdo, por favor, dime al menos el nombre de quien te hace suspirar así —le pidió la morena, abriendo los brazos.

Amanda volteó a mirarla con el entrecejo fruncido.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Charlotte se cruzó de brazos y se situó frente a ella.

—Tenemos veinte minutos aquí y has suspirado al menos una docena de veces —exageró, pero tenía que presionar de alguna manera—. Además, estás aquí y, al mismo tiempo, no lo estás. ¿Puedo al menos saber su nombre? ¿Es alguien de la firma?

En primer lugar, Amanda no se había dado cuenta de que andaba soltando suspiros a diestras y siniestra; aunque le sorprendió, ni siquiera se atrevió a rebatir las palabras de Charlotte porque llevaba lo que iba del día pensando en Mirra. Y sabía que ella le producía una cierta añoranza. Desde que se despidieron el sábado, en el pecho se le instaló esa sensación y no parecía querer desaparecer. En segundo lugar, ella no sabía cómo lo tomaría su colega si se atrevía a decirle el nombre que le pedía.

Amanda se cruzó de brazos también y asomó una sonrisa.

—No hay nadie —dijo.

—¿Entonces qué te pasa? Estás ausente.

—Lo siento. Procuraré concentrarme.

Charlotte entornó los ojos.

—No me convences, pero tenemos que seguir aquí.

Amanda asintió. Era cierto, tenían trabajo que hacer, así que se aseguró de no volver a suspirar. Se pusieron manos a la obra; durante varias horas acompañaron a los ingenieros y técnicos en el recorrido del terreno. Era vital que las mediciones fueran precisas; el

más mínimo error podría provocar un desastre. Todo el equipo sabía lo que estaba en riesgos, así que trabajaban con el mayor profesionalismo y ética posible.

El sol de la tarde era inclemente; sin embargo, el trabajo continuaba. Al final de la tarde, sus ropas estaban tan empapadas de sudor, como la del resto del equipo.

—Vayamos por una cerveza —rogó Charlotte, de camino hacia su auto.

—Nos sacarán a patadas de cualquier sitio si vamos así —dijo, mostrándose a sí misma.

—Necesito una cerveza para continuar viviendo. ¿Qué tal si compramos unas cervezas por allí y nos la bebemos en mi apartamento? —Ofreció su compañera—. Podemos pedir una pizza.

—Esa idea me gusta —aceptó Amanda.

Charlotte alzó los brazos al cielo.

—¡Gracias! Por fin aceptas una invitación —afirmó, abriendo la puerta de su auto.

—Exagerada —rebatió ella, cuando se acomodaba en el asiento del copiloto.

Veinte minutos después, Charlotte abrió la puerta de su apartamento, permitiéndole entrar primero a su compañera.

—Bienvenida a mi humilde hogar —dijo, haciendo una reverencia.

Amanda rio, pero al instante se detuvo. Abrió los ojos y la boca con un gesto de sorpresa, luego miró a su colega, arqueando una ceja.

—¿Humilde?

Charlotte rio, cerrando la puerta.

—Fue el regalo de mi padre cuando me gradué, así que no te sorprendas demasiado.

El apartamento era amplio y hermoso; de concepto abierto. El color blanco predominaba en todo, lo que le otorgaba al espacio un aire moderno y distinguido.

—Mi padre solo me dio un abrazo cuando me gradué —dijo la rubia.

Charlotte rio.

—En realidad, creo que papá quería deshacerse de mí —comentó, de camino a la cocina. Dejó la bolsa con las cervezas sobre la reluciente isla—. Te buscaré ropa, luego pediré la pizza.

—Ese es un buen plan.

Amada agradeció que Charlotte fuera de su misma contextura; el conjunto deportivo que le prestó le quedó perfecto. Al igual que las zapatillas.

Quince minutos más tarde, se hallaban de nuevo en la cocina. Incluso Charlotte se había dado una ducha rápida después que pidió la pizza. Amanda se encontraba sentada en un alto banco, mientras que la anfitriona permanecía de pie, del otro lado; estaban separadas por la isla.

Fue Charlotte quien destapó las latas de cerveza; le dio una a su colega y ofreció un brindis.

—Por un día productivo.

Amanda rio.

—Vaya que lo fue —reconoció, alzando su lata.

Le dieron un largo trago a la cerveza.

—Divina creación del hombre —declaró Charlotte, después de saciar su sed, mirando la lata.

—A veces olvido lo bueno que es una cerveza.

La morena la apuntó con un dedo.

—Y lo olvidas a menudo.

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta regresar a casa tras un largo día de trabajo —admitió, luego soltó un largo suspiro.

—Ahí están otra vez los suspiros.

Amanda rio.

—Lo siento, esta vez es cansancio.

Charlotte entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Esta vez? —preguntó, asomando una media sonrisa—. ¿Eso quiere decir que en el terreno era por otra cosa? ¿Un hombre, tal vez?

Amanda frunció los labios al verse atrapada. Apartó la vista y bebió de su cerveza. Su compañera no dejó de observarla ni un segundo. ¿Debía decírselo? Cuando volvió a mirarla a los ojos, ya había tomado la decisión. Si ella tenía algún problema con su sexualidad, era algo que escapaba a sus manos.

—Está bien —se enderezó en el asiento—. Creo que sí he estado suspirando por alguien —admitió.

—¡Lo sabía! —otra vez la morena alzó los brazos como celebración.

—Pero no suspiro por quien crees.

Charlotte bajó los brazos y frunció el entrecejo.

—No tengo idea de por quién puedes estar suspirando —acotó—. Es lo que quiero saber, de hecho.

Amanda torció los labios.

—Es que supones que suspiro por… un hombre.

Charlotte parpadeó varias veces, luego frunció el entrecejo y ladeó la cabeza. Se quedó mirándola hasta que su boca formó una "o".

—¡Oh!

—Sí.

—Te gustan… las mujeres —concluyó.

—Sí.

—No lo hubiese sospechado.

Amanda respiró aliviada porque Charlotte seguía sorprendida, pero no mostraba incomodidad.

—A veces no es tan evidente —dijo.

—Por supuesto —reconoció—. Entonces, ¿suspiras por…?

La arquitecta rio porque le resultaba increíble que la curiosidad de Charlotte continuara.

—¿Recuerdas a la chica a la que le di el cheque en el hospital?

La morena se quedó pensado en ello.

—¿No se lo diste a un hombre?

—Sí, al padre de la chica.

—¿Y suspiras por una mujer que viste solo una vez?

Amanda rio y negó con la cabeza.

—Aquella fue la primera vez que la vi. Cuando fui con Bill al hospital, volví a verla. Y entonces, le pedí su número de teléfono.

—Vaya que eres rápida —dijo, llevándose la lata de cerveza a los labios.

Ella rio otra vez.

—No se lo pedí por eso —aclaró—. Solo quería saber de ella. Saber si se recuperaba. Es decir, le di un cheque y… ¿Ya? Me refiero a que

no podía simplemente seguir adelante sin saber si ella iba a estar bien —explicó.

—De acuerdo, lo entiendo, pero ¿estás hablando de que suspiras por una mujer que has visto dos veces?

—Tres. Y hemos conversado mucho desde entonces.

—¿Tres? —cuestionó la morena, arqueando una ceja.

—Sí, fui a su casa a cuidarla el fin de semana.

Charlotte alzó las manos; necesitaba una pausa.

—Debimos comprar más cervezas —declaró—. Creo que esta historia será larga. Y quiero escucharla toda.

Amanda no pudo hacer otra cosa que reír.

# 19

Mirra se encontraba tendida sobre el sofá; estaba cubierta por una gruesa frazada desde los pies hasta el pecho. Leía mientras en su teléfono se reproducía la canción que bailó con Amanda. Iván ocupaba el sillón frente a ella; los separaban la mesa de centro. Él también leía, o al menos lo intentaba.

La ojinegra leía, pero no por eso le pasaba desapercibido que la mirada de su padre se posaba en ella de vez en cuando.

—¿Qué? —preguntó, bajando el libro, cuando advirtió que él llevaba mirándola unos cuantos segundos.

Iván también bajó el libro.

—¿Cuántas veces escucharás esa canción? Ya casi me la aprendo de memoria.

Mirra sonrió.

—Es linda —arguyó, encogiéndose de hombros. Y sí, encontraba linda la canción, aunque no era por eso que la escuchaba. La verdadera razón no se la diría a su padre.

—Entiendo que te guste, pero la desgastarás si suena una vez más.

—O te volverá loco —se burló.

—O eso.

Ella rio.

—Está bien, pondré otra canción —ofreció, agarrando el teléfono. No quería que su padre sospechara sobre la canción.

—¿No estás cansada? —se preocupó el ruso.

—No —respondió ella, con su atención puesta en el teléfono.

—Comienza a ser tarde.

—Diez minutos más, por favor —pidió, haciendo pucheros.

Iván rodó los ojos solo para disimular. No existía nada que le negara a su hija cuando le pedía cosas con ese tono de voz.

—Diez minutos —aceptó a regañadientes.

Mirra puso a reproducir una lista al azar. Agarró el libro de nuevo, pero volvió a bajarlo. Miró a su padre.

—Papá, quiero pedirte un favor.

Él hizo a un lado el libro.

—Dime.

—Me gustaría ir a mi apartamento.

Iván se quedó mirándola, evaluando su petición.

—Mirra…

—Ya sé lo que dirás —lo interrumpió—, pero estoy fuerte. Lo has visto.

—Crees que estás fuerte.

—Lo estoy —rebatió con el arrojo de siempre.

—Hija, ya es un riesgo llevarte a ese puente.

Ella lo sabía; después de cada quimioterapia quedaba indefensa. Salir significaba exponerse a virus y bacterias. El riesgo de enfermarse era alto; su sistema inmunológico no podría defenderla.

—Lo sé —reconoció, agachando la cabeza.

Iván suspiro hondo.

—Ten paciencia, hija —le pidió—. Ya pasaste por lo más duro. Espera un poco y regresarás a tu apartamento. Volverás a tu vida, cariño.

Mirra lo miró. Le sonrió porque no existía manera de no hacerlo. Su padre era mil veces increíble, multiplicado por un millón.

—Te amo, papá.

Iván le devolvió el gesto derrochando ternura.

—Y yo a ti. Ahora, es hora de irse a la cama —anunció, levantándose del sillón. Soltó una carcajada al verla cruzarse de brazos como cuando era niña.

—Todavía no han pasado diez minutos —alegó.

Él le quitó la frazada.

—No, pero lo serán cuando llegues al dormitorio. Vamos, te ayudaré.

Mirra se sentía fuerte, aunque la verdad era que, al final de cada día, le costaba levantarse y los pasos le pesaban un mundo.

Unos minutos después, Iván la arropó, le dio un beso en la frente y apagó la luz antes de salir del dormitorio.

La ojinegra no tenía sueño; la pastilla que se tomó para dormir tardaría al menos media hora en hacerle efecto. Entonces se hizo con el teléfono. Deseó encontrar un mensaje de Amanda, pero no fue así; se preguntó qué estaría haciendo. Soltó un largo suspiro. Le

inquietaba extrañarla y ansiar escucharla, o saber de ella. Desde que se quedó medio día cuidándola, la arquitecta se le había metido un poco más en la cabeza.

En la cabeza y en sus sueños, tenía que admitirlo. Mirra sabía lo que estaba pasando y, aunque al principio sintió miedo, ahora no quería detener nada de lo que le sucedía. Después de todo lo que había vivido desde que le diagnosticaron el cáncer, las emociones que Amanda despertaba en ella eran como un oasis en medio del desierto. Era un soplo fresco de vida. Y ella quería aspirarlo todo.

Amanda la hacía sonreír y olvidarse de todo. Lo único que le causaría pesar, y mucho, sería que no correspondiera a sus emociones; y estaba casi, casi, segura de que no le era indiferente. La manera como a veces la rubia la miraba, cómo se preocupaba por ella, le hacían sospechar. Aunque las que más le hablaban eran sus miradas.

En medio de la oscuridad, se acomodó de lado; dejó el teléfono cerca. Desde que Amanda le pidió acompañarla al puente a lanzar las grullas, ella no dejaba de imaginar ese momento. En su mente se dibujaba la escena como una película; con el sol poniéndose en el horizonte, podía ver claramente a la arquitecta, con sus cabellos agitándose por la brisa y su *sexy* sonrisa. Incluso, podía ver las grullas volando a su alrededor cuando ella las lanzaba al pedir su deseo.

En su corazón, albergó el anhelo de que su petición se cumpliera. Rogó al cielo por un milagro. Rogó por un poco más de tiempo. Mirra tenía los ojos cerrados con fuerza cuando su teléfono vibró, asustándola. Al mirar la pantalla, sonrió.

—Aló —contestó susurrando.

—*Hola. ¿Cómo estás?* —le preguntó Amanda.

—Bien.

—*¿Por qué hablamos en voz baja?*

Mirra rio, porque la arquitecta habló también susurrando.

—Se supone que debo estar durmiendo.

—*Oh, lo siento. No vi la hora.*

—Tranquila. Es temprano, es solo que papá se pone un poco estricto.

*—Igual debería dejarte dormir.*

—No tengo sueño —dijo—. ¿Por qué hablas extraño?

*—Creo que bebí un par de cervezas de más* —respondió—. *Estoy medio ebria.*

Mirra rio.

—Oh, esto es toda una novedad.

*—No digas nada. Será la única vez que me escuches así. Todo es culpa de Charlotte. Ella quería refrescarse.*

La mención de otra mujer le provocó una mala sensación en el estómago a Mirra. De pronto, ya la llamada no le parecía divertida.

—¿Quién es Charlotte?

*—Una colega. Es la arquitecta adjunta en el proyecto en el que trabajo.*

—Sí, recuerdo el proyecto.

*—Pasar el día en la zona de construcción nos deshidrató* —comentó la arquitecta—. *En fin, te llamaba para darte las buenas noches.*

—Gracias, Amanda.

Por unos segundos, se hizo silencio en la línea.

*—¿Estás bien?* —le preguntó la rubia.

—Sí. Es solo que comienzo a tener sueño. Ya sabes, las pastillas hacen su trabajo.

*—En ese caso, te dejaré descansar. Estoy esperando con ansias el sábado.*

Saberlo, hizo sonreír a Mirra.

—Yo también —confesó.

*—Bien, hasta mañana* —se despidió.

—Hasta mañana, Amanda.

La llamada finalizó; Mirra dejó otra vez el teléfono a un lado. Le gustó que la arquitecta la llamada y saber que esperaba a que llegara el día sábado tanto como ella.

# 20

—¿Puedes calmarte? Te debilitarás antes de salir de casa —le advirtió Iván a su hija.

Mirra estaba lista; la emoción le carcomía cada átomo de su ser, así que llevaba una hora arreglada, a la espera de su padre, que recién había regresado del trabajo.

—Se hará tarde —alegó ella, impaciente.

Iván la miró de reojo, luego sonrió, negando con la cabeza.

—¿Estás bien abrigada?

Mirra se encontraba sentada en la silla de ruedas, aun así, abrió los brazos, mostrando lo obvio. Vestía con pantalón deportivo largo y un suéter grueso, con capucha, de mangas larga; todo en color negro. Por supuesto, una pañoleta del mismo color que la ropa cubría su cabeza y, además, llevaba un tapaboca en la mano.

—¿Lo dudas?

—¿Te pusiste protector solar?

Mirra rodó los ojos.

—Sí.

—Bien, pongámonos en marcha entonces —dijo Iván.

—¡Por fin! —exclamó su hija.

La ojinegra agarró la bolsa donde llevaba las grullas y se la puso sobre las piernas —Las mujeres no saben de paciencia —murmuró Iván, empujando la silla hacia la puerta.

—Amanda ya va de camino al puente, no quiero que espere mucho tiempo —explicó.

—Ah, ya todo toma sentido.

—No vuelvas con lo mismo.

Iván sonrió cuando pulsaba el botón para llamar el ascensor.

—Ajá.

Minutos después, Mirra se acomodó en el asiento del copiloto del auto; tras ponerse el cinturón de seguridad, mientras su padre aguardaba la silla en el portaequipajes, ella revisó su teléfono. En un mensaje Amanda le dijo que ya estaba en Brooklyn, entonces su

impaciencia se disparó a niveles estratosféricos. Ella lanzaría las grullas desde el puente de Manhattan.

Tardaron cerca de media hora en llegar a Brooklyn y algunos más en acercarse a la calle Prospect; unos minutos después, se encontraron con Amanda, que se sorprendió un poco al ver a Mirra tan cubierta. Apenas se le veían los ojos entre la capucha y el tapaboca. Aun así, ella pudo advertir su sonrisa por la manera como estos se estrecharon.

—Hola, hola —los saludó la arquitecta, dedicándoles una amplia sonrisa. Su mirada se encontró primero con la de Mirra, luego le prestó atención a Iván—. Buenas tardes, señor.

—Por favor, dime Iván —le pidió—. Gracias por acompañarnos.

Amanda le sonrió.

—Es un placer —dijo, luego toda su atención se centró a en la ojinegra. Le sonrió antes de acercarse y darle un beso en la mejilla, aunque la tenía bastante escondida—. Hola.

—Hola. Lamento la tardanza —alcanzó a decir porque sus neuronas se dispersaron en cuanto vio a la arquitecta.

—No te preocupes, me distraje mirando algunas tiendas. Fue divertido.

—Sigamos, ya está por anochecer —intervino Iván.

—De acuerdo —dijo Amanda—. ¿Te ayudo con eso? —ofreció ocuparse de la bolsa donde supuso llevaba las grullas.

Mirra puso una mano sobre la bolsa.

—No, prefiero llevarlas yo. Gracias.

Amanda sonrió.

—De acuerdo.

A esa hora, por la calle no solo transitaban habitantes de Manhattan, también de turistas que se disponían a recorrer el puente más emblemático de la ciudad.

Amanda se mantuvo a la par de la silla, conversando con Mirra. Le habló un poco sobre su semana de trabajo y la que le esperaba; el proyecto estaba en plena fase inicial, lo que demandaba toda su atención.

—Eso quiere decir que no te veré más —concluyó la ojinegra.

La arquitecta rio.

—No exageres. Te prometo que sacaré tiempo para visitarte.

Mirra levantó la cabeza para mirarla.

—¿Lo prometes?

Amanda le sonrió.

—Lo prometo.

Pronto se encontraban en la vía donde iniciaba el puente. Se detuvieron, preparándose para dar el siguiente paso. Iván le puso una mano en el hombro a su hija. Ante ellos tenían el imponente puente y las aguas del río Este se extendían en toda su majestuosidad ante sus vistas. La noche se acercaba, por lo que los reflejos del agua se tornaban casi mágicos.

Los tres se quedaron perdidos en el paisaje durante unos instantes, a pesar de que se encontraban rodeados de personas que iban y venían.

Mirra respiró profundo, saliendo de su ensoñación. Volvió a mirar a Amanda; se tropezó con sus ojos azules y en el pecho sintió un vuelco. Las dos se sonrieron como si solo pudieran hacer eso cuando estaban cerca.

—Vayamos por tu deseo —le dijo la arquitecta.

Mirra asintió y su padre echó a andar, empujando la silla. El puente medía dos mil ochenta y nueve metros, y se tardaba entre treinta, y cuarenta y cinco minutos en recorrerlo. En cuanto ellos empezaron a caminar por él, les pareció interminable.

Los primeros metros del puente recorrían las calles de la ciudad; en ese momento, pasó unos de los trenes adyacentes, lo que estremeció la estructura. Amanda miró a la mujer en la silla, sorprendidas por ese detalle, luego, se echaron a reír. Para los tres era la primera vez que cruzaban el puente caminando.

La pasarela estaba protegida por completo por una malla metálica, lo que le restaba un poco de vistosidad al horizonte, pero había algunas partes que tenía huecos.

—Esto es increíble —comentó Iván.

Las brisas, el agua, la arquitectura de la estructura, la vista de la ciudad y del puente de Brooklyn, se unían para hacer mágico e inolvidable el recorrido. Amanda sacó su teléfono del bolsillo, se adelantó unos pasos y les tomó una fotografía a padre e hija. Mirra

alzó una mano, formó una "V" con el dedo índice y medio, como señal de victoria. Luego la rubia se hizo una *selfie* con ellos a su espalda.

La ojinegra estaba disfrutando la compañía de Amanda; verla sonreír le agitaba cada fibra de su ser hasta rozarle el alma de una manera sublime. Ahí, cruzando el puente, comenzó a aceptar que la arquitecta no era solo una amiga para ella. El pensamiento le resultó un tanto duro, tomando en cuenta su salud. Bajó la vista a la bolsa que sus manos protegían con celo; dentro estaban todas sus esperanzas, en mil grullas de papel. En un deseo.

Mirra apartó sus pensamientos cuando la silla se detuvo.

—Estamos a la mitad —anunció su padre, aprovechando también que la malla tenía un hueco bastante amplio. Era perfecto para lo que iban a hacer.

Amanda, que había avanzado unos pasos más, retrocedió.

—¿Aquí? —le preguntó a Iván.

—Sí.

El corazón de Mirra latía fuerte, acelerado; en ese punto del puente, de la ciudad, de la tierra, del universo, su futuro se aferraba a la fe de una leyenda. En un mito que nació en un lugar lejano gracias a una niña japonesa que, como ella, quería seguir viviendo.

Mirra miró la bolsa sobre sus piernas.

—Estoy lista —anunció.

Iván se encargó de poner los frenos de la silla, luego apartó los reposapiés. Mirra sujetó la bolsa y él la ayudó a ponerse de pie.

Manteniéndose cerca, Amanda levantó el teléfono para inmortalizar el momento en un vídeo. Mirra la miró antes de acercarse a la barandilla. Entonces abrazó la bolsa contra su pecho, cerró los ojos con fuerza, sumergiéndose en su fe.

Amanda mantenía enfocado el teléfono en Mirra y su padre, que permanecía a su lado.

Unos instantes después, con manos temblorosas, la ojinegra levantó los brazos, pasó la bolsa por el hueco en la malla, la abrió y contuvo la respiración un par de segundos.

—Grullas de papel, creo en ustedes y en su poder. Deseo sanar, que se restaure mi salud —ella abrió la bolsa y las aves empezaron a

caer, dispersándose por el aire—. Libero mi deseo, la energía de lo positivo y mi esperanza.

Iván alzó la vista al cielo, enfocando también su fe en el deseo de su hija, pidiendo un milagro.

Los ojos de Amanda se humedecieron, pero se esforzó para que las lágrimas no se le escaparan. Ella se unía al deseo de Mirra, en silencio; al de Iván.

Las coloridas grullas volaron, formando una especie de arcoíris; la brisa las dispersó mientras caían. Ellos no podían verlas ya. Tampoco la magia, ni lo que puede obrar la fuerza de la fe.

Amanda cortó la grabación y bajó el teléfono cuando Mirra buscó su mirada. Mil cosas sucedían en ese instante.

Mil grullas habían volado y un deseo, tal vez, se cumpliría.

# 21

Las luces artificiales de Manhattan hacían parecer mágica la noche.

Después de lanzar las grullas al río, Mirra convenció a su padre de beber algo caliente para combatir la fría brisa, así que terminaron sentados en la mesa de un bistro-café en una calle cercana al puente. La calidez del sitio dejó a Iván más tranquilo, pues le preocupaba que su hija se resfriara. Otro punto a favor fue que no estaba tan concurrido.

Finalmente, Mirra pudo quitarse el tapaboca para beber el té que ordenó.

—¡Uf! Esto me mata —se quejó.

Amanda se alegró de ver su rostro.

—Es por tu bien —le recordó, agarrando la taza de café que ordenó para ella.

Iván prefirió un capuchino, y decidió beberlo sentado en la barra para darles privacidad. Tanto su hija como Amanda le dijeron que no era necesario, pero él insistió. No pudieron detenerlo. Aun así, desde la barra, él permanecía vigilante.

—Lo sé, pero resulta agotador tener tantos cuidados —comentó Mirra.

—Me alegra que estemos aquí —declaró la arquitecta—. No creí que pudiéramos compartir un poco de tiempo.

—A mí también me alegra. En especial, porque ya no tendrás mucho tiempo, así que gracias por acompañarnos.

Amanda sonrió.

—No tienes que darme las gracias. Me encantó ser testigo de lo que hiciste. Fue mágico el momento.

—Lo grabaste —comentó.

—Por supuesto. ¿Quieres verlo?

—Sí.

Sonriendo, Amanda sacó el teléfono de su bolsillo y buscó en la galería el vídeo. Aunque estaban cerca, ella arrimó la silla para cercarse más a Mirra y que pudieran verlo juntas.

—Recuerda que no soy camarógrafa —acotó Amanda.

La ojinegra rio.

—Lo tendré en cuenta.

La arquitecta le sacó la lengua antes de situar el teléfono frente a sus ojos; entonces puso a reproducir el vídeo. Para Mirra fue como ver la escena por primera vez, aunque ella fue la protagonista. En aquel momento estaba tan concentrada en lo que hacía, que todo lo demás a su alrededor desapareció; apenas fue consciente de la cercanía de su padre y de Amanda.

La ojinegra se vio levantándose de la silla; recordó su emoción, la fuerza con la que latía su corazón. Luego observó cuando pasó la bolsa por el agujero y, unos instantes después, las grullas cayeron. Sonrió sin darse cuenta, mirando la escena.

—Algunas parecían volar —dijo Amanda, señalando en la pantalla, aunque la malla del puente cortaba un poco la vista.

—¿Dónde estarán ahora? —preguntó Mirra, más para sí misma que para la mujer a su lado.

La rubia la miró.

—Recorren el camino que las conducirá a cumplir tu deseo.

Mirra se quedó como hipnotizada, mirándola a los ojos. Sus palabras le resultaron tan hermosas, que no supo hacer otra cosa que sonreír.

—Es esperanzador saberlo —susurró.

Amanda deseó confesarle en ese momento que ella también había hecho mil grullas de papel; que el día siguiente, regresaría al puente y pediría su deseo. Un deseo que no era para ella. Pero se contuvo. En su lugar, dejó el teléfono sobre la mesa y agarró la taza frente a ella; le dio un sorbo a su café, consciente del silencio que de pronto las rodeaba y también de que no se había alejado de Mirra, aunque ya no miraban el teléfono.

—Tu té se enfriará —le recordó, dejando de apoyar el codo en el reposabrazos de la silla de ruedas—. Frío debe ser menos agradable.

Mirra miró su taza, luego volvió a encontrarse con sus ojos.

—Y tú bebes café demasiado rápido.

Amanda rio.

—Es la primera vez que no te veo tan acelerada.

—Hay momentos que deseo que no acaben —confesó.

Un tanto sorprendida, la arquitecta asomó una sonrisa, luego apartó la vista de ella; miró a su alrededor, como dándose tiempo, aunque no sabía para qué. De pronto, su corazón latía fuerte y la verdad era que hubiese dado muchas cosas porque ese instante no acabara.

Cuando Amanda devolvió la mirada a Mirra, estaba cargada de algo indescifrable, que no quería analizar.

—Créeme, puedo entenderlo —dijo.

Mirra abrió la boca para decir algo cuando advirtió la presencia de Iván.

—Es tarde —declaró su padre, con un tono que no admitía protestas.

Ella miró a la arquitecta, torciendo los labios.

—Ya se acabó —comentó con hastío.

Amanda rio.

—Pues sí. Iré a pagar la cuenta —dijo ella, levantándose de la mesa.

Iván la detuvo con un gesto con la mano.

—Ya me hice cargo de eso. Yo invito.

—Oh, bien, gracias —medio balbuceó la arquitecta.

—Fue un placer.

Iván le quitó el freno a la silla de ruedas y empezó a empujarla. Mirra se puso el tapaboca de camino a la puerta, que Amanda abrió para ellos.

Ya en la acera, se inició una discusión cuando Amanda anunció que tomaría el metro para regresar a su edificio. Iván y Mirra insistieron en llevarla.

—De ninguna manera lo permitiré —la arquitecta se negó en rotundo—. Tienen que desviarse demasiado de su camino.

Minutos después, Iván puso en marcha el auto, con dirección al edificio de Amanda; el ruso podía ser persuasivo cuando se lo proponía y su hija tampoco se quedaba atrás.

—Podrían estar en casa en veinte minutos —recalcó Amanda, cruzada de brazos en el asiento posterior.

Iván buscó su mirada a través del retrovisor.

—Eres tan terca como Mirra. Con razón se gus…

—¡Papá! —lo interrumpió su hija a tiempo de que las pusiera en aprietos a las dos.

—¿Qué? —cuestionó él, mirándola, sorprendido.

—Solo presta atención a la carretera —le pidió la ojinegra.

—Eso hago.

En el asiento de atrás, Amanda apretó los labios para no reír. Incluso sin mirar a Mirra a la cara, pudo advertir su tensión por la manera como enderezó los hombros. Podía imaginarla mortificada por lo que estuvo a punto de decir su padre. Iba a ser una indiscreción de su parte, pero también una verdad.

Se gustaban, era evidente. Amanda estaba segura de que Mirra podía percibir su atracción. El problema era que esta debía centrarse en su recuperación. No había espacio para nada más mientras existiera la incertidumbre de sí las quimioterapias habían erradicado el cáncer de su cuerpo.

Veinte minutos después, Iván detuvo el auto frente a su edificio. Mirra bajó la ventanilla para poder mirarlo bien.

Amanda abrió la puerta, descendió y se acercó a la ventanilla.

—Es un bonito lugar —le dijo ojinegra.

—Sí, lo es. Cuando tenga más fuerzas, te invitaré y haremos una fiesta —ofreció la arquitecta.

—Nada de fiestas —intervino Iván.

Ellas rieron.

—Solo una pequeña —aclaró Amanda y él rodó los ojos—. Bien, gracias por traerme.

—Hasta luego —se despidió el ruso.

—Hasta luego —respondió ella, alejándose del auto.

Mirra le dedicó una sonrisa, aunque no pudo verla por el tapaboca. Desde la acera la rubia le dijo adiós con un gesto con la mano cuando se pusieron en marcha.

Amanda entró al edificio solo cuando perdió de vista al auto.

# 22

Amanda llevaba todo un mes trabajando sesenta horas a la semana, a veces más, cuando tenía que acudir al terreno de la obra para supervisar la cimentación y contención de la tierra; Bill Harper estaba presionándola con eso.

La noche anterior había llegado a su apartamento casi arrastrándose; apenas tuvo fuerzas para quitarse la ropa y darse una ducha. Ni siquiera cenó aunque tenía hambre. Se metió a la cama y no supo nada más del mundo hasta la diez de la mañana del día siguiente. Era sábado; en pleno verano, a esa hora, ya resultaba algo sofocante respirar.

Ella apartó las sábanas a patadas. La noche anterior se olvidó hasta de encender el aire acondicionado; la ventana del dormitorio estaba abierta y el calor de afuera la sofocó en cuanto despertó. Aturdida por el sueño, se sentó en la cama. Se restregó la cara.

—¿Qué rayos? —murmuró.

Como un zombi, se levantó, fue hasta la ventana y la cerró, luego encendió el aire acondicionado. Lo siguiente que hizo fue ir al baño y se metió a la ducha; necesitaba quitarse con urgencia el sudor de la piel. Minutos después, cuando ya vestía un *short* y una camiseta, fue directo a la cocina. Ahora lo urgente era el café.

Fue después de beber una taza de café, y comer una enorme tortilla de huevos que preparó, que sus pensamientos comenzaron a ser coherentes. Buscó su teléfono en la cartera que había dejado tirada sobre el sofá. Encontró varios mensajes de Charlotte; el primero la hizo reír.

***"Ya llegué al edificio, gracias por preguntar. Aunque supongo que estás muerta".***

Los otros mensajes eran notas de voz de ese día; su colega había madrugado. Decidió que los leería después, por el momento no quería saber nada del proyecto. Encontró algunos mensajes de Bill Harper y otros tantos de otros colegas. Pero fue el de Mirra el que abrió al verlo; era del día anterior.

***"Le pedí a papá que pasara por la cafetería de tus omelletes. Trajo tres. Esta vez me comí uno completo. Estaba delicioso. Por fin estoy apreciando más los sabores. Espero que te encuentres bien, Amanda."***

La arquitecta pudo percibir cierta tristeza de Mirra en esas últimas palabras. O tal vez no había nada de tristeza y de verdad solo deseaba que estuviera bien. Tal vez era ella quien estaba triste porque la extrañaba. Intentó recordar la última vez que hablaron. Fue poco después de lanzar las grullas desde el puente. Le sorprendió el tiempo que había transcurrido.

Desde que el proyecto había entrado en una nueva etapa, su tiempo se le esfumaba en el aire. Por más que intentaba mantener el contacto, a veces se olvidaba de darle los buenos días o despedirse en las noches. Ya llevaba dos semanas sin escribirle. Darse cuenta, le dolió.

Sin perder un segundo más, Amanda pulsó sobre el nombre de Mirra. Los repiques se extendieron hasta que finalmente oyó su voz.

—*Amanda, bue…*

—Perdón, perdón, perdón, por el abandono —dijo a la carrerilla, interrumpiéndola—. Soy una esclava del trabajo.

La risa de Mirra en el teléfono le sonó como una melodía que, de un plumazo, se llevó todo su agotamiento físico y mental.

—*Estás perdonada.*

—¿En serio? ¿Así, tan fácil? Creí que tendría que arrastrarme a tus pies.

—*Jamás permitiría que hicieras eso.*

Amanda sintió un vuelco en el pecho. Sonrió como una idiota, lo supo sin necesidad de mirarse en un espejo.

—Es bueno saberlo —dijo en voz baja.

La ojinegra sonrió.

—*¿Cómo estás, esclava*? —le preguntó.

—No, ¿cómo estás tú? —quiso saber Amanda ella primero.

—*Bien. Ya no me canso tanto cuando me pasó del sofá al sillón* —bromeó.

—Eso me alegra mucho.

—*Oye, ya que llamaste* —Mirra dudó un poco—, *¿tienes planes para hoy?* —curioseó.

—No, ninguno.

—*Entonces, ¿puedo hacerte una invitación?* —habló con cautela.

Era cierto, Amanda no tenía ningún plan ese día, pero había pensado en quedarse en su apartamento para descansar. Sin embargo, la perspectiva de ver a Mirra, porque no podía tratarse de otra cosa, le hizo ilusión al instante. A pesar del tiempo que pasó sin hablar con ella, ni verla, siempre estuvo en su mente, agitándole más que el corazón.

—Sí, por supuesto —respondió.

—*Perfecto, pero… hay un detalle* —anunció.

La arquitecta frunció el entrecejo.

—¿Un detalle?

—*Mju.*

—¿Y cuál es?

—*Papá irá a buscarte.*

—Mirra, puedo ir en el metro.

—*No se trata de eso, lo prometo. Solo está lista en una hora, por favor* —le pidió*.*

—Mirra… —dijo con un tono de advertencia.

—*Por favor.*

Amanda resopló.

—De acuerdo. Estaré lista en una hora.

***

En efecto, una hora después, Amanda esperaba a Iván frente a su edificio. Apenas llevaba un par de minutos en la acera cuando avistó el auto. En cuanto se detuvo frente a ella, abrió la puerta y se acomodó en el asiento del copiloto. Le dedicó una sonrisa al imponente hombre.

—Buenos días, Iván —saludó.

—Buenos días.

—¿Se puede saber qué trama tu hija?

El ruso sonrió, mientras se aseguraba de que podía ponerse en marcha.

—Creo que quiere sorprenderte —respondió.

—No es mi cumpleaños.

Él volteó a mirarla y volvió a sonreír.

—Ella es así.

Amanda se encogió de hombros. Continuaron en un cómodo silencio hasta que advirtió que él tomó una dirección diferente a la que se suponía que se dirigían.

—Emmm… ¿A dónde vamos? —preguntó, volteando a verlo.

—Te dije, Mirra quiere sorprenderte.

—¿Está en el hospital? —se preocupó.

—No —respondió. Como ella continuó mirándolo, él volteó a verla —. Solo confía —le pidió, asomando una sonrisa.

Amanda respiró hondo. Se suponía que iba a ver a Mirra, ¿no? Si ella no se encontraba en el apartamento de su padre, ni en el hospital, entonces, ¿dónde estaba?

A ella no le quedó más que esperar. Finalmente, unos minutos después, Iván se adentró en el estacionamiento de un edificio.

—Ya llegamos —le anunció, abriendo la puerta del auto.

Amanda lo vio descender, cerrar la puerta y después dirigirse al portaequipaje. Entonces ella también descendió. Cuando se asomó, vio a Iván sacando varias bolsas del maletero.

—Déjame esta —le ofreció al verlo luchando para sostener una enorme bolsa de papel.

—Gracias.

Después lo siguió hasta que entraron al edificio y luego al ascensor.

—Tu hija es una cajita de sorpresas —dijo.

Iván la miró y sonrió.

—Es la mejor cajita de sorpresas.

Ella pudo ver todo el amor que él albergaba por su hija en sus ojos y su sonrisa. Las puertas se abrieron y salieron al pasillo riendo.

De nuevo, Amanda lo siguió. Frunció el entrecejo cuando Iván se detuvo frente a una puerta y, con el pie, la empujó, luego le hizo una seña para que ella entrara.

En cuanto la arquitecta se asomó al corto recibidor, vio a Mirra sentada en la sala; se sonrieron al instante. Sin darse cuenta, las dos respiraron hondo, como si hubiesen estado conteniendo el aire desde la última vez que se vieron.

Mirra se levantó con poco esfuerzo y sin dejar de sonreír. Sus ojos brillaban de emoción.

—Bienvenida a mi casa —le dijo.

# 23

Amanda sonrió sin dejar de mirarla a ojos; sonrió amplio, bonito, con una auténtica emoción iluminando su azul mirada. No se movió, solo se quedó ahí, parada, mirándola, como intentando recuperar el tiempo que tenía sin verla, sin hablar con ella.

—Eres una presumida —le dijo a Mirra.

—Yo me haré cargo de esto —intervino Iván, quitándole la bolsa que ella abrazaba.

Amanda apenas le prestó atención. Entonces, riendo, por fin acortó la distancia entre ellas. La ojinegra no se movió, solo se dejó envolver por su cálido abrazo; cerró los ojos, aspirando ese perfume que recordaba y que extrañó, como si hubiese sido parte de sí misma toda su vida.

—Solo quería mostrarte donde vivo —aclaró, todavía abrazada a ella.

Amanda se separó para mirarla a los ojos.

—Para presumir.

Mirra rio.

—Que no.

—Oye, te ves bien —declaró la arquitecta, dando un paso atrás para mirarla por completo—. Y fuerte.

—He estado comiendo mis vegetales —presumió.

Amanda rio.

—Pues, muy bien.

—¿Y qué tal? —preguntó Mirra, extendiendo los brazos a los lados —. El apartamento —aclaró al ver su gesto de confusión.

—Oh, es lindo —declaró, echando un vistazo alrededor.

Era un espacio de concepto abierto, aunque no tenía comedor; la barra americana lo reemplazaba, lo que permitía que la sala fuera más amplia. La decoración hacía gala de un estilo moderno; con líneas limpias y sin sobrecarga visual. El lugar reflejaba a la perfección a Mirra, era sencillo, pero atractivo.

—Gracias —susurró ella.

De pronto, a un costado de la sala, algo llamó la atención de Amanda.

—¿Tienes una chimenea?

Mirra rio.

—Es decorativa. Siempre me han gustado las chimeneas —explicó —. Aquí no podía tener una por obvias razones, así que me compré una de vapor de agua. Es muy realista, me encanta. Suelo pasar mucho tiempo frente a ella.

—Cariño —Iván habló desde la cocina—, aquí está todo lo que encargaste. Solo falta lo más importante.

Su hija le sonrió.

—Gracias, papá.

—Ahora debo encargarme de unas cosas —anunció él, dirigiéndose hacia la puerta—, pero regresaré a tiempo.

Amanda frunció el entrecejo ante la extraña conversación; miró a la ojinegra, cuestionándola con un gesto, pero ella negó con la cabeza.

—Solo llega a tiempo —le pidió ella a su padre.

Él asintió.

—Por favor, no dejes que coma mucho helado —le pidió el ruso a Amanda, ya con la puerta abierta.

—¡Papá!

Amanda rio cuando Iván cerró la puerta antes de escuchar toda la protesta de su hija.

—Solo una taza de helado —la chinchó.

—No le hagas caso. Por favor, toma asiento —la invitó, señalando el sofá en forma de L—. He sido mal educada.

La arquitecta le restó importancia a sus palabras con un gesto de la mano. Tomó asiento de lado, pasando un brazo por el borde del respaldo del mueble. No obstante, estuvo atenta a Mirra. Solo se relajó cuando ella también se sentó, imitando su posición.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó por fin. Se veía bien, pero necesitaba saber cómo se sentía.

—La verdad, bastante bien. He recuperado algo de fuerza y apetito. El doctor también me disminuyó la dosis del somnífero.

—Eso me alegra mucho. En un mes será tu revisión, ¿cierto?

A la ojinegra le sorprendió que ella lo recordara.

—Sí. Me harán pruebas para saber si el cáncer está en remisión.

—Lo estará —dijo Amanda con determinación—. Las grullas volaron, ¿lo recuerdas?

Mirra rio.

—Sí.

La arquitecta se quedó mirando su sonrisa. Todavía no había llegado el momento de confesarle que ella también lanzó grullas de papel al río y pidió un deseo.

—¿Y cuándo regresaste aquí? —preguntó.

—No he regresado —aclaró—. Es solo por hoy. Papá me concedió el deseo porque… —su boca se torció con una sonrisa— hoy es mi cumpleaños.

Amanda se levantó del sofá con un rápido movimiento. Los ojos parecían que se le desorbitarían.

—¡¿Qué?!

La ojinegra rio.

—Hoy es mi cumpleaños —repitió.

—¡Mirra, por Dios! —exclamó, llevándose las manos a la cabeza. Un segundo después, se lanzó al sofá y la abrazó.

La otra mujer rio entre sus brazos; los rizos de la rubia le cubrieron el rostro y ella se perdió en su aroma.

—¿Por qué no me dijiste antes? —preguntó, separándose para mirarla.

Mirra se encogió de hombros.

—Quería sorprenderte.

—Vaya que lo hiciste —dijo y volvió a abrazarla—. Feliz cumpleaños, Mirra.

—Gracias, Amanda.

Cuando volvieron a separarse, la arquitecta le tomó las manos. A la ojinegra le estremeció el contacto; se perdió en la suavidad de su tacto. También le maravilló la delicadeza de sus dedos. Esperó que ella no notara su ligero temblor.

—Debiste decírmelo —insistió—. Te hubiese comprado un obsequio.

—Que estés aquí es el mejor regalo de todos.

—¡Bah!

—Es en serio. Papá aceptó que viniera, pero iba a estar sola. Para mi suerte, llamaste. Eso fue un bonito regalo.

Amanda negó con la cabeza.

—Nada de eso. No tengo un obsequio, pero puedo hacer algo por ti ahora mismo —ofreció—. Pide lo que quieras y te lo concederé.

—No sabía que eras el genio de la botella.

La rubia le pegó en la rodilla.

—Hablo en serio. Dime qué quieres.

Mirra se quedó mirándola a los ojos, sonriendo.

—De acuerdo, falta poco para que tenga que almorzar. Me gusta el postre antes de comer, así que… come helado conmigo —pidió.

—Concedido.

La ojinegra rio.

—Debí pedir un millón de dólares —dijo y torció los labios.

—Y yo te hubiese dado un cheque sin fondos.

—Vaya estafa.

Amanda rio.

—Supongo que una de las cosas que trajo tu padre fue una buena provisión de helado.

—Supones bien.

—Entonces iré a servirlo.

—Yo puedo hacerlo.

La arquitecta entornó los ojos.

—Ya lo sé, pero lo haré yo.

Mirra rodó los ojos. Desde el sofá, la vio ir hacia la cocina. Cuando ese día inició, jamás se imaginó que tendría a Amanda en su casa; llevaba tanto sin saber de ella, que llegó a pensar que tal vez no volvería a verla. Su llamada fue como un regalo. No exageraba, era el mejor que había recibido en toda su vida.

Sonrió al ver a Amanda mirando las fotografías que tenía pegadas en la puerta del refrigerador.

—Son algunos clientes —le informó.

Ella volteó a mirarla.

—Creo que conozco a un par de ellos.

Mirra sonrió.

—Sería extraño si no fuera así. Son algunos de los mejores deportistas del estado.

Amanda puso los brazos en jarra.

—Sé lo que haces —dijo—. Ya me queda claro que no eres una niña.

—También tengo un auto —le recordó.

La rubia negó con la cabeza, sonriendo.

—Nunca te he visto como a una niña —le aclaró, abriendo el refrigerador—. Solo un poco vulnerable por tu enfermedad, pero también sé que no lo eres en lo absoluto.

A Mirra le encantó que se lo dijera mirándola a los ojos.

—Gracias.

Amanda le sonrió, y volvió a su tarea de buscar tazones y servir el helado. Mientras tanto, la cumpleañera se levantó del sofá y se sentó en el suelo, sobre la gruesa alfombra, frente a la chimenea. La encendió y las llamas surgieron como por arte de magia.

Unos instantes después, Amanda se acercó, le tendió su tazón, luego se sentó a su lado, tan cerca, que una de sus rodillas le rozaba.

—Después de las semanas que tuve, esto es perfecto —dijo la arquitecta, luego se metió una cucharada de helado a la boca.

—Nada mejor que el helado para olvidarse de todo lo pesado.

—El helado y el fuego.

La ojinegra rio.

—Y el fuego —le concedió.

Durante un par de minutos comieron en silencio, con la vista fija en las llamas. Hasta que Mirra la miró; tenerla tan cerca le parecía increíble. Amanda estuvo cada día en su mente, incluso cuando hubo silencio de su parte. Sabía que no podía albergar ninguna ilusión por su salud, pero ella simplemente se le coló dentro, como la tinta de un tatuaje.

De pronto, Amanda apartó la vista de las llamas al notar su insistente mirada. Una vez más, como en otras ocasiones, sus ojos se encontraron, perdiéndose en su mudo lenguaje.

En medio del silencio, sus corazones acompasaron su latir; un latir potente, cargado de emociones que despertaban sensaciones en sus

pieles y alborotaban las mariposas que vivían dentro de ellas.

—¿Qué? —preguntó Amanda.

Mirra se mordió el labio inferior. "¿Qué?" Podía responder de tantas maneras esa preguntas, todas ellas una excusa para no decir lo que en realidad anhelaba. Porque no debía. Porque no podía. Porque no era justo para ellas, ni para sus corazones.

Entonces evocó todo lo que vivió después del diagnóstico. Recordó todo de lo que se arrepintió de no haber hecho. Cometió errores, sí, pero también dejó de hacer muchas cosas por miedo a no dar el paso correcto. Ahora sabía que no se podía dejar para después nada; la vida se lo enseñó y ella era de las que aprendía la lección a la primera. Había pedido un deseo. Estaba a la espera de un milagro y, en ese momento, se encontraba de nuevo sintiendo miedo, solo que esta vez no estaba dispuesta a arrepentirse más delante de no haberlo hecho cuando lo tenía al alcance de su mano. Solo Amanda podría detenerla. Solo ella.

Sus miradas continuaban conectadas como si un hilo invisible las unieras. Las dos contuvieron las respiraciones sin saberlo. Algo sucedía. Algo estaba por suceder, podían sentirlo. O tal vez lo deseaban. Algo que lo iba a cambiar todo. Lo sabían y eso aceleraba sus corazones a mil, como si se encontraran siendo lanzados al universo en un potente cohete.

Entonces, tras un silencio que pareció demasiado extenso; demasiado expectante, Mirra habló.

—Tengo tantas ganas de besarte, Amanda —confesó en voz baja, casi en un susurro—. Tantas, que duele.

# 24

*Hello, I've waited here for you*
*Everlong*
*Tonight I've thrown myself into*
*And out of the red, out of her head, she sang Come down and waste away with me*
*Down with me*
*Slow, how you wanted it to be*
*And over my head, out of her head, she sang* Un segundo antes, Amanda hubiese jurado que su corazón no podía latir más fuerte; tener a Mirra tan cerca, percibiendo el delicado aroma de su perfume, le había acelerado todo.

En apariencia, ella estaba en calma, relajada, cuando por dentro, el simple roce de sus rodillas le generó una repentina liberación de energía, provocando que sus placas tectónicas se agitaran, aunque ella no fuera la Tierra. El frío del helado ayudó a apaciguar el terremoto en su interior, pero fue escuchar a Mirra y el tiempo se congeló durante unos segundos, luego el corazón le dio un vuelco y fue entonces cuando empezó a latir verdaderamente fuerte.

El tiempo continuaba suspendido, mientras ella seguía perdida en los ojos de Mirra y en sus palabras. Unas palabras que lo decían todo, sin pudor, sin miedos. Unas palabras que expresaban sus mismos deseos, solo que ella tuvo miedo hasta de pensarlo.

Tragó saliva. Podía ver la incertidumbre en los ojos de Mirra, mientras su pecho subía y bajaba. Amanda se dio cuenta de que estaba tan agitada como ella; incluso, respiraba por la boca. Por eso tuvo que humedecerse los labios antes de hablar.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? —dijo y volvió a pasarse la lengua por los labios.

Los ojos de Mirra reaccionaron a sus palabras; se abrieron ligeramente, evidenciando sorpresa, pero luego, se apartaron de los suyos para posarse en su boca. Fueron solo unos segundos, o tal vez una eternidad.

*And I wonder*
*When I sing along with you If everything could ever feel this real forever*
*If anything could ever be this good again*
*The only thing I'll ever ask of you*

Los ojos de Mirra buscaron los suyos otra vez mientras hacía a un lado el tazón que tenía en la mano. Amanda apenas respiró cuando la vio acercarse con una lentitud medida, como si le diera tiempo para detener lo que estaba a punto de suceder.

Pero ella no lo detendría, porque llevaba mucho esperándolo sin saberlo. Solo en ese instante, solo cuando Mirra estaba a milímetros de su boca, y bajó la vista para mirar la suya, fue que lo supo.

El encuentro de sus labios fue delicado, pero intenso. No hubo roce. No hubo un intento de reconocimiento. Sus bocas se acoplaron como si hubiesen sido una sola toda la vida, ni siquiera el frío las sorprendió, porque la calidez que encontraron en sus bocas se convirtió en segundos en la dulce miel más adictiva que jamás probaron.

Sin ser consciente, Amanda hizo a un lado el recipiente con helado y se inclinó un tanto más hacia ella, buscando un mejor ángulo para en sus labios; levantó la mano izquierda, la deslizó por la nuca de Mirra y presionó, intensificando el beso. Su lengua buscó la suya y entonces todo comenzó a girar; o eran ellas la que giraban en el espacio infinito. Todo desapareció; solo eran sus labios húmedos, fraccionándose, sintiéndose, liberando el ardor que latía en sus corazones.

Sus respiraciones eran cada vez más agitadas y el calor de sus alientos les impedía que el oxígeno llegara a sus pulmones, pero extendían el beso porque era demasiado maravilloso; era jodidamente sensual y excitante. Fue eso, la falta de aire, lo que las obligó a separarse.

—Tu llamada acaba de ser pateada al segundo lugar como mi mejor regalo de cumpleaños —jadeó Mirra contra su boca, mirándola a los ojos, así, tan cerca como estaban.

Amanda rio. Para ella un respiro fue suficiente, afirmó la mano en su nuca, reclamó la boca de Mirra y así, besándola, se inclinó,

empujándola con delicadeza hasta que quedaron tendidas sobre la alfombra.

*Breathe out, so I can breathe you in*
*Hold you in*
*And now I know you've always been*
*Out of your head, out of my head, I sang* Amanda se acomodó sobre Mirra, encajando sus piernas como las piezas de un rompecabezas. El beso se extendía más y más y más, exprimiendo todo el placer que les provocaba. No había música, pero podían escucharla, acompasada con sus respiraciones.

Mirra deslizó las manos por sus costados hasta llegar a su cintura, luego se deslizaron hacia su espalda; podía sentir el calor de su piel a través de la ropa. Un calor que ansió abrigar por completo. Amanda se movió sobre ella, buscando otro ángulo en su boca; el estremecimiento que le provocó la sorprendió. Otra vez se estaba quedando sin aire y la otra mujer lo notó.

Con algo de resistencia, Amanda rompió el beso, pero no se alejó, se quedó ahí, a centímetros de su boca, respirando el aliento agitado de Mirra, mirándola, hipnotizada.

Fue ella misma quien volvió a acercarse y le rozó los labios a la ojinegra con delicadeza, pero sin besarla. Entonces esta levantó una mano y le apartó un mechón, que acomodó detrás de su oreja.

—Juro que intenté verte siempre como una amiga —declaró con un susurro.

Amanda sonrió de una manera tierna y desarmante a la vez, y miró su boca.

—Yo también —confesó—. Te he tenido en mi cabeza todo este tiempo.

Mirra escudriñó sus ojos, aunque no tenía motivos para no creer en ella. Solo que todavía no podía creer que estuvieran ahí, así, tan cerca.

—¿Cómo sucedió esto?

Amanda hizo una mueca con los labios.

—Bueno, tú me invitaste y luego me dijiste que querías besarme —resumió como explicación.

La mujer debajo de ella rio.

—No hablo de eso —aclaró, acomodándole otra vez el mechón—. Yo no debo pensar en estas cosas. Al menos no hasta saber…

Amanda le cubrió los labios con un dedo.

—Shhh… No hablemos de eso. Las grullas volaron, ¿lo recuerdas?

Mirra le besó el dedo que le sellaba los labios y sonrió.

—Eres tan hermosa —declaró, susurrando mientras le acariciaba una mejilla.

—Tú lo eres más —rebatió la arquitecta besándola en la nariz—. Y… te estoy aplastando —dijo, apartándose hasta acomodarse de lado junto a ella.

—Estaba mejor antes.

Amanda rio.

—Te creo.

De pronto, Mirra se movió y sintió algo frío en su pierna. Al mirar, vio su tazón con helado volteado.

—¡Rayos!

—¿Qué? —Amanda se incorporó de inmediato.

—El helado manchó la alfombra.

—Deja que yo me ocupe —ofreció la arquitecta, levantándose.

—Tendré que cambiar la alfombra. Papá se dará cuenta de lo que pasó aquí.

Ya Amanda había recogido los tazones.

—¿Cómo lo sabría?

—Tiene un octavo sentido para estas cosas.

—¿Octavo? ¿No crees que exageres un poco?

—No. Él siempre sabía cuándo había besado a alguna chica que llevaba a casa.

La otra mujer rio. Fue a la cocina y dejó los tazones en el fregadero.

—¿Tienes toallas absorbentes? —preguntó.

—En la gaveta junto al refrigerador —le indicó.

Amanda encontró las toallas y regresó a su lado con varias en las manos. Se sentó y empezó a limpiar el helado.

Mirra se quedó mirándola con una ligera sonrisa curvando su boca.

—¿Qué? ¿Quieres besarme otra vez? —curioseó la rubia.

Ella rio.

—Creo que querré hacerlo siempre —declaró.

Amanda dejó de limpiar para mirarla.

—¿Siempre?

—Mju.

Ella sonrió y empezó a inclinarse hacia Mirra para besarla, pero algo empezó a sonar en la sala. Las dos miraron hacia el lugar de donde provenía el sonido.

La arquitecta reconoció la alarma que le recordaba a la ojinegra que era hora de comer.

—Bueno, se acabó la diversión —anunció.

Mirra frunció los labios.

—¿No ibas a besarme?

Amanda rio.

—No, eras tú quien quería besarme a mí.

—Oh, cierto. En ese caso… —Mirra la tomó por el cuello de la camisa y tiró de ella, acercándola.

Sus bocas volvieron a ser una y sus respiraciones a acelerarse en segundos.

# 25

Mirra sentía que flotaba; y no porque fuera su cumpleaños, no. Besar a Amanda, y que ella le correspondiera, la tenía en una nube; más arriba de las nubes, de hecho.

Estaba disfrutando el tener a la arquitecta en su apartamento y, sobre todo, que se moviera por su cocina como si siempre hubiese habitado ese lugar.

—¿Qué es eso importante que dijo tu padre que faltaba? —Preguntó Amanda después de meter la comida al microondas, acercándose a la barra—. No creas que no me percaté de sus misteriosas palabras, ni que lo olvidé.

Mirra rio.

—Es el pastel de cumpleaños. Mi favorito es de una pastelería en Brooklyn.

Amanda se apoyó los brazos sobre la barra y se echó hacia adelante, buscando sus labios.

—Supongo que como es tu favorito, es de vainilla.

La ojinegra sonrió, mirando su boca tan cerca. Asintió, estrechando la distancia hasta que le rozó los labios.

—Es de vainilla... —confirmó y la besó, apenas juntando sus bocas — con relleno de Nutella.

—Mmm… Eso me gusta —declaró la rubia, entreabriendo los labios hasta que el roce se convirtió en un beso en toda regla y muy húmedo.

Sus labios se acoplaron lento, dejando que sus lenguas juguetearan a encontrarse con ligeras succiones que provocaban suaves gemidos que nacían y morían en sus gargantas porque entre sus bocas no quedaba un resquicio para liberarlos. Fue sensual. Fue erótico. Fue una fogata que le hizo arder la piel y desbocó sus corazones.

Fue Mirra quien tuvo que abandonar la boca que la poseía porque el aire se le acababa demasiado rápido; maldijo para sus adentros la debilidad que todavía la acometía. Amanda se quedó cerca, respirando su aliento, mirándola con atención hasta que su agitación disminuyó.

—Reduciremos las sesiones de besos a quince segundos cada vez —dijo Mirra, sonriendo, aunque admitir su bajo rendimiento para los besos de larga duración no le hizo nada de gracia en su interior.

—Que sean diez —sentenció Amanda, y le plantó un sonoro beso en los labios antes de alejarse.

Dos segundos después, el microondas sonó. Almorzaron en la barra, entre risas y anécdotas. Luego la arquitecta cambió la alfombra manchada de helado; terminaron otra vez tendidas frente a la chimenea. Mirra con la cabeza apoyada sobre el abdomen de Amanda.

—Me quedé pensando en tu regalo —dijo la arquitecta, mientras buscaba su mano. Entrelazó sus dedos, sin dejar de mirar las ficticias llamas frente a ellas.

—No es necesario, Amanda. El que estés aquí es suficiente —afirmó la ojinegra, ladeando la cabeza para mirarla.

—Ya se me ocurrirá algo.

Mirra rodó los ojos.

—¿Solo yo me escucho cuando hablo?

Amanda rio.

—Quiero regalarte algo, así que lo haré —sentenció mientras que con la otra mano le dibujaba el borde de la pañoleta.

—¿Qué tal si hablamos de otra cosa?

—¿Qué tal si me cuentas de esas chicas que tu padre adivinaba que habías besado? —sugirió Amanda, alzando las cejas.

Mirra rio.

—De eso hace muchos años.

La tarde la pasaron conversando, riendo, besándose en algunas ocasiones. Cuando se cansaron de mirar las llamas de la chimenea, se pasaron al sofá. Entonces fue Mirra quien acunó a Amanda sobre su pecho.

El reloj iba a marcar las siete cuando, finalmente, Iván apareció con el pastel. Para ese entonces, ellas se encontraban sentadas frente a frente, sabiendo que él llegaría en cualquier momento y que la puerta estaba abierta.

—Lo siento, mucho tráfico —se excusó el ruso, pasando de largo por la sala hasta dejar el pastel sobre la barra de la cocina—. Ya es

hora de la fiesta —anunció, sacando de la bolsa que traía colgando del brazo, unos coloridos gorros de fiesta.

—Ya era hora —se quejó su hija con un tono de broma. Se levantó con cuidado del sofá.

Amanda se mantuvo cerca de ella como apoyó de camino hacia la cocina.

Iván le puso un gorro a su hija y también a la rubia; luego sacó un tubo de serpentinas y, antes de que Mirra protestara, lo hizo estallar.

—¡Papá! —se quejó entre risas.

Amanda soltó una carcajada.

—Feliz cumpleaños, cariño —Iván le dio un abrazo de oso a su hija, mientras a su alrededor todavía llovía serpentinas.

La ojinegra hundió la cara en el pecho de su padre, recibiendo su amor, rogando en silencio que no fuera su último cumpleaños.

Amanda contempló la escena con una profunda emoción. A su mente llegó el recuerdo de Mirra lanzando las grullas al río, y luego ella también. Esperaba poder celebrar a su lado muchos cumpleaños más. En especial, después de haber cruzado la línea de la amistad. Se miraron en silencio, sin saber que cada una pensaba en lo mismo.

Cuando Iván soltó a su hija, ambos tenían los ojos humedecidos.

—Gracias, papá.

—Feliz cumpleaños a ti —comenzó a cantar Amanda, palmeando las manos para acompañar la entonación.

Al instante, Iván la se unió al canto mientras encendía la vela que adornaba el pastel.

—Feliz cumpleaños a ti —cantaron a dúo y terminaron aplaudiendo.

—Pide un deseo —dijo Amanda.

Mirra buscó sus ojos y le sonrió antes de inclinarse y soplar la vela, luego de pedir su deseo. La rubia aplaudió, emocionada.

—Hora de cortar el pastel —anunció Iván, ya con un cuchillo en la mano.

La ojinegra rio.

—A él también le encanta este pastel —le informó ella a su invitada.

—Son tal para cual —dijo la rubia, riendo.

El pastel fue cortado y repartido. Amanda cerró los ojos de puro place al probar el primer bocado.

—¡Santo Dios! —jadeó, dejándose envolver por el exquisito sabor.

—Es mi favorito —presumió Mirra.

Los tres comieron casi en silencio la primera porción, luego repitieron.

—Tendré que ir toda una semana al gimnasio para perder estas calorías —declaró la arquitecta.

—¿Sueles ir al gimnasio? —Mirra moría por conocer más cosas de ella.

—No, pero tendré que ir.

Iván rio.

—Todas las mujeres son iguales. Se preocupan mucho —afirmó.

Ellas lo miraron con los ojos entornados.

—No todos tenemos tu metabolismo —le aclaró su hija.

Iván se encogió de hombros y le tendió el plato; quería una tercera porción. La ojinegra miró a su invitada.

—Lo adoro, pero a veces es como un niño —le dijo, ampliando los ojos.

Amanda no pudo hacer otra cosa que reír.

***

Por suerte, el desastre en la cocina no fue demasiado; cuando llegó la hora de marcharse, Iván recogió todo bastante rápido.

—No quiero irme —declaró Mirra, haciendo pucheros. Se encontraba sentada en la silla de ruedas porque el día había sigo agitado y no quería excederse demasiado de los límites que su cuerpo le imponía.

—En un mes podrás quedarte —le dijo su padre como consuelo.

Un mes. Ella miró a Amanda. Un mes lo definiría todo.

—En un mes vendré a visitarte —le ofreció Amanda, procurando animarla.

La ojinegra frunció el entrecejo.

—¿Volveré a verte en un mes? —preguntó casi con un hilo de voz y un tono desolado. El solo imaginar que pasaría tanto tiempo sin

verla, le oprimió el pecho.

La rubia rio.

—No. Solo digo que estarás de vuelta aquí en un mes —se explicó.

Mirra se quedó mirándola, luego su boca se curvó con una leve sonrisa cuando entendió que ella le decía con esas palabras que estaría bien. Que las grullas harían el milagro.

—Te estaré esperando —le dijo.

Iván, que las esperaba con la puerta abierta, se quedó contemplándolas mientras ellas hablaban. Sus ojos se entonaron, asomando una sospecha. Unos instantes después, fue Amanda quien empujó la silla, conduciéndola fuera del apartamento.

Cuando ellas salieron, la sospecha de Iván se convirtió en confirmación. Mirra notó que su padre seguía en la puerta y que no se movía.

—Papá, ¿estás bien? —le preguntó.

Amanda también lo miró, un tanto preocupada. De pronto, Iván levantó una mano y las señaló.

—Ustedes se besaron —afirmó.

Los ojos de la arquitecta se abrieron como platos por la más pura sorpresa. ¡¿Cómo diablos pudo saberlo?!

# 26

Amanda no podía creer que se sintiera reprendida como una niña ante Iván. ¡Por Dios, tenía veintinueve años! Aunque él en realidad no dijo nada después de su sorprendente afirmación cuando salieron del apartamento de Mirra. Su hija lo envolvió con su cara de "yo no rompo un plato", mientras ella se sentía como la delincuente que fue invitada a su cumpleaños y terminó besándola frente a la chimenea, en la cocina y en el sofá; aquello fue todo un festival de besos por doquier.

La arquitecta respiró aliviada cuando por fin avistó su edificio, porque durante el trayecto reinó el silencio dentro del auto. Unos instantes después, el auto se detuvo frente a la fachada de la edificación donde ella vivía.

—Gracias, Iván —dijo abriendo la puerta.

—Por nada, Amanda. Hasta luego.

*"¡Uf! Al menos no dijo hasta nunca".*

—Hasta luego —respondió, y descendió. Se movió hacia la puerta del copiloto cuando la ventanilla empezó a bajar.

Mirra le dedicó una amplia sonrisa y una mirada cómplice.

—¿Nos vemos luego? —le preguntó, sacó un brazo y le tendió la mano.

Amanda se la tomó y entrelazó sus dedos.

—Por supuesto —respondió, guiñándole un ojo.

La ojinegra sonrió, complacida; le soltó la mano y metió el brazo al auto. Se despidieron con una última sonrisa. A continuación, el auto se puso en marcha. Por segunda vez, la arquitecta entró al edificio solo cuando los perdió de vista.

Poco después, Amanda entró a su apartamento. Se detuvo en medio de la sala, con una revolución en el pecho; una revolución que no buscó, que causó Mirra, pero que le encantaba. Una revolución que, en cierto punto, le daba miedo.

Ella metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se acercó a la ventana; desde ahí no tenía una gran vista, pero podía ver parte de la autopista y sus luces extendiéndose. Soltó un largo suspiro.

Conoció a Mirra en el hospital y lo que creía era una linda amistad, ese día había dado mil giros con un beso.

Los ojos negros de Mirra eran un espejo de su alma; y ella podía ver en ellos las mismas emociones que palpitaban en su pecho. Las dos se estaban enamorando, o ya lo estaban; en ese punto en particular no podía estar del todo segura porque no era capaz de pensar con objetividad. Pero algo muy intenso sucedía entre ellas y parecía irrefrenable.

Y ella estaría danzando feliz con eso, si no fuera por la perspectiva sobre la salud de Mirra. Y allí era donde nacía su miedo.

Un miedo profundo capaz de hacer tambalear la más ciega fe.

***

—Sé que eres una mujer hecha y derecha, Mirra —Iván hablaba sin apartar la vista de la carretera—, pero debiste ser más objetiva. Son los sentimientos de otra persona los que están involucrados.

Mirra respiró hondo. Desde que su madre murió, fue Iván quien se convirtió en la voz de su conciencia porque sí, era impulsiva, siempre lo fue, y a veces precisaba que alguien le pusiera los pies sobre la tierra. Respecto a Amanda, lo necesitaba mucho más porque en cuanto la conoció, sintió esa conexión invisible, pero poderosa, que une a las personas desde el corazón.

Luego que le diagnosticaron el cáncer y la mujer con la que tuvo un par de citas, se alejó por proteger su corazón, Mirra decidió que se olvidaría de los asuntos románticos mientras enfrentaba su enfermedad. El problema con Amanda fue que se le coló dentro desde la primera vez que la vio; si lo pensaba un poco, llegaba a la conclusión de que fue así. Con ella su corazón no tuvo ninguna oportunidad, ni defensa.

Y para su suerte, Amanda tampoco. Mirra sonrió al pensarlo.

—¿De qué te ríes? —le preguntó su padre, devolviéndola a la realidad.

Ella se sobresaltó. Su padre la miraba con los ojos entornados, aprovechando la luz roja de un semáforo.

—De nada —respondió—. Sé que debí esperar, pero estas cosas surgen de la nada.

Iván bufó mientras ponía el auto en marcha de nuevo.

—Sé muy bien cómo surgen esas cosas. Además, te conozco. Suspiras por ella desde que la primera vez que la viste.

Mirra no pudo defenderse de eso, así que guardó silencio. También tuvo que aguantarse las ganas de escribirle a Amanda porque no quería más sermones de su padre.

Era cierto, debió esperar un poco. Aguardar por el nuevo diagnóstico; pensar en ello le cortó el aire. Si las pruebas no arrojabas los resultados que esperaba, su destino estaría sentenciado. Y no quería a Amanda viviendo algo así. Eso era lo que le preocupaba a su padre, ella lo sabía y lo entendía también.

Mirra recostó la cabeza del asiento y bufó.

—Debí esperar, pero no quiero convertir lo que sucedió hoy en un error —dijo, mirando hacia el lado de su ventanilla—. No quiero que algo tan hermoso sea un error.

Iván la escuchó, por supuesto que lo hizo. No dijo nada en el momento, pero se quedó pensando en lo que su hija sentía.

—Solo trata de llevarlo con calma —le aconsejó.

Mirra sonrió.

—Eso es difícil, papá. Me siento como una adolescente con ella.

Iván la miró de reojo.

—¿Debo recordarte que acabas de cumplir veintiocho?

Ella rio.

—No. Soy muy consciente de que estoy más cerca de los treinta que ayer.

—Ya pronto tendrás canas —bromeó, tocándole la cabeza.

—Déjame —riendo, le apartó la mano—. Prefiero seguir usando pañoletas.

—Te quitaré la pañoleta para que Amanda vea tus canas —intentó tocarle la cabeza otra vez, pero ella lo atajó a tiempo.

—¡Papá!

El auto se llenó de sus risas hasta que llegaron al edificio. En momentos así, los dos se olvidaban de lo que enfrentaban.

# 27

El domingo transcurrió demasiado rápido para Amanda; entre ocuparse del apartamento y conversar con Mirra por teléfono, las horas se le escurrieron como agua entre los dedos.

El lunes llegó a su tiempo, pero antes de lo esperado para la arquitecta.

*Come down and waste away with me*
*Down with me*
*Slow, how you wanted it to be*
*And over my head, out of her head, she sang* And I wonder
*When I sing along with you* If everything could ever feel this real
forever *If anything could ever be this good again*

Amanda tenía los ojos cerrados y los audífonos puestos escuchando la canción, sentada en unos de los vagones del metro. Con la cabeza recostada, en su mente veía a Mirra bailando, con una sonrisa transparente y sus ojos negros brillando como nunca. Aquel día la canción que ahora escuchaba se convirtió en un lazo; cuando bailaron, la hicieron suya, por eso la llevaba, irremediablemente, a la ojinegra.

Una sonrisa se dibujó en su rostro; una sonrisa que nació del hermoso recuerdo y que reflejó lo inolvidable que sería para ella. Amanda iba perdida en la canción y sus remembranzas, cuando se percató de su gesto; entonces abrió los ojos, algo sorprendida. Al instante, se encontró con la fija mirada de una mujer que iba sentada en la otra línea de asientos del vagón, frente a ella. Esta le sonrió de una manera que le dio a entender que llevaba rato observándola.

Amanda captó en sus ojos el brillo de la atracción. Para su suerte, su teléfono sonó en ese instante. Ella llevaba el teléfono en el bolsillo interno de la chaqueta del traje que vestía; esperó a que la llamada se contestara de forma automática.

—*Buenos días* —la saludó Charlotte—. *¿Dónde estás?*

—Buenos días —respondió, mirando a su alrededor. La verdad era que no sabía dónde se encontraba. Hasta sintió miedo de

haberse pasado de estación por ir perdida en la canción. Cuando subió, empezó a contar las paradas, ahora no sabía si había perdido la cuenta o si el tren no se detuvo desde que contó cuatro estaciones—. Estoy cerca —mintió.

Ella y Charlotte habían quedado la noche anterior en desayunar juntas en *France Gourmet*.

*—Perfecto. Estoy a una calle. Pediré los cafés, ya sabes cómo se llena ese lugar.*

—De acuerdo.

La llamada terminó justo cuando por los altavoces se anunciaba la siguiente estación. Amanda respiró aliviada; era la suya. Al levantarse, su mirada volvió a cruzarse con la mujer del otro asiento; esta le sonrió por segunda vez, pero ella no correspondió a su gesto. Solo siguió el flujo de pasajeros hasta que salió del vagón y luego de la estación.

*France Gourmet* estaba abarrotado, aun así, Amanda divisó a Charlotte en una de las mesas.

—Buenos días otra vez —saludó, sentándose frente a su colega después de dejar la cartera en una de las sillas.

—Tu café —dijo la morena, empujando la segunda taza que había sobre la mesa hacia ella.

—Gracias —Amanda agarró su café y le dio un sorbo.

—¿Desayunamos lo mismo de la primera vez?

—Sería un pecado no hacerlo —acotó.

Su compañera sonrió.

—Es cierto —Charlotte le hizo una seña a uno de los meseros—. ¿Qué tal tu fin de semana?

La rubia frunció los labios; al instante, Mirra saltó a su cabeza. Justo cuando iba a hablar, el mesero llegó para recibir la orden. Charlotte se encargó de pedir la comida. Casi de inmediato, se quedaron a solas.

—Mi fin de semana estuvo tranquilo —respondió al fin—. Solo que… pasó algo con Mirra —anunció.

Charlotte le prestó toda su atención después de dejar su taza, ya vacía, sobre la mesa.

—¿Qué pasó?

Amanda tomó aire antes de hablar.

—El sábado fue su cumpleaños —la morena alzó las cejas—. Yo no lo sabía. Mirra me invitó y cuando creí que iría a la casa de su padre, resulta que ella estaba en su apartamento.

—Pero ¿no se supone que todavía está débil? O eso me dijiste.

—Sí, lo está. Fue a su apartamento por su cumpleaños —explicó—. En fin, cuando nos quedamos a solas, estábamos conversando, comiendo helado y… nos besamos.

La morena alzó las cejas, sorprendida.

—Oh, vaya. ¿Eso quiere decir que son… novias?

Amanda negó con la cabeza, sonriendo.

—Es demasiado pronto para llamarnos novia —aclaró—. Sin embargo, creo que vamos en esa dirección.

—¿Crees? —cuestionó, arqueando una ceja.

—Sí. Quiero decir, nos gustamos y ya nos besamos. No lo hemos hablado, pero, estoy aquí, en este momento, y solo pienso en estar a su lado —explicó—. Estoy casi segura de que a ella le pasa lo mismo.

Charlotte asintió, comprensiva.

—Pero ella está, ya sabes…, enferma.

—Lo sé, Charlotte. Créeme que lo sé.

En ese momento, el mesero llegó con sus desayunos. Ellas le agradecieron la atención.

—¿Has pensado en lo que sucederá si…?

—No quiero ni considerar esa posibilidad —la interrumpió, negándose en rotundo a pensarlo.

—Puedo entender por qué no quieres hacerlo —dijo la morena, mirándola—. La verdad es que me parece valiente que, aun sabiendo su situación, quieras estar a su lado.

—Quiero estar con ella —reafirmó con determinación—. Cuando recién la conocí, no pude imaginar no saber más de su vida. Ahora, mucho menos.

—Ella necesitará apoyo, Amanda.

—Lo sé. Y yo estoy dispuesta a dárselo —afirmó.

Charlotte soltó un profundo suspiro.

—Te admiro.

Amanda le restó importancia a sus palabras con un gesto con la mano.

—No es para tanto. Yo solo… me estoy enamorando de ella, Charlotte. Así de simple.

Su colega sonrió.

—¿Crees que haya sido el destino quien te llevó a ese hospital?

La rubia rio.

—No lo sé, pero, a pesar de que es difícil, y más para ella, lo agradezco. ¿A veces no le agradeces a la vida el haberte puesto en el camino a alguien?

Charlotte sonrió, negando con la cabeza.

—En definitiva, estás enamorada.

Amanda solo rio. No tenía manera de negarlo.

# 28

Ya casi había transcurrido una semana desde su cumpleaños; era viernes y solo podía pensar en que extrañaba un mundo a Amanda.

A diario, ella seguía al pie de la letra todas y cada una de las indicaciones de sus médicos; en especial, las del nutricionista en cuanto a las comidas que la ayudarían a fortalecer su cuerpo. A su motivación por sanar, ahora se sumaban las ganas de recuperarse por completo para pensar en una relación con la mujer que llegó a su vida para darle un giro, aun cuando no debía pensar en giros.

Mirra se encontraba en la sala del apartamento de su padre, con el teléfono entre las manos, poniéndose un poco al día con su trabajo. Varios de sus clientes le habían escrito a lo largo de su convalecencia; todos transmitiéndole buenas energías y su solidaridad. En todo ese tiempo, ella no dejó a la deriva a ninguno de ellos. Cada vez que necesitaban de su asesoría, incluso desde una cama en el hospital, fue todo lo profesional que pudo ser.

Hacía una hora, uno de esos clientes, un basquetbolista en específico, la contactó para consultarle sobre la cantidad de dinero que disponía para pagar el alquiler de un apartamento en otra ciudad. Después de analizar las finanzas de su cliente, le dio un monto máximo que podía gastar, sin que se viera afectado su capital.

A Mirra su trabajo le gustaba; no le resultaba pesado, ni nada por el estilo. Y siempre les brindaba la mejor atención a las personas que acudían a ella en busca de asesoría. Por eso tenía una significativa y leal cartera de clientes.

Después de darle respuesta a su cliente, decidió escribirle a Amanda. Esa semana también había sido atareada para la arquitecta, aunque cada día se tomó el tiempo para darle los buenos días y, en las noches, la llamaba. Le era imposible dejar de sonreír cuando pensaba en ella, pero la extrañaba.

**“Acabo de decirle a uno de mis clientes que puede pagar hasta cinco mil dólares al mes en un apartamento. ¿Es tarde para tratar de descubrir algún talento deportivo en mí?”**

Mirra envió el mensaje y salió de la aplicación. Accedió a su email, donde tenía algunos correos por responder; apenas iba a revisar el primero de la bandeja de entrada cuando recibió un mensaje de Amanda. Su sonrisa fue instantánea y se olvidó por completo del correo.

***"Dicen por allí que nunca es tarde. Si logras un contrato millonario, quiero ser tu* manager*".***

La ojinegra rio.

**"Jamás he sabido de una arquitecta que sea manager".**

***"Tú logra ese contrato y tendrás la primicia".***

Su carcajada se hizo eco en la estrecha sala.

**"Ya vuelve a trabajar".**

Como respuesta, Amanda le envió el emoji de unos labios dando un beso.

—Amanda, Amanda, Amanda —susurró ella, sonriendo.

El corazón se le agitaba de una manera increíble cada que la veía, escuchaba o le escribía. Si eso no era estar enamorada, entonces era un raro efecto de las quimioterapias. Anhelaba verla, volver a sentir sus labios y el calor de sus brazos.

Mirra bufó de pura frustración. Llevaba una semana sin verla y todavía no sabía si la arquitecta estaría libre los siguientes dos días porque a veces también debía trabajar sábado y domingo. Las labores en el terreno se habían retrasado un poco y Bill Harper no estaba nada contento.

De pronto, su teléfono sonó. Al mirar la pantalla, sonrió. Era un nuevo mensaje de Amanda.

***"Perderé la cabeza si no te beso en menos de veinticuatro horas".***

El corazón de Mirra se volvió loco en su pecho, dando vuelcos sin parar.

**"¿Acaso puedes ser más adorable?"**

***"Solo un poco".***

Mirra releyó el mensaje; "perderé la cabeza si no te beso en menos de veinticuatro horas". Ella pensó que también la perdería si no la veía ese mismo día.

—Es un problema estar enamorada —declaró para sí misma.

El pie se le iba a desarticular de tanto moverlo por su impaciencia; sus pensamientos no paraban porque los impulsaban sus deseos de ver a Amanda. En medio de su ansiedad una idea cruzó por su mente. Una idea como tantas otras que llevó a cabo a lo largo de su vida por puro impulso. Solo esperaba que su padre quisiera hacerle el pequeñísimo favor que le iba a pedir.

Iván le había dicho a su hija que, al salir del trabajo, haría unas compras; siempre se lo anunciaba para que ella no se preocupara. El problema era que, según Mirra, ya se estaba tardando demasiado. Quería que llegara cuanto antes porque sabía que tardaría en convencerlo para llevar a cabo su idea.

Cuando Iván llevaba poco más de una hora de retraso, ella decidió llamarlo.

—*Aló* —su padre respondió al cuarto repique.

—Papá, ¿dónde estás? —preguntó sin rodeos.

—*Acabo de terminar las compras, cariño.*

—¿Ya vienes a casa?

—*No. Me surgió un imprevisto, así que tardaré un poco más* —le informó. Mirra rodó los ojos—. *¿Estás bien?*

—Sí, no te preocupes. Es solo que iba a pedirte un favor.

—*Dime qué.*

—No, no. Cuando estés en casa.

—*De acuerdo. Tardaré unos cuarenta minutos en llegar.*

—¿Cuarenta? —se quejó.

—*Sí. Te dije, es un imprevisto.*

Mirra frunció los labios.

—Está bien.

Si tan solo se sintiera un poco, solo un poco, más fuerte, no dudaría en llamar a un taxi e ir al apartamento de Amanda. De seguro tendría que esperarla bastante tiempo, pero sería una enorme sorpresa para ella y podría darle ese beso que tanto anhelaba.

Desde que colgó la llamada con su padre, la ojinegra consultaba la hora en el teléfono casi a cada minuto. ¿El tiempo había cambiado su manera de transcurrir o qué? Parecía que los minutos se hubiesen detenido.

Para colmo, su padre tardó casi una hora en regresar. Eran las nueve de la noche cuando Mirra oyó el tintineo de las llaves afuera; estaba que caminaba por el techo cual hombre araña.

—¡Por fin! —exclamó alzando los brazos cuando su padre asomó la cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó él, todavía con la mitad del cuerpo fuera.

Mirra frunció el entrecejo.

—Sí. ¿Qué haces?

Iván sonrió.

—Te traje una sorpresa —anunció, luego entró, pero manteniendo la puerta entornada.

La ojinegra se quedó mirándolo como si él hubiese perdido la cabeza. El ruso amplió su sonrisa justo antes de abrir más la puerta.

Por segunda vez ese día, el corazón de Mirra se volvió loco. Pero esta vez por ver a Amanda en el pasillo con la más enorme sonrisa que le vio antes.

# 29

Amanda entró al apartamento, directo a los brazos de Mirra, que solo apartó las manos de su boca para recibirla con el más cálido de los abrazos. Ella hundió el rostro en el hueco de su cuello, aspiró ese aroma que tanto extrañó y que la hizo olvidarse de los pesados días que llevaba a sus espaldas.

—Te dije que perdería la cabeza si no te veía —susurró la arquitecta cerca de su oreja.

—En realidad dijiste si no me besabas —le recordó Mirra, hablándole también al oído.

Amanda rio bajo.

—Sé que no somos niñas, pero… tu padre nos mira —murmuró.

Mirra rio. Cuando se apartó para mirarla, ella tenía los ojos humedecidos. Amanda se encontraba arrodillada frente a ella, entre sus piernas.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Justo ahora, de maravilla —respondió la ojinegra, apartándole un mechón de cabello de la frente.

—Bien, las dejaré ponerse al día —dijo Iván, dirigiéndose hacia la cocina.

Amanda cruzó una mirada con el ruso, quien le guiñó un ojo con complicidad.

—¿Cómo es que estás aquí? —Quiso saber Mirra—. Me dijiste que todo estaba retrasado.

—Lo estaba —dijo. La mujer frente a ella alzó las cejas, esperando a que continuara, pero eso no sucedió. Amanda solo se quedó mirándola, en silencio.

Mirra frunció el entrecejo.

—¿Qué? —le preguntó al fin.

Amanda no habló, solo le acunó el rostro y la besó. Sus labios se entreabrieron para recibirla y entonces todo en el universo encajó; el tiempo comenzó a moverse al antojo de sus alientos. Sus bocas se buscaron con ansias justo antes de que sus lenguas se encontraran

para convertir el vals que bailaban sus labios en una danza erótica que potenciaba sus sentidos con cada roce, con cada encuentro.

Mirra recibió la lengua de Amanda, acunándola, succionándola hasta que la hizo gemir. Sus bocas exigían y daban, como queriendo compensar el tiempo que no se vieron. Como queriendo expresar con su húmedo lenguaje cuánto se habían extrañado.

Con resistencia, fue la arquitecta quien rompió el contacto de sus labios. Las dos cruzaron una mirada antes de cerrar los ojos y juntar sus frentes.

—No contaste el tiempo, ¿cierto? —le preguntó Mirra, jadeando.

Amanda sonrió y negó con la cabeza; fue entonces cuando abrió los ojos.

—Imposible contar —respondió. Se acercó y le dio un beso en los labios.

Mirra respiró aliviada porque no quería que lo que sucedía entre ellas se perdiera entre tantas precauciones por su salud.

—Ven, levántate —le pidió, instándola a sentarse junto a ella en el sofá—. Arrodillada pareces un caballero de la mesa redonda.

Amanda se levantó, riendo por la comparación.

—Solo me falta la armadura.

—Mju. Solo eso —reconoció Mirra, acomodándose de lado para mirarla de frente.

—Bien, el equipo trabajó al cien por ciento y pues, ya todo estaba casi listo cuando Charlotte me echó.

—¿Tu colega te echó?

La rubia asintió con la cabeza.

—Sí. Dijo que si suspiraba una vez más cerca de ella, me enterraría en algunos de los hoyos que hemos hecho en el terreno.

Mirra rio.

—¿Y por qué suspiras tanto?

—Por ti —respondió Amanda con una simplicidad única. Además, se encogió de hombros como si acabara de decir cualquier cosa. Como si le hubiesen preguntado si el sol salía todos los días.

Mirra no supo si comérsela a besos, abrazarla o hacer las dos cosas a la vez. Fue ella quien suspiró hondo en ese momento. Incapaz de dejar de mirarla, le acunó el rostro, se acercó lento y unió sus labios,

que encajaron con delicadeza y se quedaron así, solo siendo un beso, aunque era mucho más.

—Mi corazón está loco por ti —declaró Mirra, pegada a sus labios.

Amanda se separó un poco para mirarla a los ojos.

—Lo dices como si eso te diera miedo.

—Me da miedo —admitió la ojinegra.

La arquitecta sabía por qué; ella también lo sentía. Sin embargo, su miedo no opacaba en lo más mínimo sus anhelos de estar cerca de ella, así, como lo estaban en ese momento.

—Yo también siento miedo, Mirra. Esto ha sido tan inesperado —reconoció—, que ni siquiera sé cómo contener mis suspiros —dijo y la otra mujer rio—. Pero quiero que sepas algo —la miró a los ojos con determinación—. Mi corazón también está loco por ti. De eso no tengas dudas.

Por segunda vez, Mirra no supo qué hacer, así que solo la besó antes de abrazarla fuerte, muy fuerte.

—Dios mío, Amanda —susurró, sintiendo la más intensa de las revoluciones recorriendo su ser.

La arquitecta rio, disfrutando el calor de los brazos que la envolvían. En ese instante, no entendía cómo pudo soportar tantos días sin ver a Mirra. En ese momento, fue que comprendió la magnitud de su extrañeza. Y el solo pensar que tendría que irse, le causaba un dolor casi físico.

Volvieron a unir sus labios, perdiéndose en las emociones y los sentimientos que las embargaban, solo que el beso fue apasionado desde el principio. No hubo reparos porque cuando la pasión une, todo lo demás sobra; hasta las palabras. Solo los besos y las caricias toman sentido porque el corazón los dirige.

Mirra ansiaba quedarse bebiendo de la boca de Amanda hasta saciarse por completo, pero la falta de aire le recordó sus limitaciones. Maldijo para sus adentros cuando tuvo que liberar sus labios.

—Acabo de darme cuenta de que no te he ofrecido nada —le dijo entre jadeos.

Amanda sonrió.

—Qué mala anfitriona.

Mirra rio.

—Vamos a la cocina. De seguro encontraremos algo que comer. ¿Ya cenaste?

La arquitecta frunció los labios.

—No, vine directo aquí. O Iván me trajo directo aquí —corrigió.

Ella le dio una mano, dándole apoyo para que Mirra se levantara, aunque lo hizo con menos esfuerzo que la última vez que la vio.

—¿Cómo fue que viniste con papá?

—Después que Charlotte me echó, en lo único que pensé fue en verte. Era tarde y lo sería más si tomaba el metro, así que llamé a Iván —explicó de camino a la cocina. Los pasos de Mirra todavía eran pausados—. Fue una especie de abuso de confianza, lo sé, pero no quería esperar a mañana para verte.

—Él no me dijo que iría a buscarte.

—Le pedí que no te lo dijera. No solo tú puedes sorprender —le dijo, tocándole la nariz.

Mirra rio.

—Ya lo veo. Solo hay un detalle —advirtió.

—¿Cuál?

Su sonrisa se amplió.

—Que a mí me encantan las sorpresas —le dijo, y fue su turno de tocarle la nariz.

# 30

Mirra detestaba la silla de ruedas desde lo más profundo de sus entrañas hasta cada poro de su piel. Sin embargo, esta vez no le parecía una especie de prisión. A pesar de que su última quimioterapia había sido unas semanas atrás, las fuerzas la abandonaban si pasaba mucho tiempo en movimiento, así que, para ahorrar energías y por precaución también, prefería moverse en la silla cuando salía.

La noche anterior, después que se despidió de Amanda, ella logró convencer a su padre de que le permitiera visitarla en su apartamento al día siguiente. Por eso Iván la conducía en la silla desde el puesto para impedidos del edificio de la arquitecta, hacia la

entrada del vestíbulo. Mirra no solo usaba la pañoleta, también un tapaboca y gafas de sol. Además, llevaba sobre las piernas un bolso con ropa, comida y sus medicamentos.

Justo cuando llegaron a la puerta, Amanda salió del ascensor; se apresuró abrirles. A través del cristal, ellas se sonrieron en cuanto sus miradas conectaron.

—Buenos días, Amanda —la saludó el ruso.

—Buenos días, Iván —como ya se hacía costumbre, ella le prestaba la suficiente atención para no ser mal educada, luego sus ojos buscaban con ansias los de Mirra—. Buenos días —susurró cuando se inclinó para saludarla con un beso en la mejilla.

—Buenos días —respondió Mirra, incapaz de dejar de sonreír.

—Subamos —ofreció Amanda, mirando al ruso.

—Te permitiré hacerte cargo de ella, a partir de este momento —le anunció Iván—. Solo no dejes que se esfuerce demasiado. Que coma cuando suene la alarma y que descanse.

La arquitecta no dejó de asentir. Él estaba depositando su confianza en ella, así que no lo defraudaría, aunque Mirra podía ser un poco testaruda cuando se le metía algo en la cabeza.

—Lo cumpliremos al pie de la letra —le aseguró Amanda.

—Bien —Iván le dedicó una mirada de advertencia a su hija antes de darle un beso en la cabeza—. Hasta mañana, cariño.

Al escuchar la despedida, los ojos de Amanda casi se desorbitan.

—¿Hasta mañana? —cuestionó, mirando primero a la hija, luego al padre.

—Acláralo con ella —dijo él, señalando a Mirra—. Hasta mañana —se despidió sin más de la arquitecta.

Sin salir de su asombro, Amanda vio al hombre salir del vestíbulo y digerirse hacia su auto. Entonces miró a Mirra.

—¿Hasta mañana? —insistió. Ella apenas podía ver el rostro de la ojinegra, pero estaba segura de que sonreía en ese momento.

—¿Te preocupa algo de eso?

—No —respondió—. Es solo que no me lo esperaba.

—Yo sí.

Amanda rio.

—Obvio —dijo. Fue el turno de reír de Mirra—. Subamos —empuñó los mangos de la silla de ruedas y la empujó con dirección hacia los ascensores.

Poco después, entraron al apartamento de la arquitecta.

—Es tu turno de darme la bienvenida a tu hogar, ¿no? —dijo Mirra, quitándose las gafas.

Amanda sonrió mientras cerraba la puerta. No dijo nada, solo se agachó frente a la silla cuando Mirra se quitaba también el tapaboca.

—Bienvenida a mi apartamento —cumplió con el protocolo sin ser capaz de dejar de sonreír.

—Gracias. ¿Me darás un *tour*?

—Por supuesto, pero antes te daré un beso —anunció.

Mirra alzó las cejas y rio.

—Eso me gusta más —declaró.

Amanda se enderezó hasta alcanzar su boca, sonrió pegada a ella antes de unir sus labios por completo. Mirra intentó sentirla más cerca, pero el bolso que todavía tenía sobre las piernas se lo impidió, por eso, sin romper el contacto, lo apartó como mejor pudo y lo dejó en el suelo. Entonces pudo rodear a la arquitecta por la espalda y estrecharla contra ella.

—Me encanta que estés aquí —declaró Amanda, apenas separando sus labios.

—A mí también.

—No sé si podré dejarte ir.

Mirra echó la cabeza hacia atrás, buscando su mirada.

—¿Quieres secuestrarme?

La rubia asintió.

—Mju…

Las dos terminaron riendo.

—Siempre estás arrodillada —notó Mirra—. Levántate. Quiero ese *tour*.

—De acuerdo.

Amanda se incorporó; cuando se disponía a tomar el mando de la silla, la ojinegra la detuvo.

—En la silla no —acotó—. Caminaré.

—Está bien.

Mirra apartó los reposapiés; sin demasiado esfuerzo, se levantó. A la arquitecta le gustó verla más fuerte.

—Esta es la sala —determinó la mujer de cabello negro.

Amanda rio.

—Qué buena observadora eres —reconoció con un tono irónico. Mirra sonrió. La arquitecta la tomó de la mano y la dirigió hacia una puerta, que resultó dar a la cocina—. Aquí cocino… a veces.

A Mirra le resultaba encantador deambular un poco por el espacio de Amanda. Era como descubrirla desde dentro, aunque a ella le bastaba mirarla a los ojos para ver su alma.

—¿A veces?

—Suelo pasar mucho tiempo fuera. A veces desayuno aquí. En otras ocasiones, solo ceno —explicó.

—Para mí es más o menos igual. Aunque puedo atender a mis clientes mientras bebo el café de la mañana.

—Me gustaría verte en acción.

—Tampoco es demasiada acción. Mucho de mi trabajo es estudiar las finanzas de mis clientes.

—Eso suena aburrido —dijo Amanda.

Mirra rio.

—No lo es si te apasiona.

La arquitecta asintió, concediéndole eso.

—Bien, sigamos con el *tour* —dijo—. Esa puerta es un baño —la señaló—. Y esa de allá es mi habitación.

—¿Puedo conocerla?

—Por supuesto.

Amanda la guio; abrió la puerta y le permitió entrar; ella se quedó bajo el marco, recostada de la madera. Mirra se adentró en el espacio mirando con atención cada detalle. Despacio, se acercó a la cómoda; tocó cada uno de los tres perfumes que yacían sobre el mueble. Se fijó en los accesorios y los labiales. Entonces su mirada se movió a la mesa de noche, junto a la cama. La revista que había sobre ella captó su completa atención.

Mirra le dio un vistazo a Amanda antes de acercarse a la mesa de noche. "El arte del origami", leyó el título de la revista.

—¿Y esto? —preguntó sin mirarla, rozando con la punta de los dedos la portada.

Amanda se acercó hasta situarse a su lado.

—La compré luego de verte la segunda vez en el hospital —explicó.

Mirra la miró.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Me dio curiosidad —respondió.

—¿No para hacer *origamis*?

Amanda asomó una sonrisa y bajó la vista a la revista.

—También quise aprender, pero solo me interesó la grulla.

—¿Has hecho alguna?

"Hice mil", quiso decirle, pero ese tampoco era el momento.

—Hice más de una —respondió, evadiendo un poco la verdad.

Mirra sonrió, luego se giró un tanto para poder mirarla de frente. Le acunó una mejilla con una delicadeza infinita.

—Eres tan hermosa como maravillosa.

Amanda negó con la cabeza, cubriéndole la mano que la acunaba.

—Nada de eso —susurró—. Lo maravilloso es haberte conocido —declaró, mirándola a los ojos, antes de besarla.

# 31

—A veces creo que esto es un sueño —susurró Mirra.

—¿Qué?

Mirra y Amanda se encontraban tendidas de lado, mirándose a los ojos, en medio de la cama. El día se le escurrió como agua entre los dedos. Las risas, las anécdotas, las confesiones, llenaron cada hora que compartieron hasta que la noche las sorprendió en medio de largos besos y dulces miradas.

—Esto —respondió Mirra—. Tú y yo.

La arquitecta sonrió, derrochando ternura. Para ella fue una sorpresa saber que la ojinegra pasaría la noche a su lado. Los sentimientos que albergaba por la mujer a su lado se habían ido intensificando, hasta el punto de que su piel se encendía cuando los besos dejaban de ser tiernos para darle paso al deseo. Pensando en mantener sus ansias a raya, se puso su pijama más discreto.

—A veces lo parece —declaró la rubia—. Lo importante es saber que no lo es, que tú y yo somos realidad —levantó la mano y, con delicadeza, dibujó el arco superciliar de Mirra, donde debía tener los vellos que forman las cejas.

—Falta mucho para que salgan —informó.

—No las extraño, así que pueden salir cuando quieran.

—Yo sí las extraño —afirmó, riendo—. Mis cejas realzan mis ojos.

Amanda rio, divertida.

—Se nota que no eres presumida.

Mirra arrugó la nariz.

—Solo un poco.

Sus risas se mezclaron hasta que el brillo de sus miradas las apagó. Ambas podían sentir el calor que brotaba de sus cuerpos; la calidez era seductora, envolvente.

Las dos se movieron a la vez, como si fueran atraídas por el magnetismo de un poderoso imán. Se acercaron despacio, aunque sus corazones latían desbocados.

Amanda se estremeció con el aliento de Mirra un segundo antes de que sus labios se unieran. En un resquicio de su mente trató de

mantener el control, pero cuando su cuerpo buscó el calor que tanto anhelaba sentir, sus pensamientos se hicieron una maraña de nada.

La ojinegra, por su parte, solo anhelaba perderse en toda Amanda; no quería pensar en límites, ni en efectos de tratamientos. Su cuerpo se pegó al de la otra mujer como si fuera todo lo que necesitara para continuar existiendo. Su gemido fue absorbido por la boca de la arquitecta, que no dejaba un resquicio sin probar de la suya.

Fue Mirra quien deslizó una pierna entre las de Amanda, provocando un gutural gemido que rebotó no solo en las paredes, también en cada terminación de su piel.

—Mirra… —jadeó Amanda, con la voz ronca, apenas separando sus labios—, ¿qué haces?

—Nada—respondió ella antes, de que sus labios se abrieran lo justo para devorarle la boca como lo deseaba.

Las manos de la arquitecta se movieron solas, deslizándose por la cintura de la ojinegra por encima de su pijama.

—Debemos… —su mente se batía en duelo con el placer que experimentaba su cuerpo en ese momento— parar.

Un gruñido de protesta brotó de la garganta de Mirra, que liberó su boca con resistencia.

—Podemos… —le mordió el labio inferior, luego se lo lamió— seguir otro poco.

Amanda tomó aire porque necesitaba toda su fuerza de voluntad para escapar de las garras del deseo.

—Si seguimos otro poco no pararemos, lo sabes.

—Mmm…

—Esto es delicioso —declaró, estrechándola un poco—, pero…

Mirra le puso un dedo sobre los labios.

—Ya lo sé —afirmó—. Sabía que no sucedería nada, pero quería esto. Estar así contigo.

—¿Torturándonos? —preguntó, arqueando una ceja y asomando una sonrisa a la vez.

La ojinegra rio.

—Es una deliciosa tortura, no puedes negarlo.

Amanda rio.

—Lo es, pero tortura al fin. Será mejor que durmamos.

A modo de protesta, Mirra se alejó y se puso boca arriba, volteando la cabeza para no verla. La vista que Amanda tuvo ante sí le provocó una intensa punzada de excitación que la hizo morderse el labio inferior.

Los pezones de Mirra estaban erectos; la tela del pijama se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. En un par de ocasiones, entre fogosos besos, ella los sintió contra su pecho, pero verlos, fue otro nivel de excitación. En ese momento, estuvo segura de que perdería la cabeza cuando la viera desnuda. Aunque en su mente ya la había visto así más de una vez.

Cuando Mirra volteó a verla, la atrapó mirando todavía esa parte de su anatomía.

—Señora, no debería mirarme así si espera que duerma —le advirtió, asomando una pícara sonrisa.

Amanda se movió hacia ella hasta casi rozar sus labios y la rodeó por la cintura con un brazo.

—Señora, si no quiere que la miren así, no use ese pijama.

Mirra rio antes de darle un fugaz beso en los labios.

—Ese era el plan.

La arquitecta abrió la boca, sorprendida por su declaración, luego entornó los ojos.

—Así que viniste aquí con un plan.

—Elemental, mi querido Watson —respondió, pegándose a sus labios—. Dormir abrazada a ti.

—Ese plan me gusta.

—A mí mucho más.

Volvieron a besarse, esta vez, sin dejar que las llamas se encendieran porque para las dos era una tortura; deliciosa, pero tortura al fin, tal como lo dijo la arquitecta.

Después de un largo rato conversando y compartiendo tiernos besos, el sueño las arropó. Amanda se dejó abrazar, entregándose al calor de los brazos de Mirra, como ella lo planeó desde el principio.

La ojinegra tardó más en dormirse; esa noche no había tomado el somnífero para poder disfrutar de la cercanía de Amanda. Escuchar su profunda respiración le encantó; tenerla entre sus brazos, también. Todo con ella le resultaba maravilloso. En el silencio de la

noche, aspiró el aroma de sus cabellos y un poco de su piel cuando hundía la nariz en el hueco de su cuello.

Eso tan simple, la hizo sentirse feliz. Después de tanta incertidumbre con su enfermedad, con Amanda entre sus brazos, pensó que empezaba a ver una luz al final del túnel. Una luz que quería siempre en su vida.

Una vez más, Mirra respiró profundo; cerró los ojos y, unos instantes después, Morfeo la condujo a su mundo sin que se diera cuenta.

# 32

Mirra hubiese deseado otro despertar junto a Amanda, pero en lugar de besos, fue el insistente repique de un teléfono en algún sitio del apartamento, el que la despertó. En medio de la bruma del sueño, vio a la arquitecta salir de la cama y luego de la habitación, dando traspiés.

Poco después, Amanda regresó, evidentemente, apurada. Aun así, se acercó y le plantó un beso en los labios.

—Buenos días —saludó—. Tengo que irme —anunció, de camino hacia el baño.

—Buenos días —alcanzó a murmurar antes de que la puerta se cerrara.

Mirra se estrujó los ojos. ¿Estaba soñando? Al mirar vacío el lado de la cama de Amanda y después oír el agua caer en el baño, desechó la idea. De un plumazo se fue por tierra su ilusión de besos mañaneros y pasar parte del día con ella.

Despacio, la ojinegra se sentó en la cama; sintió un ligero mareo que la sorprendió. Se quedó quieta, procurando que el vértigo pasara por completo. Se tomó el pulso en la muñeca; era normal, así como su respiración, por lo que le extrañó el vahído.

De pronto, el sonido del agua cayendo cesó; unos instantes después, la puerta se abrió y Amanda salió envuelta en una toalla, escurriendo agua por doquier.

—Hay un permiso que no está completo —explicó el motivo de sus apuros, abriendo el closet—. Están a punto de suspender la remoción de tierra. Harper está furioso.

Mirra apenas la escuchaba, porque en cuanto Amanda se quitó la toalla, sus más de ochenta millones de neuronas se centraron en su cuerpo desnudo. Tuvo que tragar saliva porque la misma excitación que la golpeó la noche anterior, le atenazó el vientre, estremeciéndola hasta hacerla sentir mareada otra vez. Sin embargo, eso no impidió que sus ojos se pasearan por sus senos, su abdomen plano y sus muslos.

Amanda se enfundó en cada prenda de ropa a una velocidad increíble; ni siquiera se detuvo a considerar la combinación. Cuando se sentó en la cama a calzarse las botas de seguridad, miró a la mujer a su lado.

—Sé que te divertiste un poco con la vista, pero lamento dejarte así.

Mirra rio.

—Me divertí algo más que un poco —confesó.

—Ya lo imagino —en cuanto se ató la segunda bota, se levantó y se arrodilló frente a ella.

—¿Puedes quedarte sola unos minutos?

—Sí —contestó, acunándole el rostro. Se acercó y la besó.

—Llamaré a tu padre. Te dejaré un juego de llaves en la isla de la cocina.

—Estaré bien —le aseguró Mirra.

Amanda respiró hondo de pura frustración. Ese tampoco era el despertar que planeó para ellas.

—Tengo que irme. Te llamaré en cuanto pueda —le dio un beso antes de incorporarse—. No olvides las llaves —le pidió, caminando de espalda hacia la puerta.

—No lo haré. Ten cuidado.

Se dedicaron una sonrisa antes de que Amanda saliera de la habitación. Los hombros de Mirra se hundieron en cuanto estuvo a solas; respiró hondo también por frustración.

Apenas un par de minutos después que la arquitecta se fue, su teléfono comenzó a sonar. El nombre de su padre apareció en la pantalla. Ella sonrió, negando con la cabeza.

—Buenos días, papá.

—*Iré por ti en cinco minutos* —le anunció.

Mirra rodó los ojos, aunque nadie la miraba.

—Está bien.

De nada le valdría negarse, su padre iría por ella y ninguna excusa lo detendría. Tras cortar la llamada, se levantó. Apenas dio dos pasos, todo le dio vuelta, así que retrocedió y volvió a sentarse.

—¿Qué rayos? —murmuró.

Llevaba casi un mes sin sentir mareos ni náuseas; no entendía qué sucedía. También había tomado sus medicamentos a las horas. Ella cerró los ojos y se concentró en respirar. Cuando se sintió estable, volvió a levantarse. Logró llegar al baño sin problemas, aunque una ligera inquietud se le alojó en un resquicio de su mente. Se suponía que avanzaba, no debía marearse, ni nada por el estilo.

Poco después, en la cocina, esperaba a que el café se hiciera y que su padre llegara. Recostada de la encimera, evocó cada momento del día anterior que pasó junto a Amanda. Y también su desnudez. Ese había sido un maravilloso regalo. Se humedeció los labios, imaginando lo que sería besar su piel. Se estremeció de solo pensarlo.

Tan solo veinte minutos después de la llamada de su padre, él llegó al apartamento. Ya Mirra estaba lista con la misma indumentaria con la que llegó.

—Debo considerar mejor estos planes —dijo el ruso en cuanto ella le abrió la puerta.

—Buenos días por segunda vez, papá.

Iván frunció los labios.

—Buenos días. ¿Estás bien?

—Sí. Amanda tuvo una emergencia en su trabajo. Este no era el plan —le explicó, sentándose en la silla de ruedas.

La respuesta de su padre fue un gruñido. Mirra supo que le costaría volver a convencerlo de hacer algo así. O al menos hasta su siguiente evaluación.

Iván empujó la silla fuera del apartamento y le puso el seguro a la puerta con el juego de llaves que su hija le dio. Ya en el ascensor, él se plantó frente a la ojinegra con los brazos cruzados.

—No tuvieron sexo, ¿cierto?

Los ojos de Mirra se abrieron como platos, aunque él no pudo verlos por las gafas.

—¡Papá!

—El doctor dijo que puedes tenerlo, pero es agotador.

—Por Dios, no puedo creer que estemos teniendo esta conversación. Me haces sentir una adolescente.

—Me preocupo por ti, cariño.

Mirra bufó.

—Lo sé. Y agradezco que lo hagas, pero no puedes tocar ese tema —le advirtió.

—Solo dime que no.

Otro bufido llenó el ascensor,

—No, papá. No tuvimos sexo —respondió porque sabía que él insistiría en saberlo hasta el fin de los tiempos. En ese momento, las puertas se abrieron e Iván se apresuró a salir—. El cáncer no solo te pone en riesgo, también convierte tu vida sexual en tema de conversación —se quejó.

—Solo lo hablé con el doctor —aclaró su padre—. Y un poco con Amanda.

Mirra volteó a verlo.

—Dime que no lo hiciste —le pidió con un hilo de voz.

—Tenía que hacerlo.

—Dios mío, ¿por qué a mí? —gimoteó Mirra, tapándose la cara. Quería que la tierra se la tragara en ese mismo instante.

# 33

Las siguientes dos semanas fueron un absoluto caos para Amanda. Tras la llamada de Charlotte, en la que le informó que uno de los permisos para construir en la ciudad de Manhattan estaba incompleto, nada pudo detener que la remoción de tierra se paralizara.

Ni siquiera las influencias de Bill Harper valieron ante el fallo en el trámite de los permisos. Amanda no supo cómo no fue despedida; fue su error, quedó más que comprobado. Sin embargo, su jefe le ordenó arreglarlo cuanto antes. Cada hora que transcurrían sin mover un grano de tierra era dinero perdido.

A la arquitecta le tomó una semana arreglar su error y la siguiente la pasó ocupándose de recuperar el tiempo perdido. Ingenieros, técnicos, todo el mundo trabajaba doce horas al día y ella apenas era capaz de respirar. Charlotte bromeó con que solo les faltaba llevar sus camas a la caseta de obra mientras bebían el café, el último día de esa semana.

—Ni lo digas —murmuró Amanda, mirando a los lejos una excavadora echar un cucharón de tierra en uno de los camiones que había en el terreno.

—Uno de los ingenieros me dijo que el jefe viene en camino —comentó Charlotte, echándole un vistazo a su amiga.

Amanda soltó un profundo suspiro; desde su fallo, podía sentir el asedio de Harper. De vez en cuando se aparecía en el terreno sin anunciarlo.

—Siento que camino en una cuerda floja —reconoció sin dejar de observar el trabajo de la excavadora.

—Debemos asegurarnos que no haya un fallo más.

Amanda buscó la mirada de su colega.

—Toda la responsabilidad será mía. De seguro tú tomarás el mando.

Charlotte frunció los labios.

—Nada de eso. Tenemos que medir cada paso y asegurarnos que todos hagan su trabajo.

La rubia aplastó el vaso desechable en el que estuvo bebiendo café y lo echó a una cesta de basura que había en un rincón de la caseta.

—Nuestra piel se quedará en estas tierras —bromeó.

Charlotte rio.

—Además de nuestra marca —dijo.

Amanda levantó el puño derecho, como reafirmando sus palabras con orgullo. Terminaron riendo; pero al avistar el auto de su jefe, las sonrisas se les borraron del rostro.

—Y llega al final del día —murmuró Amanda.

—Mju.

Desde la sombra de la caseta vieron a Harper descender de su auto; uno de los guardias de seguridad de la obra le dio un casco cuando traspasó la zona de construcción.

Amanda se adelantó a alcanzarlo cuando él estuvo a unos escasos metros de la caseta. Advirtió que su jefe llevaba puestas botas, eso le dijo que su visita a la obra la planeó, seguramente, desde el día anterior.

—Señor —lo saludó, tendiéndole la mano.

—Amanda —él se la estrechó con firmeza—. Charlotte —saludó a la morena con el mismo gesto—. ¿Cómo están las cosas por aquí? —preguntó, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Bien, señor —respondió Amanda—. Ya se ha aplanado el terreno en un noventa y cinco por ciento.

Bill la miró un poco de reojo.

—¿Noventa y cinco por ciento?

—Tenemos cuatro excavadoras cubriendo el terreno restante —señaló en el horizonte las enormes maquinarias—. Calculo que en una hora alcanzaremos… —lo que iba a decir fue interrumpido por el repique de su teléfono, que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Continuó hablando mientras acallaba el dispositivo sin fijarse en quien la llamaba— el cien por ciento —sin prestar atención, volvió a guardar el teléfono.

—Bien, eso está mejor —dijo Harper, echando un vistazo por los alrededores.

—Los topógrafos están mapeando el terreno —intervino Charlotte.

En ese momento, el teléfono de Amanda volvió a sonar. Agradeció que su jefe estuviera distraído con algo que le decía su colega. Al mirar la pantalla, frunció el entrecejo al ver el nombre de Iván. Le extrañó, pero no podía contestarle delante de Harper, así que lo puso en modo vibrar y lo devolvió a su bolsillo. Ella se situó a la altura de los otros, prestando atención a lo que hablaban.

Apenas transcurrió un minuto, cuando sintió su teléfono vibrar. Al sacarlo y ver otra vez el nombre de Iván, su pecho se oprimió. *Mirra*. Una extraña sensación le recorrió la columna, estremeciéndola. Nerviosa, cruzó una mirada con Charlotte, quien le hizo un gesto con los ojos. Ella pulsó en la pantalla para contestar y se apartó de ellos.

—Aló —contestó con el corazón queriendo salírsele del pecho.

—*Amanda, es Mirra* —la angustia colmó la voz del ruso.

Los ojos de la arquitecta buscaron los de Charlotte, mientras su respiración se convertía en jadeos en segundos. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—¿Qué pasa? —alcanzó a preguntarle con un hilo de voz.

—*Está en el hospital. Se desmayó.*

—Voy para allá —dijo antes de cortar la llamada.

Ya Charlotte sospechaba que algo andaba mal.

—¿Qué? —gesticuló, procurando no llamar la atención de Harper.

Amanda estaba paralizada.

—Es Mirra —gesticuló ella también.

Su colega cerró los ojos, sabiendo que estaban a punto de meterse en problemas. Cuando Charlotte volvió a mirarla, sabía que habría consecuencias a sus siguientes palabras.

—Las llaves de mi auto están en mi cartera —le dijo.

Al escucharla, Bill Harper volteó a verla, luego a Amanda.

—Tengo que irme —le anunció la arquitecta a su jefe.

—¿Qué?

—Lo siento, tengo que irme —repitió Amanda, retrocediendo.

Los ojos de Bill Harper brillaron de furia en segundos.

—¡¿A dónde crees que vas?! —le preguntó con los dientes apretados y la rabia asomándose en su rostro.

—Señor, ella tiene que irse —intervino Charlotte, pero él ni la miró.

Amanda alzó las manos, disculpándose, antes de dar la vuelta y echar a correr hacia el lugar donde ellas guardaban sus efectos personales.

—Esto es el colmo. ¡La despediré! —gruñó Bill, viéndola alejarse.

Amanda no lo escuchó; no podía, porque estaba lejos. Porque su pecho era presa del más profundo temor que jamás sintió. Porque solo podía pensar en Mirra.

Ella subió al auto de Charlotte poco después, encendió el motor y se puso en marcha sin perder un segundo. Necesitaba ver a la ojinegra.

Precisaba saber que estaba bien.

—Mirra, quédate conmigo, por favor —susurró—. Te amo. Quédate conmigo —rogó.

# 34

El corazón de Amanda latía fuerte; se le hizo interminable el recorrido hacia el hospital. Apenas respiró cuando avistó el estacionamiento del lugar. Alcanzó a leer el mensaje que recibió de Charlotte, antes de abrir la puerta del auto y descender.

***"Mantenme informada, por favor"***, le pidió su colega.

Ella avanzó rápido, casi corriendo hacia la entrada del hospital. Iván le había informado en qué piso se encontraban; ni siquiera pensó en el ascensor, se dirigió hacia las escaleras y empezó a subirlas, esquivando a cuanta persona se le cruzaba en el camino. Cuando llegó al piso cuatro, los pulmones le ardían. Sin detenerse a tomar aire, siguió las señalizaciones hacia la sala de espera.

Iván la vio, incluso, antes de que entrara en la sala; él ni siquiera se encontraba sentado, así que fue a su encuentro.

—¿Cómo está? —preguntó Amanda, con los ojos inundados en lágrimas.

—No lo sé. Todavía no me han dicho nada —gruñó el ruso, con su acento más marcado que nunca.

—¿Cómo es posible? —ella miró fuera de la sala, reflejando impotencia en su rostro.

Iván la soltó y retrocedió; se pasó una mano por los cabellos, demostrando su frustración. Fue entonces cuando la arquitecta pensó en él. Si ella estaba a punto de desfallecer de puro miedo, conjeturando los peores escenarios, porque es imposible detener la mente cuando la adrenalina va a mil, no podía imaginar cómo debía sentirse él.

Ella se acercó a Iván y le tomó una mano. Él la miró; en sus ojos refulgía la angustia, aun así, los cerró y asintió.

—Ella estará bien —declaró él—. Debe ser… algún efecto.

Amanda le apretó la mano, procurando transmitirle sosiego, aunque su ser, su alma, temblaban.

—La has cuidado bien —dijo ella—. Debemos confiar. Tener fe.

Iván respiró hondo.

—Fe —repitió, como si la palabra le fuera extraña—. No sabía lo que era la fe hasta que Mirra enfermó. La tengo toda la que existe en el mundo —afirmó, luego su boca se curvó ligeramente.

Amanda le devolvió el gesto.

—Entonces entre los dos debemos tener más que suficiente para obrar un milagro.

—Las grullas —dijo él.

Ella asintió.

—Las grullas.

De pronto, el desasosiego que los abrumaba a los dos, pareció haberse desvanecido con el contacto de sus manos.

—Gracias por amarla. La haces feliz.

La mirada sorprendida de Amanda se clavó en los ojos negros del ruso.

—Yo…

—¡Familiares de Mirra Ivanova!

Los dos voltearon a la vez hacia el hombre de bata blanca que acababa de hacer el llamado. Y los dos se movieron a la vez, sin soltarse de las manos.

—Soy su padre. ¿Cómo está mi hija? —algo atenazaba la garganta del ruso, porque la voz le sonó extraña.

Amanda contuvo el aliento, ni siquiera era capaz de parpadear.

—Su hija presenta un significativo cuadro de deshidratación —le informó el médico.

—¿Deshidratación? —cuestionó Iván, sorprendido.

—Sí. Lo que resulta un tanto delicado, teniendo en cuenta su estado —señaló el médico—. La paciente no debió descuidarse tanto.

—Pero ¿estará bien? —Intervino Amanda, llevada por la incertidumbre—. ¿Su desmayo no tiene que ver con su cáncer? —quiso asegurarse.

Iván intercambió una mirada con Amanda, luego devolvió su atención al médico.

—Sí, ella estará bien —respondió el médico—. De hecho, en cuanto ingresó, comparamos los resultados de los primeros análisis que le hicimos con sus estudios antes de las quimioterapias. Hay que confirmarlo con el oncólogo, pero, todo indica que el cáncer está en remisión —anunció, asomando una sonrisa.

Por un lado, los ojos del ruso casi se desorbitan; por el otro, Amanda le apretó con tanta fuerza la mano, que terminó clavándole las uñas, pero él apenas fue consciente de ello.

—¿Habla… en serio? —balbuceó Iván.

—Le repito, el oncólogo debe confirmarlo —insistió el médico.

De pronto, para el ruso, el mundo volvió a girar. Y a doler. Esa era la noticia que llevaba meses esperando, entonces, ¿por qué dolía? Al bajar la vista, encontró la explicación en las uñas que tenía clavadas en la piel. Levantó sus manos unidas y miró a Amanda.

La arquitecta lo soltó como si el contacto la hubiese quemado de pronto al percatarse de lo que hacía.

—¡Lo siento! —se disculpó sonriendo, con las lágrimas ya bañándole las mejillas—. Está en remisión —sollozó.

Él rio, emocionado. Ni siquiera se molestó en tratar de contener las lágrimas porque en ese momento no era un hombre, sino un padre. Un padre que había tocado la fe con su corazón.

—Está en remisión —repitió Iván.

Entonces se abrazaron. Fuerte. Como nunca antes abrazaron a nadie.

En ese momento no podían verlo, porque la magia no se puede ver, ni los milagros. A su alrededor las grullas volaban, formando un remolino de mil colores.

Colores que solo puede hacer irradiar el amor.

El amor de un padre por su hija.

El amor de una mujer por otra.

***

Dos horas después, por fin Amanda e Iván tuvieron autorización para ver a Mirra.

—Estoy seguro de que se olvidó del agua y todo lo demás por andar pensando en su novia —masculló Iván, de camino hacia la habitación donde se encontraba su hija.

Amanda lo miró de reojo.

—No me culpes a mí.

—No más novias hasta que se recupere por completo de esto —sentenció el ruso.

—No tiene quince, Iván.

Él se detuvo con la mano en la manilla de la puerta.

—Es cierto, pero parece que tiene trece —masculló antes de abrir la puerta y permitirle entrar primero. Estaba enojado con su hija, sin embargo, no olvidaba sus modales.

Mirra sonrió en cuanto vio a Amanda.

—Hola —la saludó.

Por fin la arquitecta pudo respirar con verdadero alivio; el médico les había dicho que Mirra estaría bien, pero ella necesitaba verla despierta, hablando, respirando, para poder vivir. Se apresuró a acercarse a la cama y le tomó la mano con cuidado, pues era el brazo donde tenía la vía.

—Hola, mi amor —susurró—. Nos asustaste.

Mirra frunció los labios.

—No fue nada.

Iván carraspeó; se había quedado rezagado, con los brazos cruzados. Su hija lo miró. No necesitó que él pronunciara una palabra para saber que recibiría una reprimenda cual niña.

—¿Por qué estás aquí, Mirra? —le preguntó él, mirándola con severidad.

—Iván… —intentó intervenir la rubia.

—No, Amanda. Tengo que escucharla decírmelo —declaró—. Ella sabe cuánto debe cuidarse.

Él le sostuvo la mirada a su hija.

—Lo siento —dijo Mirra—. Olvidé… beber suficiente agua y las otras cosas con electrolitos.

A Amanda le pareció ver que el ruso echaba fuego por los ojos.

—Pero hay una buena noticia, ¿no? —anunció ella, mirando a Iván para apaciguar su rabia.

Mirra la miró.

—¿Una buena noticia? —cuestionó, mirando a la arquitecta, luego a su padre.

Iván asintió, asomando una sonrisa que provocó que el corazón de Mirra se acelerara lo como hace un auto de la Fórmula 1, porque lo sospechó.

La ojinegra lo sospechó en cuanto su padre sonrió. Entonces contuvo el aliento.

—Estás en remisión, hija —el ruso le dio la noticia con la voz cargada de emoción—. ¡En remisión!

# 35

A Iván le costó convencer a Amanda de que se fuera a su apartamento a descansar, a pesar de las buenas noticias y de que ella sabía que Mirra se encontraba bien. No valía la pena que los dos pasaran una mala noche en una sala de hospital; al menos él ya estaba acostumbrado.

Para el día siguiente, ya había sido pautada una consulta con el oncólogo. Las pruebas de laboratorio ya se procesaban también. Era cuestión de horas para que se confirmara que el cáncer estaba en remisión. Las dos semanas que todavía faltaban para su evaluación médica, se habían acortado por su cuadro clínico de deshidratación.

A pesar de que durmió en su cama, Amanda pasó la noche en vela. Después de salir del hospital, se dirigió al edificio de Charlotte para devolverle el auto.

—Harper dijo que te despediría —le informó su colega en cuanto se encontraron.

Amanda torció el gesto con cierto pesar; sabía que habría consecuencias cuando decidió irse del terreno, así que debía asumirlas con coraje.

Charlotte se ofreció a llevarla de regreso a su apartamento. El silencio se adueñó del interior del auto mientras se incorporaban al tráfico nocturno.

—¿Sabes qué? No me importa —declaró Amanda al cabo de un par de minutos—. Tal vez de verdad me despidan, pero saber que Mirra estará bien, que se curará, lo borra todo. Es lo mejor del mundo —afirmó sonriendo.

—Me alegró mucho saberlo —dijo Charlotte, sin apartar la vista del frente—. No solo por ella, también por ti. Se te nota que estás superenamorada.

Amanda asintió sin dudarlo y las dos terminaron riendo.

Su noche se mezcló con la emoción y la contrariedad, en compañía del insomnio. Sin embargo, regresó al hospital cerca de las ocho de la mañana, con café en mano para Iván.

La arquitecta permaneció junto a Mirra durante el resto del día; a excepción del tiempo que esta pasó con el oncólogo para su revisión física.

—No salió tan mal esto, ¿no? —comentó Mirra. Se encontraba de vuelta en la habitación del hospital.

Amanda permanecía sentada junto a la cama, sin soltarle la mano. Iván miró a su hija con los ojos entornados; en respuesta, solo gruñó.

La arquitecta contuvo lo mejor que pudo las ganas de reír. Aunque sabía que el ruso estaba feliz por las buenas noticias, porque se le veía en los ojos, no quería enojarlo.

—Déjalo —le pidió ella en voz baja a la ojinegra, que volteó a verlo.

—Papá —el llamado hizo que Iván mirara a su hija—. Te amo —le dijo.

Él sonrió sin poder evitarlo.

—Yo también, cariño.

Poco más de tres horas después, el oncólogo entró a la habitación de Mirra, con su historial médico en la mano y una sonrisa que auguraba las mejores noticias del mundo.

Amanda e Iván se levantaron a la par, con si hubiesen ensayado el movimiento toda la vida.

—Mirra… —habló el doctor, mirando a su paciente con evidente orgullo.

La ojinegra tragó saliva. Por puro instinto, Amanda le envolvió con las dos manos la que le sostenía. Ella e Iván miraron al médico con los corazones golpeándole fuerte el pecho.

—¿Doctor? —a Mirra le salió un hilo de voz.

—Estás en remisión —le confirmó el hombre.

Mirra fue incapaz de dominar las lágrimas. ¿Para qué contenerlas? Eran de felicidad. La más absoluta felicidad. Alivio puro, fue lo que colmó su vida hasta que se le rebosó por cada poro de la piel.

Pero antes de que Mirra pudiera volver a respirar, se encontró envuelta por los poderosos brazos de su padre. Entonces su emoción escapó de su pecho en forma de sollozo. Abrazada a su padre ella lloró. Lloró por las decenas de horas de angustia, de miedo, de incertidumbre. Lloró por las decenas de horas de fe, de rezar, de

pedir al cielo un milagro. Lloró por las decenas de horas de tratamientos. Lloró por cada grulla que hizo en busca de un milagro. Lloró por su padre y por ella. Lloró porque ahora sí podía pensar en un futuro con Amanda.

Mirra levantó la cabeza solo para buscar los ojos de Amanda, que estaban tan anegados en lágrimas como los suyos. Entonces tiró de su mano, que continuaba unida a la suya. Al sentir el movimiento, Iván le dio espacio y los tres se fundieron en un abrazo sincero, emotivo, de amor.

Ninguno de ellos supo cuándo el médico salió de la habitación, ni el tiempo que pasaron abrazados. Nada les importaba.

—Es un milagro —susurró Iván, separándose lo suficiente para mirar a su hija a los ojos, luego besó su frente con el más infinito amor.

—Lo es, papá —dijo ella, sonriéndole.

Iván se apartó del todo, pero sin dejar de mirarla. Sus lágrimas no paraban y no le importaba ni una pizca.

Amanda levantó la cabeza y se encontró con los ojos negros fijos en ella. Con delicadeza, Mirra le secó una lágrima que se le escapaba en ese instante. Se sonrieron a centímetros de distancia, con sus alientos mezclándose.

—¿Quieres ser mi novia? —le preguntó a la arquitecta.

La sorpresa que se reflejó en los ojos de Amanda y la manera como la sintió contener la respiración, hizo sonreír a la ojinegra.

Después de la sorpresa, en la boca de la rubia se dibujó una lenta sonrisa.

—Quiero ser tu todo —respondió.

La sonrisa de Mirra no pudo ser más amplia. Sin dejar de mirarla, ni pronunciar otra palabra, ella acortó la escasa distancia y la besó con los labios apenas separados para que encajaran de la manera tan perfecta como siempre lo hacían.

Sus miradas continuaron conectadas después de que sus labios se separaron. Amanda no se movió en lo absoluto, pero volvió a respirar. Luego le echó un rápido vistazo a Iván.

—¿Mirra?

—¿Sí? —respondió ella.

Amanda sonrió.

—¿Siempre les pides a las mujeres que sean tus novias delante de tu padre?

La ojinegra miró a Iván, que contemplaba la escena con evidente emoción. Cuando ella volvió a mirarla, no pudo más que sonreír.

—Solo cuando sé que me aceptarán.

Amanda entornó los ojos.

—Graciosita.

Mirra rio.

—Tendrás que acostumbrarte a él, es un indiscreto —dijo, refiriéndose a su padre.

Amanda por fin se separó lo suficiente para ver al ruso.

—No debo pedirte permiso para salir con tu hija, ¿cierto? No conozco las tradiciones rusas —acotó.

Iván bufó.

—Están saliendo desde que se conocieron, por si no se han dado cuenta.

Ellas se miraron, luego rieron. Técnicamente, eso era cierto.

# 36

Mirra no podía estar más feliz; la sonrisa no se le borraba del rostro mientras la enfermera le retiraba la vía del brazo. El oncólogo pasó por su habitación a darle unas indicaciones y le dio el alta, así que podía irse del hospital.

En la habitación se encontraban Amanda y su padre; además de la enfermera.

—Gracias —le dijo a la enfermera cuando esta le puso una bandita donde estuvo la vía.

La mujer de blanco le sonrió.

—Ha sido un gusto. En unos minutos te traerán una silla de ruedas —le anunció.

—Ya no quiero más sillas de ruedas —dijo Mirra.

—Aún estás débil —le recordó su padre.

—Es política del hospital —intervino la enfermera con una amable sonrisa.

Ella frunció los labios.

—Está bien —cedió.

La enfermera le sonrió. Mientras ésta salía de la habitación, Amanda reía; no existía manera de que Mirra no diera batalla.

—Bien, iré por mi café —anunció Iván—. Ya lo necesito. Amanda, ¿quieres uno?

La arquitecta negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Bien, regresaré en unos minutos —anunció, luego salió de la habitación.

En cuanto se quedaron a solas, sus miradas se buscaron. Amanda no tardó en acercarse a la cama, donde ya la mano de Mirra la esperaba. Entrelazaron sus dedos sin dejar de sonreírse.

—Todavía no puedo creerlo, Amanda.

La arquitecta levantó sus manos unidas, y le besó los nudillos.

—Créelo. El milagro sucedió.

La sonrisa de Mirra se amplió.

—Sí. Esto es… como una nueva oportunidad —declaró—. Y solo quiero vivir al máximo cada segundo.

—Lo vivirás, mi amor, pero con calma. Todavía tu cuerpo no se recupera del todo.

—Sí, lo sé. Lo sé. Por ahora me basta con que estés aquí —declaró la ojinegra, y fue su turno para besar la mano de la otra mujer. Fue en ese momento cuando cayó en cuenta de un pequeño detalle. Frunció el entrecejo—. Amanda, llevaba días sin verte. ¿Cómo es que… has estado todo este tiempo aquí? Se supone que tu proyecto estaba algo atrasado, ¿no?

Amanda torció la boca y respiró hondo.

—No es el momento para eso, Mirra. Lo que importa es que estás bien y que saldrás de aquí —dijo, acariciándole una oreja.

Mirra escudriñó sus ojos, que de pronto se mostraban un tanto esquivos. Tuvo la certeza de que algo sucedía.

—¿Amanda?

—No es el momento, Mirra —insistió—. Te acompañaré de regreso al dúplex, luego iré a la firma, ¿de acuerdo?

Mirra se quedó mirándola; su sospecha no desapareció, sin embargo, lo aceptó.

—Está bien —accedió sin más protestas.

Amanda se sorprendió.

—Vaya, ¿qué tenía esa intravenosa? De pronto, pareces más adulta.

Los ojos de Mirra se entornaron.

—Ya te pareces a papá.

—Me encanta tu padre, pero no, gracias. Prefiero ser la mujer que puede besarte —declaró y, sin contemplaciones, le plantó un beso en los labios.

—Yo igual —dijo la ojinegra, riendo.

Minutos después, Iván regresó; y también llegó un enfermero con la silla de ruedas. Mirra fue conducida a la salida del hospital; unos instantes después, se quedó mirando la imponente estructura mientras se alejaban. En segundos, recordó todo lo que vivió en sus salas. Esperaba regresar solo para sus chequeos anuales, tal como se lo indicó el oncólogo.

Cuando perdió de vista el hospital, volteó a ver a Amanda, que ocupaba el asiento a su lado, en la parte trasera del auto. Ella miraba por la otra ventanilla; ni siquiera se percató de su escrutinio.

—¿Todo bien? —le preguntó su padre, que la miraba a través del retrovisor.

La voz del ruso sacó a la arquitecta de sus pensamientos, fue entonces cuando volteó a mirar a Mirra.

—Sí —respondió ella, pero mirando a Amanda—. En serio, ¿qué sucede? —gesticuló.

—Nada —respondió la rubia de la misma manera.

Mirra echó un vistazo al retrovisor. Iván tenía su atención puesta en el tráfico. Ella se inclinó, acercándose a su oreja.

—Sé que pasa algo con tu trabajo.

Amanda echó la cabeza hacia atrás para poder mirarla a los ojos. Le sorprendió que Mirra la conociera más de lo que en realidad ella creía. Torció los labios; oficialmente, ahora tenían una relación, y ella no era una persona de esconderle cosas a quien amara. Se mordió el labio inferior antes de hablar.

—No sé si aún tengo trabajo —dijo en voz baja, rindiéndose a la inquietud de la ojinegra.

Los ojos de Mirra se ampliaron de pura sorpresa.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué sucedió?

Amanda apretó los labios y miró hacia afuera, antes de buscar los ojos negros otra vez.

—Me fui de la zona de construcción cuando mi jefe estaba allí.

—¿Por qué te fuiste? —quiso saber Mirra, aunque de inmediato sospechó la razón antes de terminar de formular la pregunta.

—Eso no tiene importancia, Mirra —levantó una mano y, como solía hacer a veces, trazó con delicadeza la forma de su ceja—. Todo lo que me importa está en este momento ante mí —declaró.

La ojinegra se derritió por dentro, pero eso no borró su preocupación.

—Eres una experta envolviendo con las palabras.

Amanda sonrió.

—Nada de eso —le acarició la barbilla con la yema del dedo índice —. De verdad eres todo lo que me importa.

Mirra le tomó la mano que le acariciaba y entrelazó sus dedos.

—Tienes que ir a la firma. Habla con tu jefe —le pidió.

Ella asintió.

—Lo haré en cuanto te deje con tu padre —aseguró.

Mirra sonrió y ese gesto fue suficiente para Amanda. Iría a la firma, eso ya lo tenía decidido. Ella no supo más de Bill Harper desde que se fue. Esperaba que él la escuchara y comprendiera. Esperaba, además, no ser recibida con una carta de despido. Charlotte estaba a cargo del proyecto hasta donde sabía, y nadie había sido nombrado como arquitecto adjunto, lo que le daba cierto alivio.

Veinte minutos después, Amanda subió al metro; aunque Iván insistió en llevarla, ella prefirió que se quedara con su hija. Acababa de salir del hospital, así que aún necesitaba algo de cuidado.

Cuando ella bajó en la estación cercana al edificio de la firma, su corazón se aceleró. Empezó a sentir sus pasos pesados; cuando llegó a la entrada del edificio, respiró hondo antes de que las enormes puertas se deslizaran, dándole acceso. Manteniendo su temple, se encaminó hacia los ascensores.

—¡Arquitecta Gehry!

Amanda se detuvo ante el llamado, luego se dirigió hacia el mostrador de la recepción.

—Buenas tardes —saludó a la recepcionista con su habitual amabilidad.

—Buenas tardes. Esto es para usted —le anunció la mujer, tendiéndole un sobre.

Ella tragó saliva.

—Gracias —dijo, tomándolo.

Con el corazón más acelerado que antes, rasgó uno de los bordes del sobre y sacó el papel que contenía. Sus ojos recorrieron por encima las líneas hasta que se detuvieron ante cuatro palabras. "Prescindimos de sus servicios".

Cuatro palabras que sellaban su destino en la firma. Bill Harper no hablaba en vano, lo supo en ese momento.

# 37

La realidad golpeó a Amanda sentada en una de las mesas de *France Gourmet*. Tras poco tiempo en Harper Inc., había sido despedida. Su carrera era, relativamente, corta, era cierto, pero no por eso dejaba de doler menos salir de la firma de esa manera. Ante sus ojos se desmoronaba su plan de ganar experiencia en esa firma para luego crear la suya. Incluso, en medio de su desilusión, la idea la hizo sonreír.

Miró la taza de café frente a ella, pensando que le hubiese gustado explicarle a Bill Harper la razón por la que se fue de esa manera de la zona de construcción. Tal vez debió llamarlo después de saber que Mirra estaría bien.

—Sí, debí hacerlo —susurró, agarrando la taza para beber un sorbo de café.

En ese momento, su teléfono comenzó a sonar en el bolsillo de la chaqueta de *jean* que usaba encima de una camisa de color blanco. Rogó porque no fuera Mirra; respiró aliviada al leer el nombre de Charlotte en la pantalla.

—Aló —contestó.

—*Amanda, ¿cómo estás?*

Por el tono de voz, ella supo que su compañera ya se había enterado de su despido.

—¿Lo sabes? —preguntó a cambio.

—*Acabo de enterarme* —la nota de pesar fue evidente en la voz de Charlotte—. *Ese idiota.*

Amanda sonrió.

—Que no te escuche. Recuerda que todavía es tu jefe.

—*Es un idiota* —afirmó la morena con convicción—. ¿Qué harás?

—Ahora mismo, no lo sé —respondió, mirando la carta donde la despedían—. Pero estaré bien. Tal vez pueda regresar a la firma donde trabajaba antes.

—*Eso sería retroceder.*

—Un poco, sí —reconoció.

*—Muchos del medio saben que estabas a cargo de este proyecto. Estoy segura de que te querrán en sus empresas después de pasar por Harper Inc.*

—Tal vez lluevan ofertas —bromeó Amanda, riendo.

*—Sé que así será. Y cuando te hagan una buena oferta, me llevas contigo, así le dejo todo este lío a Harper y que se joda.*

La rubia rio.

—Nada de eso, amiga. El proyecto Ola Azul es muy importante, no querrás perdértelo. Es más, te pido que no lo dejes por nada del mundo.

*—Mmm…*

—En serio, Charlotte.

*—Me lo pensaré* —dijo—. *Ahora, ¿qué tal tu chica? ¿Ya está en casa?*

Amanda sonrió al instante.

—Sí. Y los médicos confirmaron que el cáncer está en remisión —le informó. La noche previa, ella la había puesto en contexto sobre la situación de salud de Mirra.

*—Eso es genial.*

—Y ya tenemos una relación formal —le anunció.

*—Oh, ya puedo imaginar tus suspiros.*

Amanda rio.

—Puedes imaginar muchísimos más —dijo.

*—Das asco cuando te enamoras.*

—Me declaro culpable.

Fue el turno de reír de Charlotte, luego la línea se quedó en silencio.

*—¿Estarás bien?* —le preguntó con un tono cauto.

—Sí, lo estaré —respondió Amanda.

*—Bien, porque están a punto de venir a buscarme con un remolque* —bromeó*.*

—Vete ya.

*—De acuerdo.*

Amanda todavía sonreía cuando dejó el teléfono sobre la mesa, junto a la taza de café. Extrañaría trabajar con Charlotte; en el poco

tiempo que llevaban como compañeras, se había convertido en una amiga que siempre ocuparía un lugar especial en su corazón.

Media hora después, Amanda salió de la cafetería. No sabía qué rumbo tomar, así que se dirigió a la estación del metro; regresaría a su apartamento. Aunque deseaba ver a Mirra, no quería decirle todavía lo de su despido. Sabía cómo se lo tomaría; en especial, cuando sospechaba por qué ella abandonó su trabajo.

Sentada en unos de los vagones, deseó llevar los audífonos consigo; quería escuchar la canción que la unía a Mirra. Escucharla le daba algo de sosiego. Recostó la cabeza del asiento y cerró los ojos; en su mente recreó la primera vez que la escuchó y cuando la bailaron en la cocina del dúplex. Tuvo la certeza que fue en aquel momento cuando se enamoró de ella, aunque todo inició en la sala de quimioterapia del Hospital Saint Pilgrim.

Cuando Amanda llegó a su apartamento, ya la tarde le daba paso a la noche. Dejó las llaves sobre el mueble junto a la puerta; se quitó la chaqueta y la lanzó sobre el sofá, a su paso hacia la cocina. Sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón y buscó la canción que anhelaba escuchar. Unos segundos después, las primeras notas de *Everlong* se hicieron eco en la cocina y ella sonrió cuando el corazón le dio un vuelco. Sí, él también sabía que esa era su canción. La suya y la de Mirra.

Apenas almorzó un sándwich en el hospital, así que tenía hambre. Sacó lo necesario del refrigerador para hacerse una ensalada; a esa hora, lo mejor era comer algo ligero. Moviéndose un poco al ritmo de la canción, preparó la ensalada. Antes de sentarse a cenar, se dio una ducha.

Poco después, ya cómoda en un pijama de algodón, se sentó en el sofá a cenar, pero antes de que pudiera dar el primer bocado, la canción se interrumpió con el sonido que le anunciaba la recepción de una llamada. Esta vez sí era Mirra. Dejó el plato a un lado para contestar.

—Buenas noches, mi amor —saludó, procurando sonar normal.

—*Hola. ¿Adivina que estoy cenando?*

—No me digas que helado de vainilla —intentó adivinar.

—*Justo eso, pero nada de regaños* —pidió—*. Dime cómo te fue con tu jefe.*

El momentáneo silencio en la línea fue más que evidente.

—No hablé con él —dijo la rubia—. Me dieron una carta de despido antes de llegar al ascensor.

—*¡Mierda! ¿Pueden hacer eso?*

—Sí, mi amor. Fui yo quien cometió un error —asumió.

—*Uno solo, Amanda. Uno y te despiden. No es justo.*

—Tal vez no, pero así son las cosas cuando se trata de trabajo.

Al otro lado de la línea, Mirra sintió que podría echar al mundo abajo de pura frustración. Amanda no se lo había dicho directamente, pero ella podía adivinar lo que sucedió. Su padre le dijo que llamó a la arquitecta en cuanto la llevó al hospital, así que imaginaba que la rubia se fue de su trabajo, dejándolo todo atrás, por ella.

De haber cumplido como debía con su rutina alimentaria e hidratación, no habría ido a parar al hospital y Amanda no estaría metida en tal lío.

# 38

Mirra halló a su padre sentado en la barra de la cocina, con una taza de café entre las manos. Sus miradas se encontraron en cuanto ella entró.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, cariño.

Mirra se acercó y le dio un beso en la frente.

—¿La primera del día? —preguntó, refiriéndose a la taza de café.

—Sí.

Él hizo ademán de levantarse, pero ella lo detuvo.

—Puedo servirme yo misma el té.

—De acuerdo.

Iván la miró moverse por la cocina; extrañamente, su hija parecía más fuerte ese día. Eso le alegró, pero, por otro lado, también lo acongojó. La conocía lo suficiente para saber que querría irse cuanto antes; ella siempre fue independiente, impetuosa. Solo su enfermedad la doblegó y, aun así, la venció. El cáncer ya no estaba en su cuerpo y esperaba que no regresara jamás.

Mirra se sentó frente a él. Iván la vio bajar la vista a la taza de té, que empezó a hacer girar entre sus manos.

—Dilo —le pidió él.

Su hija lo miró, luego tragó saliva antes de tomar aire.

—No quiero que pienses que te abandono a la primera de cambio —comenzó Mirra, mirándolo a los ojos.

Iván negó con la cabeza.

—Jamás pensaría eso. Me duele que te vayas, me acostumbré a tenerte aquí, a cuidarte —los ojos de su hija se cristalizaron—, pero estoy muy feliz de que puedas irte por tus propios medios y sana.

—Por mis propios medios no, papá —aclaró ella—. Necesito que me lleves.

Iván rio.

—Eres una insolente.

Ella también rio.

—Te voy a extrañar un mundo, papá —declaró la ojinegra, con las lágrimas derramándosele.

Su padre le pasó un brazo por los hombros, acercándose; juntó sus frentes y cerró los ojos.

—Yo más —dijo y fue su turno de darle un beso en la frente.

Cuando se separaron, las mejillas de Mirra estaban completamente húmedas.

—Prometámonos algo —le pidió ella.

—¿Qué?

—Que no importa lo ocupados que estemos, ni las circunstancias, cenaremos cada viernes. Aquí, en mi apartamento, en un restaurante, en la luna, pero juntos.

Los ojos del ruso se humedecieron cuando su sonrisa se asomó. Él asintió.

—Lo prometo —dijo con la voz algo cortada.

Mirra sonrió, complacida.

—Yo también lo prometo.

De pronto, Iván torció el gesto.

—Pero ¿dejarás sola a Amanda todos los viernes?

—Estoy segura de que no le molestará —afirmó. Su padre rio—. ¿Qué?

—Ya veo que tienes planes de futuro con ella.

—Ahora sí puedo tenerlos —dijo con un aire presumido.

—Y yo estoy feliz por eso. Me gusta mucho Amanda.

—A mí más —terció, guiñándole un ojo.

Iván no pudo hacer otra cosa que reír.

—¿Cuándo te irás?

—Esperaba hacerlo la siguiente semana.

Era jueves, así que ella se iría en cuatro días. Iván asintió.

***

***Cuatro días después…***

El lunes, después de desayunar, Mirra recogió la escasa ropa que tenía en casa de su padre y lo metió en el bolso con el que llegó ahí.

En una diminuta maleta guardó los efectos personales. No quiso recoger sus cosas antes porque era doloroso irse, a pesar de todo.

Por su parte, el ruso se encargó de cargar en el auto todo lo que tenía en las despensas para las comidas de su hija; todavía necesitaba seguir una dieta que fortaleciera su organismo.

—¿Estás lista? —le preguntó Iván a su hija después de llevar el bolso y la maleta al auto.

—Sí.

Iván asintió. Mirra se acercó y lo abrazó fuerte; él era tan alto, que su cabeza quedaba acunada perfectamente bajo su mentón. Su padre la rodeó con sus fuertes brazos y posó los labios en su cabeza.

—Gracias por permitirme cuidarte —le agradeció él.

Ella alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Gracias por querer hacerlo.

—Me hubiese gustado que tu madre me acompañara a hacerlo.

—A mí también —declaró y volvió a bajar la cabeza, estrechándolo un poco más fuerte.

—Pongámonos en marcha. Sé que estás desesperada por librarte de mí.

Ella rio.

—No te imaginas cuánto.

Él también rio; le dio un beso en la frente y luego se pusieron en marcha. De camino a su edificio, Mirra tuvo que escuchar a su padre recordarle todos los cuidados que debía tener y que no olvidara sus medicamentos ni vitaminas.

—Estarás sola, Mirra.

—Lo sé.

—¿O Amanda se mudará contigo? Eso me dejaría más tranquilo.

—Es muy pronto, papá —aclaró.

Iván bufó.

—Estoy seguro de que se casarán en tres meses —se burló.

—Oye, nadie se está casando aquí.

—Máximo seis meses.

Mirra rodó los ojos.

—Que nadie se va a casar.

—¿Y si Amanda te lo pide?

—Que no, papá. Y de darse el caso, yo se lo pediré a ella —aclaró.

—¿Cómo lo harás?

La ojinegra lo consideró.

—Tal vez frente a una playa —respondió, distraída—. De otro estado, eso sí. Las de acá no son bonitas —comentó, pero al segundo se sobresaltó—. ¡Papá! Haces que hable de cosas que no sucederán —lo regañó.

Iván rio.

—Podrías darle el anillo de tu madre. Eso me gustaría mucho.

Mirra lo miró, sorprendida.

—¿El anillo de mamá?

—Sí.

Ella miró al frente, pensándolo.

—Me encanta el anillo de mamá —reconoció.

—Entonces está hecho —dijo, encogiéndose de hombros.

De la nada, ante Mirra se formó la escena.

Amanda y ella frente a una playa.

Ella poniéndose de rodillas, pidiéndole unir su vida a la suya.

Ella deslizando el anillo por su dedo después de recibir un "sí" como respuesta.

—Papá, me estás poniendo ideas en la cabeza. Ni siquiera sé que piensa Amanda del matrimonio.

—Pregúntale.

—Ni siquiera tenemos una semana como novias —le recordó.

—Tú solo pídeselo.

—En primer lugar, nada de bodas por el momento —pidió—. Y, segundo, ella debe estar centrada en su situación laboral.

—Oh, cierto. Es una pena que perdiera su trabajo.

—Sí, lo es.

Mirra imaginó lo triste que debía estar Amanda. Unas de las primeras cosas que ella le dijo cuando empezaron a conocerse, fue que le encantaba su trabajo y que estaba feliz de pertenecer a esa firma de arquitectos. Le dolía que la hubiesen despedido. No conocía a Bill Harper, pero sentía que lo odiaba, aunque no era sano para ella albergar ese tipo de sentimientos.

Mirra decidió que después de acomodarse en su apartamento, la llamaría; apenas habían hablado por chat ese día, aunque era temprano. Necesitaba escucharla, saber que estaba bien.

# 39

Ese día, Amanda pasó parte de la mañana actualizando su curriculum vitae para enviarlo a las firmas de arquitectos más importantes de la ciudad; incluso, remitió uno a la firma a la que renunció cuando Harper Inc., le ofreció el proyecto Ola Azul. Tenía una hipoteca que pagar, así que no podía dormirse en los laureles, aunque contaba con algunos ahorros para vivir, al menos, unos cinco meses. Esperaba contar con un poco de suerte y no tener que tocarlos.

Sabía que ese día Mirra regresaría a su apartamento, ella se lo había dicho la noche anterior, cuando la llamó para darle las buenas noches. Era motivo de celebración, aunque, por un lado, le daba miedo saberla sola; y, por el otro, podía imaginar la tristeza de Iván al ver a su "pequeña" marcharse. Lo bueno era que se iba sana.

El resto de las primeras horas del día se le fueron en adecentar el apartamento. Entre el trabajo y su nuevo amor, apenas había parado ahí.

Sonrió al pensar en "su nuevo amor". Se había enamorado de Mirra, prácticamente, sin darse cuenta. Y ahora no podía imaginar su vida sin ella; tal como aquella segunda vez que la vio, tampoco pudo seguir adelante sin saber más de su vida y por eso le pidió su número de teléfono. El resto era historia; una historia como pocas, pensó. ¿Cuántas personas pueden decir que se enamoraron en un hospital? Amanda estaba segura de que pocas; por supuesto, sacando de la estadística al personal sanitario.

A mediodía, la arquitecta decidió que no tenía ganas de cocinar; además, tampoco era que tuviera mucho en el refrigerador como para prepararse algo decente. Como llevaba unos meses sintiendo cierta afinidad por las cosas rusas, se le antojó probar algo más de la gastronomía de ese país. Todo lo que comió en casa de Iván le pareció delicioso, así que resolvió explorar por sí misma lo que ofrecía Manhattan en cuanto a comida rusa. Pensó que si localizaba un buen sitio, invitaría a Mirra y a su padre.

Ella se distrajo un rato buscando en el teléfono la mejor opción; se sorprendió cuando encontró varios restaurantes especialistas en la gastronomía rusa. Solía salir con colegas y amistades a comer, y nunca se tropezaron en su camino un sitio de comida rusa; cosas de la vida. Dejándose llevar por las reseñas, decidió ordenar al restaurante mejor valorado un Golubtsi, porque le llamó la atención las hojas de col rellenas de carne y arroz; un Pirozhki, bollitos horneados o fritos con varios rellenos. Y, como postre, porque iba con todo con eso de degustar a placer lo ruso, Medovik, un pastel de capas con miel.

Amanda iba a dejar el teléfono a un lado después de hacer el pedido a *delivery*, cuando su teléfono comenzó a sonar. El número que apareció en la pantalla no lo tenía registrado como contacto; frunció el entrecejo, un tanto extrañada. Aun así, contestó la llamada.

—Aló.

—*Buenas tardes* —saludó una mujer de voz aguda—. *¿Hablo con la arquitecta Amanda Gehry?*

—Buenas tardes. Sí, soy yo.

—*Arquitecta, le hablamos de Merrill + Merril. Estamos concertando algunas entrevistas con profesionales que cumplen con el perfil de la firma* —explicó la mujer. Y mientras lo hacía, Amanda se levantaba del sofá, como si necesitara estar de pie para creer lo que estaba escuchando—. *Si está interesada, podemos agendarle una entrevista.*

Amanda miró a su alrededor, pero sin moverse del lugar, buscando alguna cámara escondida.

—Por supuesto —respondió tras unos segundos de silencio.

—*De acuerdo. Entonces la esperamos mañana, a las tres de la tarde.*

—Será un placer —dijo.

—*Le enviaremos la dirección a su correo electrónico.*

—Entendido.

—*Hasta luego.*

—Hasta luego —se despidió ella también, pero estuvo casi segura de que la mujer no alcanzó a escucharla.

Amanda volvió a sentarse en el sofá como en cámara lenta. No podía creer que, tras apenas unas pocas horas de haber enviado su currículum a varias firmas, ya tuviera una entrevista. Mientras más lo pensaba, más estupefacta se sentía. Vaya que eso era tener suerte.

Una lenta sonrisa se fue dibujando en su rostro. Ni siquiera había recibido su último pago de Harper Inc., y ya tenía la posibilidad de encontrar otro trabajo.

Todavía sin creerlo, agarró su teléfono para escribirle a Charlotte. Su colega iba a flipar.

**"¿Adivina quién tiene una entrevista de trabajo mañana?"**, escribió sin dejar de sonreír.

Charlotte entró en línea.

***"¡No te lo creo!"***

Amanda soltó una carcajada. Imaginándose a su amiga con las manos en las mejillas de pura sorpresa.

**"Pues créelo".**

***"Qué rápida eres".***

Ella le envió un emoji con un gesto presumido.

**"Ha sido un poco de suerte".**

Amanda intercambió algunos mensajes más con su colega, luego se despidieron. Ella pensó en llamar a Mirra para darle la noticia, pero, al final, prefirió decírselo en persona, en la noche, cuando fuera a visitarla a su apartamento, tal como habían acordado en su última llamada.

A primera hora de la mañana, Mirra le anunció que ya estaba por irse del dúplex de su padre, así que ya debía estar más que instalada en su apartamento. Amanda pensó entonces en lo que eso significaba. Las dos estarían a solas, con las ganas que se tenían como única compañía. El solo pensarlo provocó que su vientre se encendiera.

—Estaré tan jodida —reconoció para sí misma.

# 40

***"¿Una cita conmigo?"***

Mirra sonrió al leer el mensaje de Amanda. Hacía alrededor de quince minutos que le había escrito que quería una cita con ella; así de plano, así de directa. Esperó con impaciencia su respuesta, pues, aparte de saber que aceptaría su invitación, también que, de algún modo, bromearía. Le encantaba la manera como a veces jugueteaban. Ese era otro aspecto que le atraía de la arquitecta, lo divertida que era.

**"Sí, en mi apartamento. A las ocho".**

Escribió sin dejar de sonreír. Amanda continuaba en línea en la aplicación y en el chat, así que leyó el mensaje al instante.

***"Además, en tu propio territorio. Interesante".***

Ella rio.

**"¿Te pone nerviosa?".**

***"Nerviosa, precisamente, no".***

Mirra soltó una carcajada esta vez.

**"¿Entonces cómo te pongo?".**

***"Ya lo sabrás en la cena".***

Ella se mordió el labio inferior. Pudo imaginar a Amanda respondiendo eso con un tono sugerente y una mirada brillante. Una punzada de deseo la golpeó en su zona más íntima.

**"Comeré ansias hasta las ocho".**

Amanda le envió un emoji que soltaba lágrimas de tanto reír.

***"No comas ansias. Guarda algo de apetito para mí".***

—Amanda, no digas esas cosas que me matas —dijo Mirra, mordiéndose el labio inferior, sin apartar la vista de la pantalla.

**"Eres malvada".**

La arquitecta le envió otra vez el emoji riendo, luego uno que le guiñaba el ojo y le daba un beso. Unos segundos después, dejó de estar en línea.

Mirra suspiró hondo y dejó el teléfono a un lado, sobre la cama. Continuaba preocupada por lo que sucedió con el trabajo de Amanda. Por eso quería, de algún modo, distraerla; aunque la cita a

la que la invitó también tenía una segunda intención, aparte de esa. Ella quería disfrutar de su compañía, besarla, mirarla a los ojos, enamorarse más.

La ojinegra no era muy diestra en la cocina, sin embargo, se defendía; en especial, con algunos sencillos platos rusos que aprendió de su padre. Deseaba, de cierta manera, sorprender a Amanda. Que dejara de percibirla frágil, al menos un poco.

Con la invitación ya hecha, Mirra se puso manos a la obra. Antes de ir a su apartamento, ella y su padre pasaron por un supermercado para proveer sus despensas después de meses de ausencia; además, se aseguró de comprar todos los ingredientes para el plato que había planeado. Pollo Kiev. Un plato sencillo, pero que, bien presentado, era perfecto para una cena romántica, como la que tenía en mente con la mujer que le robó el corazón.

Mirra inició con lo más importante, la mantequilla de ajo; quería darle el sabor justo. Al igual que su padre, ella no medía ingredientes, solo se dejaba llevar por su instinto y cantidades al ojo. Mezcló la mantequilla con ajo picado y perejil, luego lo metió en el refrigerador. Lo siguiente fue hacerle los cortes a la pechuga de pollo, la condimentó un poco y preparó tres platos; uno con harina, otro con huevo y, el último, con pan rallado. A continuación, se dispuso a preparar los vegetales salteados con los que acompañaría el pollo.

Cuando la hora de la cita se acercaba, ya Mirra lo tenía todo listo; solo le faltaba empanizar el pollo y freírlo. Entonces fue su turno de alistarse; entró al baño y se dio una ducha. Para la ocasión, eligió un pantalón de lino, de color negro, que le quedaba lo bastante ajustado para moldear las formas de sus piernas. Lo combinó con una camisa sin mangas, azul marino oscuro. Y como adoraba los estilos audaces, se puso unos tirantes del mismo tono que la camisa. Unas zapatillas blancas, de estilo casual, complementaban su imagen. Se cubrió la cabeza con una pañoleta negra.

Para cuando el reloj marcó las ocho, ya el pollo había pasado por la sartén y ella terminaba de cocerlo en el horno. En el refrigerador tenía una botella de vino; el favorito de Amanda. ¿Cómo no tenerlo?

El corazón lo tenía acelerado desde hacía rato. Esa era su primera cita. ¡La primera!

El intercomunicador sonó y Mirra sintió que cada átomo de su ser tembló. Fue a la puerta y contestó el llamado.

—¿Sí?

—*Servicio de citas* —respondió Amanda.

Mirra rio.

—Adelante, por favor —dijo, y pulsó el botón que le daba acceso al edificio.

De pronto, la invadió la inseguridad. ¿A Amanda le gustaría su estilo? Se miró las zapatillas y se tocó los tirantes. Ya solo le quedaba tiempo de quitarse los tirantes; rápido se llevó las manos a la espalda para soltar las pinzas de atrás, pero las desgraciadas parecían haberse cosido al pantalón.

Ella todavía luchaba con la pinza de atrás cuando la arquitecta tocó a la puerta. Sorprendida, ni siquiera pensó, abandonó su misión y giró el pomo.

Amanda sonrió al verla, luego, su mirada la recorrió de arriba abajo y devuelta, con una lentitud que le erizó la piel. Una ceja rubia se arqueó, sin embargo, la torcida sonrisa que Mirra vio, le dijo que lo que la arquitecta veía, le gustaba. Y mucho.

—Buenas noches —Amanda por fin recordó sus buenos modales.

Pero ella también estaba arrebatadora con su cabello suelto, labios rojos y la silueta de su cintura apenas escondida debajo de la tela transparente de la amplia blusa que vestía.

Mirra tuvo que tragar saliva.

—Buenas noches. Por favor, adelante —la invitó con un hilo de voz. De pronto, sus intenciones de distraerla esa noche en su cita, se estaban convirtiendo en otra cosa.

Amanda le agradeció con un ligero asentimiento con la cabeza; dio un par de pasos dentro. Cuando Mirra creyó que seguiría adelante, ella se detuvo, cerró la puerta y, sin más, acunó su rostro y le dio un beso en los labios. Fue un contacto ligero, casi inocente, aun así, las dos se estremecieron.

—Así está mejor —declaró Amanda, contra sus labios.

Mirra sonrió.

—Sí, bastante mejor —apoyó la causa.

—Estaba loca por verte.

—Yo te he extrañado un mundo.

Amanda respiró hondo, perdiéndose en los ojos negros. Esos en los que se veía a sí misma y al amor que compartían. El corazón se le agitó y solo pudo suspirar, necesitando dejar salir lo que él quería expresar con sus fuertes latidos. Ella le tomó las manos y entrelazó sus dedos sin dejar de mirarla.

—Mirra, yo… —la pausa que hizo no fue por dudas; cuando se trataba de la ojinegra, no albergaba ni una. La pausa fue porque en realidad quería gritar lo que guardaba en su pecho— estoy tan enamorada de ti —declaró.

Mirra volvió a sonreír y, por tercera vez, increíblemente, su corazón se aceleró un poco más.

# 41

—Y yo de ti, créeme —susurró Mirra y la besó.

Volvieron a besarse de esa manera tierna que solo ellas sabían hacerlo. Se sonrieron tras romper el contacto. Mirra la dirigió hacia el sofá sin soltarle las manos. Se sentaron, una frente a la otra.

—Me gusta cómo te ves —dijo Amanda, tocándole la punta de la nariz—. Pareces más fuerte.

Mirra sonrió con mesura. Las mejillas se le tiñeron ligeramente de carmín.

—Gracias.

—Y… —la arquitecta olfateó el aire— huele delicioso.

La sonrisa de la mujer frente a ella no pudo ser más amplia.

—Hice la cena.

—Oh, la cita es completa.

Mirra rio.

—Por supuesto.

—Creí que solo sería un infinito intercambio de besos —dijo Amanda, encogiéndose de hombros con un aire inocente.

La ojinegra soltó una carcajada.

—Están incluidos, pero después de la cena —acotó.

—Perfecto. Las citas me gustan con muchos besos.

—Entonces fue una buena idea pedírtela, porque me gustan tus besos.

Las cejas de Amanda se alzaron, luego rio.

—Creo que me sonrojaré.

Mirra fue testigo de cómo el rubor le inundó el rostro y lo adoró. Amanda parecía tan segura de sí misma, que verla sonrojarse, en especial por algo que ella le dijo, le resultaba tan increíble como adorable.

—Un poco, sí. Pero me encanta —declaró mirándola a los ojos, luego se acercó y le dio un beso en los labios—. ¿Quieres vino? Te acompañaré con sidra. Papá me consiguió una buena marca con baja graduación de alcohol.

—En ese caso, lo aceptaré.

Mirra sonrió complacida.

—Dame un minuto —le pidió, luego se levantó y se dirigió a la cocina.

Amanda la siguió con la mirada, sin dejar de sonreír. Desde que llegó, no le pasó desapercibido la suave música de fondo. Era una mezcla de temas clásicos de pop romántico. Supo que en cualquier momento sonaría *Everlong*.

De pronto, la arquitecta se fijó en un detalle; en la barra de la cocina estaba preparada con lo que parecía ser una mesa, sin mesa, para dos. Se levantó sin apartar la vista de los platos, los cubiertos y el amplio vaso de cristal relleno con piedrecillas blancas; sobre estas, había una vela. Ese sencillo detalle, otorgaba una íntima atmósfera romántica.

Amanda permaneció unos instantes en silencio, contemplándolo todo. Después buscó la mirada de Mirra, que la observaba a la expectativa mordiéndose el labio inferior, con las copas en una mano y la botella de vino en la otra.

—Quise darle un toque romántico con la vela —dijo.

La arquitecta sonrió de lado antes de acercarse a ella. Mirra dejó las copas y la botella sobre la encimera, y sus manos libres se posaron en las caderas de Amanda cuando se pegó a su cuerpo.

—¿Además de la música de fondo?

La ojinegra sonrió antes de asentir. Amanda no pudo resistirse a besarla. Sus labios se encontraron en un beso húmedo, intenso, que agitó sus sangres en segundos. Sus lenguas se encontraron como si se necesitaran para existir, provocando que ambas gimieran por el más exquisito placer.

Amanda rodeó la cintura de Mirra, y las manos de esta volaron desde las caderas hasta su nuca, donde hundió los dedos en los sedosos cabellos. Entre sus cuerpos no cabía ni el aire, ese que se calentaba a su alrededor, agitándoles la respiración.

El calor las envolvió y sus bocas exigían perderse en él, en los deseos de los que hablaban sus labios, pero Mirra fue quien apaciguó esta vez el fuego que las atenazaba.

—La cena —jadeó contra la boca de Amanda—. La cena. No podemos olvidar la cena.

La otra mujer sonrió contra sus labios.

—¿La cita no va como la planeaste? —bromeó.

Mirra la golpeó en el hombro antes de separarse de ella.

—Me estás saboteando.

—Es divertido —dijo y le plantó un beso fugaz en la boca—. Deja que yo sirva —intentó hacerse con la botella para descolcharla, pero Mirra se lo impidió.

—Permíteme, por favor.

La arquitecta sonrió, dejándola ser la anfitriona. Mirra sacó una segunda botella del refrigerador; una más pequeña, luego buscó un sacacorchos. Todo bajo la atenta mirada de la otra mujer.

—No te pongo nerviosa, ¿cierto? —habló Amanda, al ver un ligero temblor en los dedos de Mirra cuando destapaba la botella de sidra.

—Un poco —admitió ella, mirándola.

La arquitecta sonrió, pero no dijo nada. Unos segundos después, Mirra vertió vino en una de las copas, y sidra en la otra. Ella buscó la mirada azul cuando agarró la copa de vino; acortó la distancia entre las dos y le ofreció la bebida.

—Gracias —susurró la arquitecta, perdida en los ojos negros.

La ojinegra alzó su copa.

—Por nuestra primera cita.

Los labios de Amanda se curvaron con una sonrisa tan *sexy*, que la vista de Mirra tuvo que descender a su boca, a pesar de que estaba fascinada con su mirada.

—Por nuestra primera cita —repitió la arquitecta—. La primera de muchas.

Mirra buscó sus ojos otra vez. El brillo que encontró en ellos le habló de mil anhelos conjugados en uno solo.

Con sus miradas enlazadas, bebieron de sus copas. Ninguna de las dos prestó atención al sabor, a la acidez, a nada; porque eran sus corazones agitados lo que llenaban su universo en ese instante. El universo único y exclusivo de Mirra y Amanda.

La arquitecta reconoció en la música de fondo las primeras notas de *Nothing else matters*; con la misma lentitud de esas primeras notas, volvió a rodear la cintura de Mirra, estrechándola contra su cuerpo con una suavidad seductora. Y así, a ese lento ritmo, bailaron,

meciéndose con los acordes de las guitarras y la percusión de la batería.

Mirra la rodeó por los hombros, cuidando no derramar su copa. Los labios de Amanda rozaron su cien con delicadeza.

—Esto me encanta —declaró la arquitecta.

—A mí también —susurró Mirra. La canción se acercaba a su final cuando ella volvió a hablar—. ¿Amanda?

—¿Sí?

—Quédate esta noche —pidió. La rubia se separó lo suficiente para mirarla—. Y no solo para dormir.

La arquitecta alzó las cejas, aunque no pareció sorprendida.

—¿Te confieso algo?

—Sí —Mirra la miró, a la expectativa.

—Quería quedarme —dijo—. Y no solo para dormir.

# 42

Después de cenar, las dos terminaron tendidas en el sofá; Amanda apoyando la cabeza del reposabrazos, con su tercera copa de vino en la mano derecha, mientras que con el brazo izquierdo rodeaba por el abdomen a Mirra, que yacía encima de ella, con la cabeza recostada a la altura de su hombro.

Llevaban un buen rato conversando de todo y nada a la vez; como tantas veces lo hicieron desde que se conocieron. Hasta que el silencio las rodeó por unos instantes. Un silencio cómodo, necesario para disfrutarse, para saber que estaba la una con la otra, incluso, sin palabras.

—Esto no puede ser más perfecto —susurró Amanda al oído de Mirra.

Esta giró un tanto la cabeza y le rozó la barbilla con la nariz; aspiró el aroma de su piel. Un aroma que la embriagaba; se le colaba en la sangre, haciéndola bullir.

—Ni más sensual.

La arquitecta rio, hundiendo la nariz entre sus cabellos.

—No puedes dejar de ser tan directa, ¿eh?

—¿Qué dije? Para mí es supersensual estar así contigo. Sentir tus senos en mi espalda, tu calor. ¿Para ti no lo es?

Amanda alcanzó a dejar la copa en el piso y la rodeó con los dos brazos.

—Para mí es sensual el solo verte —le dijo al oído otra vez.

Mirra se estremeció con la calidez de su aliento. Ella ladeó más la cabeza y Amanda la bajó. Sus bocas se encontraron en un beso suave, en el que sus labios se amoldaron a la perfección, como siempre lo hacían.

La arquitecta aspiró profundo, como si en los labios de la otra mujer hubiese hallado esa molécula de oxígeno que buscó toda su vida para continuar respirando. Mirra levantó una mano y la deslizó por su mandíbula, siguió por su mejilla hasta que alcanzó su nuca, donde hundió los dedos como si intentara aferrarse a un salvavidas.

Mirra saboreó en la lengua de Amanda el dulzor del vino y fue como si se hubiese embriagado con ella. A medida que transcurrían los segundos, el beso fue agitando sus respiraciones, porque en él rebosaba el amor, la pasión, el deseo.

Fue Amanda quien abandonó los labios de Mirra, pero apenas se separó lo necesario para hablar.

—Ya es hora de dormir, ¿no? —preguntó con la voz ronca y el ardor de la avidez brillando en sus ojos.

Mirra sonrió contra su boca.

—¿De veras quieres dormir?

Amanda asintió con énfasis.

—Mju.

Mirra rio más.

—De acuerdo —concedió—. Vamos —dijo mientras se movía para levantarse con el debido cuidado, consciente de las limitaciones de sus fuerzas.

La arquitecta tragó saliva cuando ella le tendió la mano. Sus miradas se encontraron y, sin dudar, la aceptó. La ojinegra sonrió cuando advirtió el ligero temblor en sus dedos. Entonces se acercó y la rodeó con los brazos por el cuello.

—No traje pijama —comentó Amanda con un hilo de voz.

Mirra sonrió.

—Te prestaré todas las que quieras —dijo pegada a sus labios, con la mirada clavada en la suya.

Ahora fue Amanda la que rio. La ojinegra le encantaba; le fascinaba esa manera sencilla con que bromeaban, con que se seducían, con que se mostraban las ganas que se tenían. Sin máscaras. Sin reservas.

La rubia simplemente la besó. Esta vez sus bocas sabían que el camino que recorrerían a partir de ese instante las conduciría a las nubes, al cielo, a la más alta cima que puede alcanzar la piel cuando no solo es presa del deseo, también del amor.

Fue Mirra quien las guio casi a ciegas hacia la habitación. Con pasos lentos porque las ansias, las incertidumbres habían quedado atrás. Se movieron como si hubiesen practicado toda su vida para avanzar mientras sus bocas eran las que controlaban cada uno de sus pasos.

A tientas, Mirra atinó a poner la mano en el pomo y abrió la puerta de la habitación mientras Amanda la levantaba unos centímetros del suelo; los suficientes para girar con ella en sus brazos y adentrarse por completo en el lugar donde ansiaban darle rienda suelta al deseo que las colmaba.

Amanda estaba perdida en la boca de Mirra, en la manera como su lengua se enredaba con la suya, pero no por eso dejaba de estar atenta a cada una de sus reacciones porque su organismo todavía padecía los efectos de las quimioterapias. Sin embargo, las sensaciones de su cuerpo, esa ansia que la atenazaba, la punzada en el centro de su ser, guiaban sus manos, sus besos.

Sus labios apenas se habían separado desde que se encaminaron hacia la habitación. Las respiraciones de ambas estaban agitadas; el calor las envolvía, haciendo pesada cada bocanada de aire que buscaban.

—Dios, Mirra —jadeó Amanda, abandonando con pesar su boca.

La ojinegra hundió los dedos entre sus cabellos cuando sus labios descendieron por el centro de su cuello, besando, dejando ardor a su paso por su piel. El cuerpo entre sus brazos se arqueó contra ella cuando fue su lengua quien tomó el mando y lamió la base de su cuello.

El calor que brotaba de sus pieles provocó que la ropa les empezara a estorbar; en especial, después, que las manos de Amanda bajaron los tirantes y se escurrieran por debajo de la tela de la camisa que Mirra vestía. Sus dedos recorrieron su columna, ascendiendo como los más expertos escaladores, para luego caer en picada hasta sus caderas, arrastrando, a su paso, gemidos y estremecimientos que avivaban las llamas del deseo.

Mirra sentía que moría con cada caricia. El calor que le provocaban las manos de Amanda la derretían de una manera inédita para ella, por eso las vivía como si estuviera tocando los colores del arcoíris; como si volara por encima de las nubes. Como si fuera parte del universo.

—Necesito tocarte más —declaró mientras volvía a arquearse contra el cuerpo de la arquitecta.

Amanda ascendió por su cuello hasta llegar a su boca otra vez; le rozó los labios y buscó su mirada. No fueron necesarias más palabras. Mirra se hizo con el borde del suéter que ella vestía y lo deslizó hacia arriba. La mujer alzó los brazos y, tan solo dos segundos después, la prenda cayó a sus pies.

Mirra se perdió en la vista del pecho de Amanda subiendo y bajando, agitado. Ella se perdió en esa vista y la Tierra continuaba girando, pero su mundo, su universo, estaba detenido en ese momento. En ese instante con el que tanto soñó.

# 43

Amanda se quitó los zapatos deportivos junto a la cama; unos segundos antes, había dejado tendida a Mirra sobre la cama desde donde ella la miraba con los ojos irradiando deseo. Sus cuerpos se ansiaban, estaba a la vista; y sus pieles necesitaban caricias, besos, que las hicieran temblar.

La arquitecta se desabrochó el pantalón y bajó el cierre, dejando a la vista la tela negra de su ropa interior. Los ojos de Mirra volaron a su vientre plano, posándose en ese trozo de tela que cubría esa parte de su cuerpo que anhelaba conocer.

Amanda sonrió de lado, antes de apoyar una rodilla en el borde de la cama, entre las piernas de Mirra, que las levantó y la rodeó por las caderas, acercándola. Ella la sujetó por las pantorrillas, apretando su carne que sintió caliente, incluso, por encima de la tela del pantalón.

—Te noto inquieta —dijo Amanda con un tono algo burlón, pero ronco.

La ojinegra se mordió el labio inferior cuando sintió sus manos recorrer sus muslos en un ascenso lento, pero calculado, que pronto alcanzó sus caderas. Entonces ella estrechó las piernas a su alrededor, obligándola a acercarse más.

—Alguien me inquieta —declaró, siguiéndole el juego.

Amanda sonrió justo antes de empujar la pelvis contra su entrepierna. Mirra arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás cuando la presión en su sexo lanzó una descarga de placer por su columna vertebral hasta explotar en su garganta, donde ahogó un gemido.

Amanda sintió el calor de su cuerpo intensificarse y anheló quemarse en él, en ella, en el amor. Su mano derecha tembló cuando se posó en el vientre de Mirra y subió por el centro de su cuerpo hasta alcanzar la base de su cuello; con el pulgar acarició su garganta, luego subió hasta su boca, que trazó justo antes de tenderse sobre ella por completo y unir sus bocas otra vez.

Mirra apretó las piernas a su alrededor cuando le entregó su boca con deseo, con una pasión controlada que amenazaba por momentos con desbordarse. Amanda otra vez empujó su pelvis y sus sexos palpitaron. Esta vez los gemidos se ahogaron en sus gargantas, mientras sus bocas se entregaban al placer de consumir sus alientos.

Las manos de Mirra se deslizaron por debajo de la tela del pantalón y de la ropa interior de Amanda; cubrió sus glúteos y los apretó como tantas veces lo anheló, empujándola otra vez contra ella. Sus cuerpos comenzaron una ligera danza que seguía la cadencia de sus labios unidos y sus lenguas enredadas. Era calor que emanaba de sus bocas, el sabor a alcohol de sus salivas, el dulzor que le otorga el amor a los besos; eran ellas dos entregadas a la magia que las unió, al destino que trazó ese encuentro, ese momento. Y todos los que vendrían.

La ojinegra se movió hacia abajo, escapando de su boca; logró bajarle el pantalón y el panti. Amanda captó su urgencia, así que se apartó y esta la liberó de sus piernas. De nuevo frente a ella, se despojó del *brassier* sin apartar los ojos de los de Mirra, que al instante devoraron sus senos pequeños, redondos y tersos. La vio pasarse la lengua por los labios mientras ella se quitaba el pantalón, arrastrando también su ropa interior.

El jadeo de sus respiraciones hablaba por las dos. Con manos temblorosas, Mirra se desabrochó también el pantalón; fue Amanda quien se lo quitó y, aunque deseaba tenerla por completo desnuda ante sí, en lugar de deshacerse de la última prenda que la liberaría, se inclinó y besó el triángulo entre sus piernas por encima de la tela.

Mirra perdió las fuerzas, toda coordinación coherente. Ella se derretía con cada beso, con cada mordida que sentía en la carne de su sexo. Se retorció de puro placer, sintiéndose desfallecer, a pesar de que Amanda aún no tocaba con su boca directamente su piel. Un río de humedad bañó sus pliegues y se sintió a un paso del clímax. Cerró los ojos con fuerza, mientras se retorcía bajo la boca de su amante.

—Amanda —jadeó con la voz en extremo ronca, pero elevando la pelvis, en busca de eso que ansiaba—. Amanda, por Dios.

La arquitecta sintió el tirón entre sus cabellos cuando la ojinegra cerró la mano por puro instinto y sonrió. El olor de mujer de Mirra la estaba volviendo loca, así como las ganas de saborearla, de sumergirse en sus secretos y bañarse en su calor. Pero ella solo se dejaba llevar por ese deseo acumulado desde que, lo que creyó que sería pura amistad, se transformó en una intensa atracción. Así que abandonó con resistencia ese lugar que le prometía el más divino gozo. Ascendió, besando su abdomen, y desabotonando con destreza la camisa que le cubría la piel.

En cuanto la prenda fue dejada a un lado, Amanda deslizó una mano por debajo de ella hasta alcanzar el broche del *brassier*. Mirra le envolvió el rostro y besó sus labios con delicadeza.

—¿Estás bien? —susurró Amanda pegada a su boca.

Ella asintió.

—Mejor que nunca —respondió con un hilo de voz porque jadeaba en busca de aire.

Amanda sonrió al ver sus mejillas sonrojadas y sus labios entreabiertos e hinchados. Deseó poder contemplarla así para siempre; detener el tiempo y respirar solo su aliento y vivir del calor de su piel. La besó en los labios mientras deslizaba los tiros del *brassier* por sus hombros; Mirra la ayudó a sacar por completo la prenda.

La rubia se tomó el tiempo para contemplarla; su piel blanca, sus senos redondos coronados con unas aréolas oscuras y pezones pequeños, que en ese momento parecían duros como piedras. Descendió y acarició uno de los pezones con la punta de la lengua. Debajo de ella, Mirra se arqueó; así que repitió la acción, solo que esta vez pasó la lengua por completo, disfrutando de la textura de la piel fruncida.

Amanda sintió las manos de Mirra en sus hombros; ella las apresó por las muñecas y se las elevó por encima de la cabeza tan solo un segundo antes de que su boca cubriera la oscura aréola y succionara el pezón con medida delicadeza.

Mirra se retorció de puro placer. Su cuerpo lo sentía sensible como nunca antes; su corazón bombeaba en su pecho con furia. Llegó a sentirse mareada, pero sabía que era la rubia quien lo provocaba. Su

entrepierna le quemaba y por momentos parecía a punto de palpitar. Era la más deliciosa tortura que había experimentado jamás. Y el calor; el calor que las envolvía la empujaba a querer ahogarse en Amanda, en su boca, en su lengua que le hacía cosas maravillosas, en su piel húmeda. En toda ella.

# 44

Para Amanda fue más que placentero besar, lamer, succionar, los senos de Mirra; pero su mayor satisfacción fue sentirla debajo de sí, retorciéndose, gimiendo, buscando liberarse de su agarre. Se movió sobre ella, friccionando sus pieles. Solo una última prenda se interponía entre sus sexos y, de pronto, tuvo la urgente necesidad de hacer desaparecer esa frágil barrera.

Amanda abandonó el seno que atendía, se desplazó hacia el centro de su pecho y ahí posó los labios antes de trazar pequeños círculos con la lengua mientras buscaba el contacto con sus ojos. Ella sonrió al ver a Mirra levantar la cabeza. Por fin le soltó las manos, entonces las suyas se deslizaron por los costados de su cuerpo con una única misión.

La ojinegra tragó saliva cuando sintió los dedos de la arquitecta colarse por el borde de su panti y luego empezar a bajarlo. Le sostuvo la mirada mientras ella se deslizaba por su cuerpo hacia abajo; unos instantes después, la liberó por completo de la prenda íntima.

Amanda rompió el contacto visual solo para contemplar la desnudez de Mirra. Sus ojos la exploraron con parsimonia, disfrutando de la vista; cuando volvió a tenderse sobre ella, buscó su boca.

—Hermosa —susurró, rozándole los labios mientras le separaba las piernas y se acomodaba entre ellas.

Mirra le acunó el rostro antes de besarla. Sus gemidos se confundieron y sus corazones galoparon con la misma fuerza.

Amanda trazó con dedos temblorosos ese triángulo que la atraía como la luz a una luciérnaga. Sintió el calor que brotaba de allí y se estremeció. La ojinegra abandonó su boca porque necesitó aire, entonces sus miradas se enlazaron en medio de la intimidad que las envolvía.

Amanda deslizó dos dedos entre sus pliegues; los encontró desbordados de humedad. Se tensó, apretó los dientes y murmuró algo que Mirra no entendió, justo antes de hundir el rostro en el

hueco de su cuello. Las dos gimieron de placer; las dos se estremecieron.

Mirra elevó la pelvis, yendo al encuentro de los dedos que la exploraban, aceptándolos. Uno de ellos se movió, buscando su clítoris; cuando lo encontró, su cuerpo se tensó y ella hundió las uñas en la piel de los hombros de Amanda. Se aferró a ella como a un salvavidas. La tormenta que la azotaba era celestial y, aunque no quería escapar, necesitaba asirse a algo porque sintió que acabaría flotando en algún lugar lejano, más allá de las nubes.

Los dedos de Amanda se movieron con una delicada destreza entre sus pliegues, jugueteando un poco con su clítoris antes de bordear su hendidura una y otra vez.

—Amanda —jadeó contra su oreja—. ¡Dios!, Amanda, me torturas.

La arquitecta buscó su boca otra vez; lamió sus labios entreabiertos mientras trazaba círculos lentos en la entrada de su vientre. Con cada giro, sus dedos se adentraban un tanto más en su hendidura hasta que la penetró por completo y presionó.

Mirra elevó la pelvis, recibiéndola en su vientre, entregándose a Amanda por entero. La abrazó y con los ojos cerrados, también le entregó su boca. Su pesada respiración le quemó cuando sus labios se unieron, y tembló. La entrega no era solo de ella, era de las dos.

Amanda comenzó entrar y salir de su vientre, con movimientos lentos, pero firmes, impulsada por la lenta danza a la que se amoldaron sus cuerpos. La fricción empujaba su mano cada vez, alcanzado la profundidad del vientre de Mirra, que jadeaba pesadamente contra su boca. El fuego las abrasaba, amenazaba con devorarlas; podían sentir su calor en la humedad de sus pieles. Eran una vibrante masa de carne y sudor, buscando la cumbre del placer.

La ojinegra gimió fuerte; en su vientre podía sentir los dedos de Amanda entrando, saliendo, escudriñando, como si quisieran arrancarle hasta el último vestigio de gozo. No podía pensar, solo entregarse al fuego, al ardor de su piel. Un nuevo beso de Amanda le arrancó otro gemido. La sensibilidad de su vientre se intensificaba a cada segundo, provocando su delirio. Se aferró con fuerza a su espalda cuando la abrazó con las piernas.

Mirra echó la cabeza hacia atrás y arqueó la espalda cuando la explosión en su vientre la lanzó con intensas oleadas de placer a la cima del clímax. Ella no sabía qué sucedía; sentía que flotaba como si fuera una pluma mecida por el viento, luego que caía a la más alta velocidad. Era todo eso y nada a la vez. Era cada poro de su piel explotando con cada palpitar de su vientre.

Amanda gimió sobre ella al sentir las pulsaciones que le aprisionaron los dedos y la calidez de más humedad desbordándose, bañándola. El ardor en su sexo era delirante y solo deseó extinguirlo de la única manera posible, pero cuando el cuerpo entre sus brazos quedó inerte, agitado, su anhelo quedó en un segundo plano.

Agitada, Mirra entreabrió los ojos; en ese momento, su ser entero era una masa amorfa. No estaba segura de poder moverse, aunque su pecho subía y bajada, agitado todavía por el terremoto que acababa de azotarla.

—Estoy bien —susurró, volviendo a cerrar los ojos.

Ella sintió los labios de Amanda rozar los suyos y sonrió.

—¿Estás segura?

Mirra asintió y asomó una media sonrisa.

—Sí —respondió. Podía sentir el calor brotar de la piel de Amanda. Cuando volvió a mirarla, le acunó el rostro y la besó—. Deja que me ocupe de ti.

La arquitecta jadeó. Se movió lo justo para tomarle su mano hábil y colocarla donde la necesitaba; a la altura de su muslo.

Amanda se acomodó sobre su mano y Mirra irguió los dedos; con un suave movimiento, se deslizaron en su hendidura. Y la danza se reinició. Una danza que unía dos cuerpos, extendiéndolos más allá de lo físico. Más allá de la realidad.

Esta vez fue Amanda quien se aferró a los hombros de Mirra; su cuerpo necesitaba su liberación con urgencia. Su corazón era un ferrocarril sin frenos y su respiración eran pesados jadeos que llenaban la habitación. El fuego creció voraz, desbordándolo todo.

Amanda apretó los dientes y gruñó cuando el orgasmo estremeció su vientre; apretó entre sus muslos la mano que la poseía y el placer la absorbió, lanzándola al infinito. Un segundo antes de caer rendida

sobre Mirra, sus ojos se encontraron y las dos supieron que ya nada podría separarlas.

# 45

En medio de la agitación, Amanda juntó sus frentes; tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos porque precisaba aire, mucho aire. Se quedó así, muy cerquita, simplemente porque lo necesitaba. Se quedó así, y para Mirra no hubo una imagen más hermosa, ni más poderosa que esa.

Ver a Amanda jadeante, todavía con los vestigios del placer en su gesto y la piel sonrojada, húmeda, fue para ella una oda a la pasión que acababan de compartir. Invadida por una gigantesca ola de ternura, le acunó el rostro y besó su frente.

—Creo que es mi turno de preguntar si estás bien —dijo, medio sonriendo contra la piel de su frente.

La rubia sonrió, pero no se movió ni abrió los ojos; todavía su respiración estaba bastante agitada.

—Dame un par de minutos más.

Mirra rio.

—¿Estuvo fuerte el asunto?

El color azul apareció en el horizonte de la ojinegra; el corazón se le agitó y dio un vuelco en el pecho. Sintió que ese azul le pertenecía, como ella a él.

Amanda pegó los labios a los suyos.

—Estuvo alucinante —declaró, luego convirtió la unión de sus labios en un beso en el que las lenguas apenas se rozaron, pero, aun así, un estremecimiento las recorrió por completo.

—Sí, entra en esa categoría —concordó Mirra.

Amanda rio, la besó y, finalmente, se movió. Giró, llevándola con ella hasta que quedaron de lado, mirándose de frente; ambas con las cabezas apoyadas debajo de un brazo. La ojinegra dibujó el contorno de su boca con delicadeza, manteniendo la vista fija en lo que hacía su dedo.

El silencio las rodeó durante unos instantes. Amanda cerró los ojos, disfrutando de las caricias de Mirra, y esta se sentía más que fascinada por estar así con ella y abrigar su calor.

La arquitecta abrió los ojos y soltó un profundo suspiro que habló de deleite del más genuino. Cuando se movió, lo hizo para acercarse a ella, entrelazó sus piernas y le pasó el brazo libre por la cintura; sus dedos empezaron a dibujar círculos por su columna, subiendo y bajando.

—Así está mejor —dijo.

—No puedo negarte eso.

—¿Cómo están tus fuerzas?

—No te diré que habrá un segundo *round* en una hora —señaló y Amanda sonrió—, pero me siento bien. Y ya deja de preocuparte. Ya ves que no me rompí ni nada por el estilo.

La arquitecta rodó los ojos.

—Sé que no te romperás —aclaró con una sonrisa que asomaba algo de picardía—, pero sí que tu cuerpo todavía sufre los efectos de la quimio. No lo olvido y por eso intento cuidarte.

—No lo intentas, lo haces —declaró con la mirada brillando—. Y muy bien, por cierto —le dio un beso para enfatizar sus palabras—. Además, ya sabes que las grullas hicieron su magia.

Al escuchar la referencia sobre las grullas, Amanda no pudo evitar sonreír.

—Tus grullas y las mías —dijo.

Mirra frunció el entrecejo con un gesto de extrañeza.

—¿Tus grullas?

La rubia asintió sin dejar de sonreír. Había llegado el momento. El corazón se le aceleró y albergó algo de nervios en su interior.

—Hay algo que tengo que decirte —confesó.

—¿Qué?

La arquitecta lo pensó durante unos segundos.

—Mejor te lo mostraré —dijo, y salió de la cama como un halo fantasmal.

Mirra vio su trasero desaparecer por la puerta de la habitación. "Tus grullas y las mías". ¿De qué hablaba Amanda? No tenía ni la más remota idea.

Cuando la otra mujer apareció, ella la esperaba sentada en la cama, con la espalda apoyada de la cabecera. Amanda se acomodó a su lado, luego se puso a buscar algo en su teléfono.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó la ojinegra, con la curiosidad carcomiéndole cada poro de su ser.

—Dame… un… minuto… —pidió ella, sin detener su búsqueda—. Aquí está —anunció unos segundos después. Entonces le tendió el teléfono con una sonrisa que parecía capaz de iluminar la ciudad entera—. También creí en las grullas.

Mirra agarró el teléfono, luego la miró a los ojos. Con un leve gesto, la arquitecta la invitó a pulsar la flecha en medio de la pantalla para que el video se reprodujera.

—¿Qué…? —no pudo continuar. Solo había una manera de saber, de entender, qué era de lo que Amanda hablaba, así que pulsó *play* en la pantalla.

***

Charlotte enfocó primero el puente, luego a Amanda, que tenía un bolso de tela en las manos.

—¿Estás grabándolo? —le preguntó al situarse en el lugar donde la malla metálica del puente de Manhattan tenía un hoyo. El mismo lugar desde donde Mirra lanzó sus grullas.

—Sí —respondió la morena—. ¿Puedes confiar un poco en mí? Sé manejar una cámara.

—Parece que no estás enfocando.

—Estás en medio de la imagen —le aseguró.

A Amanda no le quedó más que confiar en que Charlotte estuviera haciendo una buena toma. De lo contario, le costaría muchos días volver a armar mil grullas y no quería retrasar más lo que estaba a punto de hacer.

—Bien. Ya lo haré —anunció.

Charlotte asintió. El viento las rodeaba mientras, por debajo el puente, pasaba un ferry. Amanda vestía un suéter de mangas largas y usaba, además de una bufanda, un gorro tejido de color azul. Ella miró a su colega una vez más, en seguida bajó la vista al bolso entre sus manos; respiró hondo. La fe que tenía puesta en ese ritual, en las grullas, en el mito, aceleraba su corazón a mil.

Ella alzó el bolso hasta meterlo por el hoyo de la malla; cada movimiento lo realizaba con lentitud, como si temiera cometer un error. Sin percatarse, apretó la tela del bolso, luego cerró los ojos. Tomó aire y susurró las palabras que había ensayado para ese momento.

—Que estas grullas traigan luz a los días oscuros de Mirra. Que cada una de ellas restaure su salud y le otorgue su completa recuperación. *Senbazuru*.

Amanda abrió el bolso y las grullas comenzaron a caer, llenando la tarde de color.

***

Las mejillas de Mirra estaban humedecidas. Cuando reconoció el puente de Manhattan, y luego vio a Amanda en el mismo lugar en el que estuvo ellas días atrás, lo entendió.

Lo entendió y, como si su corazón fuera la fuente de un manantial, brotó de él más amor del que ya albergaba por Amanda.

—¡Dios Santo! —susurró, todavía mirando la pantalla.

La arquitecta se movió hasta sentarse frente a ella, le quitó el teléfono de las manos, lo hizo a un lado y luego atajó una lágrima que estaba a punto de escapársele.

—Supuse que si mil grullas hacen milagros… Si conceden un milagro —enfatizó—, dos mil, debían hacer dos, ¿no?

Por segunda vez, Mirra frunció el entrecejo.

—¿Dos?

La arquitecta sonrió, asintiendo.

—Sí —respondió—. El primero, sanarte. Y el segundo —le dibujó una ceja con delicadeza—, concederme la dicha de que me amaras. Porque yo te amo —declaró—. Y no quiero amar sola.

Mirra no pudo evitarlo. Las lágrimas se le escaparon como si fueran un torrente desbordado. Rio sin ser capaz de dejar de mirar a Amanda. Se abrazó a ella por puro impulso y necesidad. Y fue correspondida con una ternura que a ella le pareció infinita.

—No amas sola —le dijo con la cara hundida en su cuello—. No amas sola —levantó la cabeza y buscó el azul de sus ojos. Ese azul

que adoraba y en el que gustaba perderse—. Yo también te amo —declaró.

Amanda ya lo sabía, aun así, su corazón dio unos cuantos saltos mortales en su pecho porque, en ese momento, rebosaba de amor y felicidad.

El mismo amor, la misma felicidad, que reflejaban los ojos de la mujer entre sus brazos.

Ninguna de las dos podía verlas, pero, por pura magia… la magia del amor, dos mil grullas de papel volaban a su alrededor.

*Senbazuru.*

Los milagros habían sido concedidos.

# 46

Mirra se hallaba en el mundo de Morfeo; sin embargo, aun en sus sueños, sintió el suave roce en la zona de las cejas. Un roce que adoraba y al que se había acostumbrado.

Entreabrió los ojos, todavía sintiéndolos pesados. Se encontró con la mirada azul de Amanda, que le sonrió al verla despertar.

—Buenos días —susurró, acariciándola otra vez en la ceja, donde aún no brotaban los vellos.

El reloj casi marcaba las nueve y ellas seguían en la cama. Amanda llevaba casi una hora despierta; como siempre le costaba levantarse, al estar sin trabajo y al lado de Mirra, ni de lejos se atrevió a moverse. Solo se dedicó a contemplarla a placer, grabando en sus retinas cada curva del rostro de la mujer que amaba.

La ojinegra sonrió y volvió a cerrar los ojos, perdiéndose en la tierna caricia.

—Buenos días —respondió con voz ronca y pesada. Volvió a abrir los ojos—. ¿Qué haces?

—Te miro dormir.

—¿Toda hinchada y con los ojos sucios?

Amanda rio.

—Toda hermosa —la otra mujer gruñó una protesta por su declaración y ella no pudo más que ampliar su sonrisa—. Pensé que tus cabellos tardarían menos en salir —comentó.

Los ojos de Mirra se abrieron como platos. Al instante, se tocó la cabeza; no tenía la pañoleta. En algún momento de la noche la había perdido.

—*¡Chort!* —gruñó, un segundo antes de cubrirse con la sábana por completo.

—¿Se te salió la vena rusa? —preguntó Amanda, entre risas.

Mientras tanto, Mirra tanteaba a ciegas en la cama, buscando la pañoleta.

—Sí, a veces se asoma —respondió.

—Mirra, ya déjalo —le pidió, intentando descubrirle la cabeza otra vez—. Llevo una hora mirándote sin la pañoleta.

—No quiero que me veas así.

—¡Por Dios! Ya te vi y sigo enamorada de ti.

La ojinegra detuvo su búsqueda, pero no se destapó la cabeza.

—¿Por qué eres así? —se quejó.

Amanda frunció el entrecejo.

—¿Así cómo?

—Dulce. Me viste calva y sigues enamorada de mí. ¿Tienes idea de cuánto acabas de derretirme?

La arquitecta no dijo nada, pero no dejó de sonreír. Finalmente, ella tanteó en busca también de la pañoleta sobre la cama; al dar con ella, se la pasó por debajo de las sábanas.

En cuanto Mirra se la puso, se destapó la cabeza.

—¿Tienes idea de cuánto me derrites? —insistió—. No lo sabes, ¿verdad?

Amanda alzó las cejas.

—Estoy casi segura de que lo mismo que tú a mí, con pañoleta y sin ella —respondió.

Mirra la miró, pasmada. Al parecer, la mujer que tenía enfrente, desnuda, con el cabello revuelto y la sonrisa más hermosa que le había visto hasta ese momento, parecía no entender que lo que le decía provocaba que su corazón diera saltos mortales en su pecho. Ella hundió los hombros y soltó un suspiro.

—Imagino que sí —se rindió.

La arquitecta rio antes de lanzarse hacia ella y besarla.

***

Amanda se había vestido y se hallaba en la cocina, mirando el refrigerador, considerando sus opciones para el desayuno. Antes, vio dos barras de pan en la encimera; puso los ojos en el queso, el jamón y la tocineta.

—Perfecto.

Sacó los embutidos y lo dejó todo sobre la encimera. Mientras cortaba el pan, pensaba en la entrevista que tenía programada para ese día. Quería pasar algo de tiempo con Mirra antes de regresar a su apartamento para alistarse.

Cuando Mirra salió de la habitación, tanto el café como el té, estaban listos; y los improvisados sándwiches, servidos.

—Gracias —susurró Mirra cuando recibió el té en sus manos.

La arquitecta le dio un beso en los labios.

—De nada.

Se sentaron en la barra a comer.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Mirra, mientras le untaba algo de margarina al pan.

—Solo un poco —reconoció la rubia, justo antes de darle el primer mordisco a su sándwich.

—Estoy segura de que lo harás bien. Y si no te contratan, son unos idiotas.

Amanda sonrió.

—Gracias, mi amor —le lanzó un beso en el aire—. Lo que me duele es que ya no trabajaré con Charlotte. La voy a extrañar.

—Tal vez ella pueda renunciar a la firma. Después de lo que te hicieron, yo no querría trabajar allí.

—No me hicieron nada, Mir. Fui muy irresponsable al irme como lo hice. Harper tuvo razón en despedirme.

—Pero no te escuchó —alegó Mirra.

—Ya nada puede hacerse, mi amor.

La ojinegra torció los labios.

—Tenemos que celebrar si te contratan —dijo.

La arquitecta sonrió.

—Lo haremos —aseguró, guiñándole un ojo.

Después de desayunar, Amanda se encargó de lavar los platos y dejar todo en su lugar.

—Yo podía hacerlo —afirmó Mirra, cruzada de brazos—. Ya estoy más fuerte.

—Lo sé, pero quería hacerlo yo —Amanda la tomó de la mano y le dirigió hacia el sofá. Tomó asiento e hizo que ella se acomodara en su regazo; la abrazó con una infinita ternura y la besó en la sien—. Te amo —susurró.

La ojinegra hundió la cara en su cuello y la besó debajo de la oreja.

—Yo también te amo. Inmensamente —declaró, perdida en el aroma de su piel.

—¿Te confieso algo?

Mirra levantó la cabeza para mirarla.

—Sí.

—Quiero quedarme así, contigo —dijo, mirándola—. No me importa perderme esa entrevista.

—A mí me encantaría que no te fueras, pero tienes que ir. ¿De acuerdo?

La arquitecta sonrió.

—Sí, mi amor.

—Ya hablaremos de tu mudanza después de que te contraten. Necesito que te centres en esa entrevista.

Amanda se quedó con la boca abierta.

—¿Mi mudanza? —preguntó, asomando una sonrisa cargada de incredulidad y sorpresa a partes iguales.

Mirra asintió con determinación.

—Sí. Mi apartamento es más grande —afirmó de plano.

—¡Oye! —se quejó la rubia.

—Es cierto.

Amanda alzó las manos.

—Pausa —pidió—. Aclaremos esto. Hacemos el amor una vez, ¿y ya debo mudarme contigo? —la pregunta la acompañó una ceja arqueada.

Mirra asintió con una seguridad única.

—Está en algunos de los estatutos que rigen la ley de las lesbianas —señaló.

La arquitecta entornó los ojos.

—Te lo estás inventando.

Su mujer sonrió.

—Sí, pero te quiero conmigo. Con estatutos o sin ellos.

Amanda guardó silencio y se quedó mirándola, con una mezcla de sorpresa y ternura. Suspiró hondo, antes de volver a encontrar su voz.

—¿Ahora quién derritió a quién? —le preguntó.

# 47

Amanda se ajustó la chaqueta del traje ejecutivo que vestía. En su apartamento, mientras se arreglaba, le costó un poco elegir qué usar para causar una buena impresión. Al final se decidió por el traje de chaqueta y pantalón de color azul marino; combinado con una camisa gris. Nada mejor para proyectar confianza y una imagen profesional.

En cuanto se anunció en la recepción de la firma de arquitectos, Merril + Merril, apenas le dio tiempo a pensar en sus nervios. Cuando quiso darse cuenta, ya se encontraba sentada frente al gerente de Recursos Humanos. Tras las correspondientes presentaciones, el hombre fue tan directo al grano, que Amanda casi se cae de la silla donde estaba cómodamente sentada.

—¿Por qué fue despedida de Harper Inc.?

Sin embargo, ella hizo lo mejor que pudo para que su sorpresa pasara desapercibida.

—Le seré sincera —dijo mirándolo a los ojos con determinación—. Abandoné mi lugar de trabajo. Estaba en la zona de construcción. Bill Harper inspeccionaba las demarcaciones hechas en el terreno. Tuve una emergencia… —titubeó— personal, así que me fui —explicó.

El gerente le miró, interrogante. Luego asintió.

—¿Hace eso cada vez que tiene una emergencia personal?

Ella le sostuvo la mirada.

—Fue la primera vez. Y ahora… —no pudo evitar sonreír al pensar en Mirra porque abandonó el lugar por ella, pero ya no habría más sobresaltos. Al menos ninguno relacionado con una enfermedad como el cáncer— no sucederá otra vez —afirmó.

—¿Está segura?

—Sí, señor.

—Bien, arquitecta Gehry, esta conversación es solo una mera formalidad —anunció el hombre—. El director de la firma la quiere aquí. Él quedó impresionado con su diseño para el proyecto Ola Azul, así que si está interesada, queremos contratarla.

Amanda apenas parpadeó. ¿De verdad eso estaba sucediendo? ¿Sería así de fácil? ¿Y quién era el director de esa firma que tanto impresionó? Sabía el nombre, Tyler Merril, pero no tenía en su cabeza una referencia visual del hombre.

—Estoy interesada —confirmó, procurando mantener el tono de voz —. Será un gusto ser parte de esta distinguida firma.

El gerente sonrió.

—Somos la competencia de Harper Inc. —Acotó.

Ella sonrió.

—Lo sé.

*"Bill Harper, vete al…"* Ella lo pensó mejor; mandar a la mierda a su ex jefe, no sería del todo justo, después de todo, gracias a él conoció a Mirra.

El gerente se levantó, se abrochó los botones del traje que vestía antes de tenderle la mano.

—Entonces, bienvenida.

Amanda no dudó de levantarse también y estrecharle la mano.

—Gracias, señor —su sonrisa no podía ser más amplia.

Cuando la arquitecta salió del edificio, estaba que daba saltos de la alegría, pero mantuvo el tipo hasta que se alejó al menos una calle del lugar. Después sonrió y alzó los brazos como señal de triunfo, sin importarle los transeúntes que la miraron como si toda ella fuera de color verde.

Amanda no cabía de felicidad en su cuerpo. La semana siguiente firmaría el contrato con la nueva firma y, además, el gerente le informó que el director quería que trabajara en un proyecto muy parecido al de Ola Azul. ¿Qué más podía pedir?

Tenía que darle la noticia a Mirra, así que sacó el teléfono de su cartera y buscó el contacto. Apenas hubo dos repiques y en la línea se oyó la voz que le agitaba el corazón.

—*Dime que es una buena noticia* —fue como contestó su chica.

La arquitecta rio.

—Es la mejor noticia —dijo.

—*¿Tienes el trabajo?*

—Sí, lo tengo.

Amanda tuvo que apartarse el teléfono de la oreja. Estaba segura de que el grito de Mirra se oyó en la manzana entera donde vivía.

—*¡Tenemos que celebrarlo!*

—Por supuesto que lo haremos. Todavía no puedo creerlo, Mir —dijo, pasándose la mano libre por los cabellos—. Ellos me querían en la firma. Ni siquiera hubo una entrevista.

—*¿Qué?*

—Lo que oyes…

Amanda le relató la conversación con el gerente y sobre el contrato que debía firmar mientras se dirigía hacia la estación del metro más cercana a la firma.

—*Haré algo superespecial para la cena para celebrar* —dijo Mirra.

—¿Por qué no ordenamos algo? —propuso Amanda.

—*Cocinaré con la ayuda de papá. El muy descarado se autoinvitó cuando le dije que estabas en una entrevista de trabajo y que celebraríamos en grande si lo conseguías.*

Amanda rio. Iván era así de descarado.

—Invitaré a Charlotte. Se alegrará de la noticia.

—*Genial. Me encantaría conocerla.*

—Compraré vino y sidra.

Mirra rio.

—*De acuerdo. Nos veremos en la cena.*

—Hasta luego, mi amor. Te mando mil besos.

Amanda finalizó la llamada cuando entraba en la estación. Esperó unos minutos la llegada del metro; tras entrar en unos de los vagones y sentarse, llamó a Charlotte. Su amiga se alegró por la buena noticia y aceptó encantada la invitación a la cena. Ella también ansiaba conocer a Mirra.

La arquitecta apenas pudo borrar la sonrisa de su rostro. A pesar del mal rato que pasó tras su despido de Harper Inc., el universo parecía haberse alineado a su favor. Mirra estaba en remisión del cáncer y ella tenía un nuevo trabajo. ¿Qué más podía pedir? *Solo que mis deudas se esfumen por arte de magia*, pensó. Rio por lo bajo y los pasajeros que iban a su lado la miraron extraño.

Pensar en Mirra le recordó la conversación que tuvo con ella en la mañana, cuando le habló de mudarse. A pesar de que en su vida

mantuvo un par de relaciones largas, nunca vivió con alguien, así que ese era un paso enorme. Y no es que no estuviera dispuesta a darlo, sino que no se lo había planteado.

Vivir con Mirra. El pensamiento la hizo sonreír otra vez. Estaba enamorada de ella; la amaba como nunca antes amó. En poco tiempo, esa mujer se había convertido en el centro de su existencia, en su felicidad, en el amor de su vida, entonces, ¿se mudaría con ella?

A su cabeza la respuesta llegó solita.

Mirra no tendría que pedírselo dos veces.

# 48

Cuando Amanda llegó al apartamento de Mirra, fue Iván quien le abrió la puerta y le dio un enorme abrazo.

—Felicidades, grandiosa arquitecta.

Ella rio, correspondiendo a su abrazo. El padre de su novia era más que adorable.

—Gracias, Iván —le sonrió cuando él la soltó—. Huele delicioso.

—Que no te diga tu chica que ella cocinó.

—¡Oye! —Se quejó Mirra desde la cocina—. Corté los vegetales y todas las cosas que me pediste.

Iván bufó.

—Y para ella eso es cocinar —secreteó él, tapándose la boca para que su hija no le leyera los labios.

Amanda rio.

—No tomaré partido en esto —se desentendió, mientras se dirigía hacia cocina, con su suegro a un paso detrás de ella.

—¿Y el vino y la sidra? —le preguntó la ojinegra al verla con las manos vacías.

—Charlotte insistió en traerlo ella, así que la dejé —su chica la miró, negando con la cabeza—. ¿Qué? Después de todo, estaré desempleada hasta la próxima semana —arguyó.

—Es cierto —la apoyó su suegro, mientras se sentaba alrededor de la barra.

—No sé si me gusta que se lleven tan bien —dijo la ojinegra.

En ese momento, el intercomunicador sonó.

—Debe ser Charlotte —comentó la arquitecta, dirigiéndose de vuelta a la puerta.

Y sí, era su colega. Después de darle acceso al edificio, ella la esperó en la puerta del apartamento.

—¡Felicidades! —exclamó Charlotte en cuanto la tuvo a la vista.

Amanda se encontró abrazada por segunda vez; esta vez por un solo brazo, ya que Charlotte tenía una mano ocupada con una bolsa donde llevaba las bebidas.

—Gracias, amiga.

La morena entró y ella cerró la puerta.

—Ahora, te tengo una noticia —le anunció su colega con una sonrisa tímida.

Amanda la miró, un tanto extrañada. Le pareció atisbar un ligero sonrojo en sus mejillas.

—Por favor, dime que es una buena noticia —pidió, temiendo que su ex jefe hubiese hecho de las suyas otra vez.

Charlotte sonrió, luego tragó saliva.

—Renuncié.

La quijada de Amanda casi llegó al piso.

—¿Qué?

—No podía quedarme allí después de que te despidieran sin darte la oportunidad de darles una explicación —se justificó—. Renuncié como protesta, así que no me lo reproches.

—Ola Azul se quedó sin arquitectos —murmuró Amanda, sorprendida.

—¡Al carajo esa firma! —exclamo Iván desde la cocina, que se había mantenido atento a la conversación, como buen indiscreto que era.

Tanto ellas como Mirra, se quedaron mirándolo, sorprendidas. Luego, las tres, estallaron en risa.

—¡Al carajo Harper Inc.! —lo apoyó Charlotte.

—Por Dios, no puedo creer esto —dijo Amanda, entre risas. Tomó a su amiga de la mano y la dirigió hacia la cocina—. Charlotte, ellos son Mirra e Iván. Señores, mi estimada amiga, Charlotte —los presentó, antes de recibir la bolsa con las bebidas.

Los tres se estrecharon las manos entre risas.

—Es un placer conocerlos —dijo la morena—. En especial a ti —se dirigió a Mirra—. Has tenido suspirando a mi amiga desde hace meses.

Los ojos de Amanda se ampliaron por ser expuesta de esa manera.

—¡Charlotte!

Mirra rio, mirándola con una infinita ternura.

—Ella también me ha hecho suspirar todo este tiempo —declaró, sin apartar la mirada de la suya.

La arquitecta suspiró, con los ojos brillando de puro amor.

—Debes tomar medicina para la glucosa cuando estás cerca de ellas —le advirtió Iván a Charlotte y esta soltó una carcajada.

Tanto Amanda como Mirra miraron de reojo al ruso.

—Me lo puedo imaginar —las chinchó Charlotte.

—Envidiosos —los acusó Amanda, y ellos rieron.

La cena no pudo ser más perfecta; los cuatro compartieron anécdotas y risas mientras disfrutaban de la comida y de las bebidas. Hablaron de todo un poco, como viejos amigos. Amanda se sintió feliz de que Charlotte congeniara tan bien con su chica y su suegro.

Era casi medianoche cuando los dos invitados se retiraron.

—No te irás, ¿cierto? —preguntó Mirra, cuando Amanda cerró la puerta del apartamento tras despedir a Charlotte y a Iván.

La arquitecta sonrió y se acercó a ella. Le dio un beso en los labios, luego negó con la cabeza.

—No me iré —respondió. La tomó de la mano y tiró de ella, encaminándose hacia la habitación—. Creo que es necesario seguir hablando de la mudanza.

El corazón de Mirra se aceleró. ¿En serio iba a hablar de eso? ¿Le diría que no? Si le decía que no le dolería la vida entera.

Amanda la condujo directo a la cama y la invitó a sentarse; Mirra sintió que las piernas se le doblaron solas al acomodarse en la orilla del colchón. No apartó los ojos de los suyos cuando ella se acomodó a su lado, sosteniéndole una mano.

—¿No quieres mudarte? —le preguntó con un hilo de voz.

La arquitecta sonrió ante su tono de inseguridad.

—Dijiste que está en los estatutos de las lesbianas, ¿no? Tengo que mudarme contigo.

Mirra necesitó algo de tiempo para que sus palabras tomaran sentido en su cabeza. La sonrisa tierna, cargada de amor, que la rubia le dedicó, la ayudó a entender. A espantar el temor que, absurdamente, se instaló en su pecho.

—¿Te mudarás conmigo? —quiso aclarar para estar cien por ciento segura.

La otra mujer sonrió; con movimientos lentos, le acunó el rostro y se acercó a sus labios, pero no la besó. Se miraron a los ojos estando así de cerca.

—¿Cómo no iba a querer hacerlo? —susurró—. Te amo —declaró y le rozó los labios—. Te amo más que a mi vida. Te amo tanto que me moriría sin ti.

Los ojos de Mirra se humedecieron. No podía creerlo. No podía ser más feliz. Después de sentirse en una pesadilla durante meses, ante sí tenía el cielo que le prometía la mirada de Amanda. Un cielo azul con el brillante sol que era su amor y un arcoíris con colores inimaginables.

Una lágrima se le escapó. Amanda sonrió porque esa no era una lágrima de dolor, ni de temor, sino de felicidad.

Una felicidad infinita, como la que ella albergaba en su corazón solo por amarla. Mirra tuvo que tragar saliva para poder hablar; la emoción la desbordaba.

—Yo también te amo.

Fue ella quien extinguió la distancia que separaban sus labios. Necesitaba besarla. Necesitaba vivirla. Necesitaba amarla un poco más.

# 49

***Tres meses después…***

Amanda avanzó por el terreno de la obra a paso firme hacia la siguiente excavación; en ese momento se ocupaba de inspeccionar cimentación de la estructura de lo que sería uno de los centros comerciales más grandes de Manhattan; uno que superaba tres veces a Ola azul.

Encima de la camisa negra que vestía, usaba un chaleco reflectante; su indumentaria la complementaba un jean, botas de seguridad y un casco de color amarillo. Ella se movía por el terreno con facilidad; llevaba dos meses recorriéndolo en toda su extensión, asegurándose de que todo se ejecutara de acuerdo a los planos. A su alrededor, algunos de hombres trabajaban en las excavaciones, otros en la cimentación; parecían un engranaje bien coordinado.

En la distancia vio a Charlotte; sonrió sin poder evitarlo. Su amiga también había sido contratada por Merril + Merril. Lo celebraron por todo lo alto y, esta vez en el apartamento de la morena, volvieron a exclamar, "Al carajo Harper Inc.", entre risas. Esas palabras de Iván quedarían para la posteridad.

Charlotte también la vio y fue a su encuentro. Amanda advirtió su gesto de preocupación, incluso antes de que estuvieran cerca para hablarse.

—¿Qué sucede? —le preguntó sin rodeos.

Charlotte miró hacia el lugar donde estaban a punto de verter el concreto en una de las armaduras de hierro.

—Ese hormigón no parece dosificado correctamente —respondió.

Amanda miró hacia el lugar; sin dudarlo, sacó el *walkie-talkie*. Voceó al ingeniero encargado del concreto y le ordenó tomar una muestra para verificarla.

Ambas se quedaron observando al ingeniero, a la espera de que cumpliera con la orden.

—¿Hay un plan especial para esta noche? —preguntó Charlotte, sin apartar la vista del lugar donde trabajaban con el hormigón

Amanda sonrió. El corazón le dio un vuelco. Ese día cumplía sus primeros tres meses de relación con Mirra. Y eran los primeros tres porque estaba segura de que serían muchísimos meses más los que estaría a su lado; tantos, que esos meses se convertirían en años. Y los años, en décadas. Con cada día compartido con la mujer que amaba comprobaba, se convencía, de que ella era el amor de su vida.

—No. Las dos coincidimos en que queremos hacer lo de siempre.

Charlotte la miró sonriendo y negó con la cabeza.

—¿Pasar el rato en el sofá, mirando películas?

—Películas clásicas —puntualizó Amanda con orgullo.

—Películas clásicas a las que nunca le ven el final porque terminan quitándose la ropa.

La arquitecta rio.

—A veces no nos la quitamos —señaló, con una sonrisa torcida, alzando las cejas.

—Ya me lo imaginaba.

Las dos terminaron riendo.

—Este hombre se mueve lento —dijo Amanda, refiriéndose al ingeniero que debía comprobar el concreto—. Vayamos a poner orden.

Charlotte asintió y se pusieron en marcha.

***

Amanda nunca se consideró muy romántica, pero Mirra le había sacado la vena, así que cuando se trataba de momentos especiales, quería hacerlos más especiales aún para ella. Por eso le pidió a Iván que sacara a su hija del apartamento y la distrajera el tiempo suficiente para poner algunas flores en la sala y hacer un camino de pétalos de rosas hasta el sofá, donde verían una película, abrazadas.

Las flores y el sendero de pétalos eran detalles sencillos, pero sabía que Mirra los adoraría. Después de poner todo en su sitio, echó un vistazo a la sala. Había elegido claveles rosados y blancos para adornar la sala; y también puso unas velas en lugares estratégicos.

Se veía bailando con ella a la luz de las velas después de la película, si es que terminaban de verla. Sonrió al pensarlo.

La vida junto a Mirra le estaba resultando una aventura llena de amor, romance y mucha protección; de ambas partes. Las dos eran conscientes de la oportunidad que la vida les había brindado. La vida y las grullas. Nunca se olvidaban de ellas.

De hecho, ellas, Iván y Charlotte, se habían dedicado a hacer mil grullas de papel, cada uno. Al completarlas, los cuatro iban a los hospitales y las obsequian a los pacientes, deseándoles larga vida y sanación de su enfermedad. También les obsequiaban cheques como una manera de apoyarlos un poco en lo económico. Cada vez que lo hacían, Amanda recordaba a Bill Harper. No le guardaba rencor; al contrario, le agradecía que la hubiese hecho recuperar esa consciencia por ayudar y ofrecerles a los pacientes un motivo para sonreír. Y una esperanza. Mirra era el mejor ejemplo de que la fe, la fuerza espiritual, podía hacer milagros.

Finalmente, Amanda sonrió complacida al ver las flores y la disposición de las velas; cuando las encendiera, el lugar cobraría un aire romántico, tal como lo quería.

Ella revisó su teléfono; no tenía mensajes de su suegro, así que disponía de algo de tiempo para darse una ducha y elegir un bonito atuendo. Se fue directo a la habitación; allí se descalzó, luego entró al baño. Cuando se quitaba la última prenda, le pareció oír que la puerta de la entrada se cerraba. De inmediato consultó el chat con Iván; se había llevado el teléfono al baño por si él le avisaba que iban en camino. No encontró mensajes, así que se relajó y entró a la ducha.

No estaba cansada, pero el agua caliente recorriendo su cuerpo le ayudó a relajar los músculos. Ella levantó la cabeza y dejó que el agua le bañara el rostro. Tenía los ojos cerrados, aun así, la sintió.

Amanda sonrió tan solo un segundo antes de sentir las manos de Mirra posarse en sus caderas, luego deslizarse hacia su vientre cuando la estrechó contra su cuerpo. Sintió sus senos en la espalda y un estremecimiento recorrió cada fibra de su ser.

—Tu padre es un traidor —dijo, bajando la cabeza para escurrirse el agua del rostro.

Mirra sonrió contra su hombro antes de besarlo.

—No te traicionó, lo manipulé para que me confesara la verdad —señaló, antes de clavarle los dientes en el lugar donde antes la besó.

—Lo manipulaste a tal punto, que estás hasta desnuda.

—Eso no fue planeado. Escuché la ducha y quise acompañarte. Sabes que me gusta acompañarte a esto.

Amanda se dio la vuelta entre sus brazos. Se encontró con los ojos negros mirándola con adoración. El cabello de Mirra había crecido, al menos, cinco centímetros en esos tres meses. En las fotos previas a su enfermedad, lo tenía largo hasta los hombros. Todavía le faltaba mucho por crecer, pero a ella le gustaba así porque le daba un aire algo rebelde.

Mirra había recuperado su color blanco natural y tenía cejas; unas hermosas y gruesas cejas que ella delineó, como le gustaba hacerlo, antes de besarla.

—Felices tres meses —susurró contra su boca.

Mirra sonrió.

—Felices tres meses.

—Cuando cumplamos un año, nos iremos de viaje a donde lo desees.

—¿A dónde lo desee?

—Mju… —los ojos de Mirra brillaron. Era ese brillo que ella reconocía muy bien—. No al sofá —le aclaró.

La ojinegra rio.

—Por ahora me basta la ducha —declaró antes de reclamar su boca con tanto ardor, que la hizo gemir.

# 50

El amor no se puede detener. Eso pensaba Mirra mientras veía a Amanda llenando las copas de vino. Esa noche era de celebración, así que bebería una copa. El amor se la merecía. Su relación se la merecía.

Ella sonrió sin darse cuenta; ese instante lo eligió Amanda para mirarla.

—¿Y esa sonrisa? —le preguntó con la mirada cargada de curiosidad, luego sonrió de lado, así que sabía perfectamente cuál sería su respuesta.

—Sonrió cuando veo a la mujer que amo —respondió sin borrar su sonrisa.

El corazón de la arquitecta se le aceleró. Así era siempre; llevaban tres meses viviendo juntas y todavía no se acostumbraba a que Mirra hiciera lo que quería con su corazón. A veces se lo aceleraba a mil, mientras que otras, se lo detenía por unos segundos con un beso o alguna declaración de esas que la hacían sonrojar. Tal como estaba segura de que se sonrojaba en ese momento.

Amanda sonrió y se humedeció los labios con la lengua; se mordió el inferior cuando devolvió la botella de vino a la hielera y agarró las dos copas. Sus ojos se clavaron en los de la otra mujer mientras se acercaba al sofá.

Mirra se hallaba sentada de lado, con las piernas cruzadas, con un aire relajado. Amanda le entregó la copa antes de tomar asiento frente a ella, adoptando casi su misma postura. Ofreció su copa para brindar y esta sonrió.

—Por los primeros tres meses.

Mirra alzó las cejas, fingiendo sorpresa, pero su sonrisa delató su deleite al escuchar “los primeros tres”. El brillo de sus ojos le dijo que también quería muchos más a su lado. El amor no puede detenerse y el de ellas, menos. Así fue desde el principio en aquella sala de hospital.

—Por los primeros y maravillosos tres meses —dijo ella.

La sonrisa de Amanda se amplió y el brillo en su mirada se igualó a la de la mujer que amaba. Se sonrieron antes de beber de sus respectivas copas. Los pétalos de rosas esparcidos por el suelo desprendían su dulce aroma, envolviéndolas.

Ellas no necesitaban palabras, así que después de disfrutar del primer sorbo de vino, sus labios se buscaron con un beso dulce, cargado de emoción y de felicidad por estar juntas.

—Te amo —susurró Amanda al separarse apenas de esos labios que se habían convertido en su máxima adicción.

Mirra sonrió.

—Y yo a ti. Profundamente.

—¿Intensamente? —se interesó la arquitecta, siguiendo el juego que iniciaron en una de sus tantas sesiones de amor e intercambios de besos.

—Inmensamente.

Amanda rio y volvió a besarla. El amor no se puede detener. Así fue para ellas, por lo que su amor continuaría creciendo, eternamente.

Mirra rompió el beso y se quedó mirándola de una manera extraña.

—¿Qué? —le preguntó la arquitecta, intrigada.

—Sé que dije que no quería salir, pero… quiero hacer algo.

Amanda alzó las cejas.

—¿Qué quieres hacer?

La ojinegra no respondió; en su lugar sonrió antes de quitarle la copa de la mano y dejarla, junto con la suya, en el suelo.

—Ven conmigo —pidió, tomándola de la mano.

—¿Qué? —cuestionó, dejándose arrastrar hacia la puerta.

—Solo sígueme — Mirra agarró sus chaquetas antes de hacerle una seña para que ella abriera la puerta. No quería soltarla de la mano.

Salieron del apartamento y entraron al ascensor. Cerca de treinta minutos después, se encontraban en Brooklyn.

—Estás loca —dijo Amanda.

Su mujer sonrió como si acabara hacer la travesura más grande de su vida. Y es que, prácticamente, la había hecho. Estaban a punto de entrar al puente de Manhattan.

La noche era bastante fría y había mucha gente en los alrededores, como siempre.

—¿Recuerdas la última vez que estuviste aquí?

Amanda sonrió y negó con la cabeza por su tonta su pregunta. Por supuesto que lo recordaba. Jamás lo olvidaría. Mirra le sujetó fuerte la mano cuando comenzaron a internarse en el camino para peatones que cruzaba el puente. En el horizonte, las luces de la ciudad parecían estrellas que formaban un universo terrenal. La vista era hermosa.

Avanzaron entre la gente sin prisa. Para el resto era solo un sitio como muchos otros; para ellas, era el lugar donde mil grullas hicieron magia con sus alas.

—Es hermoso —dijo Amanda, aspirando el aire frío de la noche.

—Es hermoso estar aquí contigo —declaró Mirra, mirándola a los ojos.

A la arquitecta siempre le gustaron los ojos de ella, pero, en ese momento, le parecieron más extraordinarios que nunca. Por eso se detuvo, obligándola también a parar. Sin dudarlo, le soltó la mano y le acunó el rostro. La besó sin reparos, sin importarle nada. La besó con pasión, con ternura, con amor. Con todo eso mezclado entre sus labios y su lengua, que se enredó con la suya sin mayores preámbulos. Sus corazones palpitaron agitados, inundados del calor de sus bocas y los gemidos atrapados entre ellas.

La potente bocina de un auto las sobresaltó, y sus bocas se separaron. Rieron con complicidad antes de retomar su andar. No iban a cruzar el puente, ambas lo sabían. Su destino era el mismo que la última vez.

No tardaron en llegar al punto donde la malla metálica tenía el hoyo por donde lanzaron las grullas. Ahí se detuvieron. Mirra apoyó los brazos de la baranda, mirando hacia el horizonte, en dirección al puente de Brooklyn. Amanda le rodeó los hombros con los brazos, pegándose a su espalda.

Se quedaron en silencio, contemplando la vista; recordando.

—A veces parece que haces locuras —dijo Amanda cerca de su oreja, como si le confesara un secreto—, como esta, por ejemplo. Pero te seguiría con los ojos cerrados a cualquier lugar del mundo.

Mirra ladeó la cabeza. Entró en su campo de visión por el rabillo del ojo.

—Yo no te llevaría a cualquier lugar del mundo —declaró.

—¿Ah, no?

Ella negó con la cabeza; entonces se movió, se dio la vuelta y la rodeó por la cintura. Su mirada intensa se clavó en la de la arquitecta.

—No —respondió con una media sonrisa que ya ella conocía muy bien.

—¿Entonces a dónde?

Mirra miró sus labios antes de regresar a sus ojos.

—A la cima de la más alta felicidad —respondió.

En el corazón de Amanda se desbordó un poco más de amor por ella, como si fuera posible. La sonrisa que se reflejó en su rostro enamoró también un tanto más a Mirra. El amor no se puede detener. Al igual que la magia de las mil grullas de papel, que volvieron a volar a su alrededor, envolviéndolas sin que ninguna de las dos lo sospechara. Y sería así por siempre. *Senbazuru.*

***Fin***

# Libros publicados

**Sexy Dance (2025):** Leyre llega a Kabarett, un Club Strip de Miami Beach, para continuar con su trabajo como stripper. Ella tiene los pies sobre la tierra; en primer lugar, sabe que no vivirá de quitarse la ropa toda la vida y, segundo, quiere un amor de final feliz como en las películas.

En el club ella conocerá a Peyton, una casanova coleccionistas de stripper y cuanta mujer caiga en sus redes de seducción.

En un mundo donde la ropa sobra y el deseo puede encenderse con solo una mirada, los corazones tendrán que descubrir sus propios secretos para no terminar rotos.

**Una ocasión especial (2025):** Tres parejas; seis mujeres que coinciden en un lugar, tal vez por azar del destino… Tal vez por una loca idea de quien escribió sus historias. Una copa de vino, una taza de café, será el inicio para conocer el amor que las une, sus vivencias, sus anhelos, su futuro. Una amistad se forjará en una ocasión especial que las unirá, quizá, para siempre.

**La más larga noche de lluvia (2024):** Yelena y Julia llevan una vida casi idílica; tienen años viviendo juntas, un hermoso hogar y trabajan en el mismo colegio. Nada puede ser más perfecto.
Hasta que el cielo se torna gris y una torrencial lluvia deja a Julia atrapada en el tráfico. Un accidente lo cambiará todo, trayendo a sus vidas a una mujer obsesionada con una venganza que les hará vivir la más larga noche de lluvia.

**De Venezuela a París (2024):** Como artista, Soleil tiene un sueño. Que sus pinturas sean expuestas en la galería del LeVorne, el museo más famoso del mundo y de París. Por eso, cuando Diana Vidal, la directora del museo, viaja a Venezuela exclusivamente para ver su última colección, ella siente que puede rozar su sueño con la punta de los dedos. Pero de pronto, una pintura creada por la artista y que guarda con celo, es robada.

Cuando Soleil se entera de que la pintura fue revelada a la persona equivocada, viajará a París en busca del cuadro que podría arruinar su carrera y su vida, sin saber que su corazón también sería robado.

Léa Arnaud es una investigadora privada que parece sacada de una película de detectives de los años sesenta, pero será ella quien acompañe a Soleil en su búsqueda de la pintura que le robaron. Juntas tendrán que correr por sus vidas. Juntas podrían encontrar el amor en las hermosas calles de París.

**Sabandija (2023): Libro 2 de la trilogía Tres Plumas, junto a Betty Carrillo Z. (Estúpida) y Daniellis R. (Engreída).** Milka es la dueña de Taurus, un reconocido taller de autos en Ohio, y también es la jefa mecánica de uno de los equipos de autos de competencia que patrocina Gas Action. Además de la presión que supone cada carrera, también tiene que lidiar con el impetuoso carácter de su joven piloto, así que cuando la nueva presidenta de la marca le dice que es "imperativo" que se reúnan, hace todo lo posible para que eso no suceda.

Hannah intenta demostrar que es capaz de dirigir el imperio que su padre erigió, a la vez que va en busca de una esquiva jefa mecánica. Su vida se complica cuando la atracción que comienza a sentir por la mecánica, la hace cuestionar su educación, que condena sus pecaminosos pensamientos.

En las pistas, el amor y la pasión arderán cuando la sonrisa de Milka debilite la determinación de Hannah. ¿Serán capaces de frenar los ímpetus del amor?

**Ya no se cae el cielo (2023):** Daria y Arantxa son felices, tienen años casadas y viven un amor de ensueño. Una de ellas necesita cumplir su mayor sueño. Ser madre. A la otra, la idea no le gusta demasiado, pero por ver feliz a su esposa, es capaz de cualquier cosa; incluso, convertirse también en mamá. Lo que ninguna de las dos esperaba, era que el embarazo torciera tantos sus destinos.

Kaia, la mejor amiga de Arantxa, será quien enfrente las consecuencias de un acontecimiento que cambiará también su vida, porque así es el amor; teje sus hilos sin que nadie lo sepa.

**¡Odio al gato! (2022):** Anett es manicurista y tiene que atender a decenas de clientas para pagar la renta de su diminuto apartamento y tener cierta tranquilidad económica. La cuestión es que no siempre las cosas le salen bien y suele terminar mal parada. Hasta que un día su buzón rebosa con la correspondencia de un abogado que la llevará de vuelta al pasado que creyó haber dejado atrás.

Sorana es estilista y vive despreocupada de la vida. Eso sí, no tiene en sus planes enamorarse; no después de que le destrozaron en el corazón.

En esta historia, Maurice es el tercer protagonista. O el primero, depende de cómo se mire. El punto es que es el gato de Sorana y, según Anett, es un delincuente.

**Caricias en el alma (2022):** Tamara vive un amor idílico junto a Cristina; se hicieron novias cuando estaban en la universidad y, tras varios años de relación, acaban de mudarse a un diminuto apartamento. Su felicidad es inmensa, por eso brindan por su futuro juntas en un restaurante de su querido Hatillo, en Caracas.

Sin embargo, un hecho "casi" insignificante, lo cambia todo para siempre y Tamara tendrá que soportar un duro destino.

Saned es una mujer tierna, inteligente y optimista, que trabaja cada día para pagar sus cuentas.

La vida de Tamara se cruzará con la de Saned en una historia de superación, amistad y amor verdadero.

¿Será que el amor que acompaña y lo supera todo, es para siempre?

**Lo que cuesta el paraíso (2021):** Airyna está enamorada; sueña con terminar su carrera en Venezuela para hacer su amor realidad junto a la mujer que conoció en Twitter y que llena su vida de ilusión y felicidad.

Victoria tiene años en Bogotá en un trabajo que sabe hacer muy bien.

Nadia Guerrero busca desesperadamente a una persona.

Tres mujeres.

Tres vidas unidas por una trampa que las conducirá al amor y les enseñará lo que cuesta el paraíso.

**Tú en mi corazón (2021):** El amor mueve al mundo, eso dicen; pero para María Fernanda, el amor no ha sido más que dolor, amargura e incomprensión. Para escapar de su sufrimiento, se aleja de todo lo que ha sido su vida, dispuesta a encontrar un poco de sosiego. ¿Encontrará lo que busca? ¿Se olvidará de ese amor que le causó tanto dolor? ¿Hallará a la mujer perfecta? ¿Será Valeria, su compañera de cuarto, quien le muestre que el amor no es solo dolor? Al final, será su corazón quien le muestre el camino.

**De tu lado de la cancha (2020):** Leylah ha permanecido aislada del mundo durante muchos años tras ser víctima de la locura de un desconocido que marcó su vida para siempre. Lo único que la mantuvo luchando contra las secuelas de ese hecho fue su pasión por el tenis. Su vida no es normal, sin embargo, ella siente que ha llegado la hora de regresar al mundo. Y volver a la cancha donde todo pasó, puede ser el comienzo.

Chelsea Clark se convirtió en una campeona y lideró el ranking del circuito femenino de tenis por mucho tiempo, pero cuando su ego entró en acción, lo dulce de la miel se volvió amargo. De pronto las derrotas convierten el mundo de la tenista en un infierno del que no sabe cómo salir. Será tarea de Robert, su padre y entrenador, buscar desesperadamente cómo ayudar a su hija.

El deporte blanco las unirá y las canchas serán testigos de cómo el amor hace su magia.

**Amándote así (2020):** Sara Alonso es una reconocida periodista de España; vive en Madrid, trabaja para una importante revista y

también participa en un programa de TV. Inesperadamente, su jefa le encarga entrevistar a la escritora de temática LGBT que está arrasando en ventas. El problema es que ni siquiera la editorial que publica los libros de Mar Ferrara sabe quién es; solo se conoce su nacionalidad venezolana.

Sara se embarca entonces en una búsqueda que la llevará a Venezuela, específicamente a Mochima, donde se encontrará con Erin, una mujer que cautiva por su belleza, y con su amiga Gabriela, que es tan reservada que parece una caja fuerte. ¿Podrá Sara encontrar a la escritora que busca? ¿O estará buscándola en el lugar equivocado?

**Horas oscuras (Detective McHale 3) (2020):** Madison descubrió quién es *El disecado* y ahora está en una carrera contra el tiempo; Zoe fue secuestrada por el escurridizo y cruel asesino, así que la detective tendrá que poner a prueba todo su instinto para encontrarlo antes que la mujer que ama se convierta en su próxima víctima.

La sagaz detective contará con la ayuda de Andrew y el capitán Benson, pero, ¿será suficiente? ¿Encontrará a tiempo el nuevo escondite de Ferguson?

**Tus besos de café (2019):** Jade necesita un cambio en su vida, así que nada mejor que mudarse a otra ciudad y comenzar de nuevo. Pero lo último que esperaba al llegar a Manhattan era encontrarse con unos impresionantes ojos avellana tras una barra en el bistro-café de su amiga Hillary.

Melany es una exitosa barista y catadora de la ciudad, pero su corazón está lleno de miedos que le dejó un pasado doloroso y algunas inseguridades que le causan otros prejuicios sociales.

Juntas tendrán que saltear prejuicios y el acoso de un hombre que amenaza con acabar con su futuro. Juntas descubrirán que los besos tienen sabor a café.

**Alma oscura (Detective McHale 2) (2019):** Después de cuatro meses de estar sentada tras un escritorio, Madison ansía volver a las calles, pero no sabe cuáles son los planes de su capitán. De pronto,

una antigua amante le pide desesperadamente que encuentre a su hija que cree desaparecida. Lo que la detective no esperaba era encontrarse frente a un caso que años atrás puso en jaque a los detectives de Richmond, mientras tiene que lidiar con una nueva compañera y las dudas de Zoe sobre su relación.

Madison tendrá que entrar en la mente de un asesino con un alma oscura y usar su instinto para encontrarlo antes de que la hija de su ex amante sea su próxima víctima. Andrew y su nueva compañera la acompañarán en la vertiginosa búsqueda donde nada es lo que parece.

**Veinte años (2018):** Miranda Kinard se marchó a Canadá junto a Kelly siendo aún muy joven para alcanzar su felicidad junto a ella, lejos de los prejuicios de su madre, pero los años pasan inexorablemente, llenando de dolor y soledad su vida, cambiándola para siempre. Pero el destino también juega sus cartas, tras veinte años lejos de San Diego, Miranda regresa por la muerte de su madre y encuentra en ello la oportunidad de una hacer una nueva vida.

McKenzie vive al ritmo de sus sentimientos, lucha por lo que quiere e incluso está dispuesta a enfrentarse a su madre por estar al lado de la mujer que ama.

**Sombras oscuras (Detective McHale 1) (2018):** Madison McHale es una detective de la comisaría de Richmond, en Virginia. Tiene un carácter que la mete en problemas a cada minuto, y una imagen irresistible para las mujeres. Pero de pronto comienzan a aparecer muertas algunas mujeres con las que se ha relacionado. Los asesinatos tienen algunas características especiales que la hacen darse cuenta de que las muertes tienen que ver con ella. Junto a su compañero, el detective Andrew Steinfeld, tendrá el reto de investigar quién está detrás de los asesinatos.

Zoe conoció a Madison de una forma inesperada; entonces la detective se vio obligada a ayudarla, lo que las llevará por un camino donde el deseo jugará sus cartas sin percatarse que el peligro las acecha entre las sombras oscuras.

**Enamorarme de ti (2017):** Después de varios años tratando de superar su trauma, Joey Allen, comienza a sentir que ha llegado la hora rehacer su vida; tal vez, junto a Jason Fox, un viejo amigo de la universidad que siempre le ha profesado su amor.

Inesperadamente, Hayden McNamara, llega amenazando con acabar con la empresa de los Allen y el reciente matrimonio de Denise, con quien estaba comprometida. Joey le propone resolver la situación de una manera muy particular, a fin de cuentas, no le importa el sacrificio si eso implica que su familia estará tranquila.
Eso las llevará por un camino desconocido para las dos. Lo que no esperaba Joey, era que eso la hiciera descubrirse, mientras que Hayden se olvidaba por completo de la mujer de la que estaba enamorada. Juntas tendrán que enfrentarse a un enemigo oculto tras las sombras.

**Tus ojos míos (2016):** Kaylie Taylor, es una talentosa fotógrafa que ha hecho su vida lejos de su familia, en Francia. Tras un fuerte tropiezo en el amor, regresa a su país dispuesta a continuar adelante con su vida y su exitosa carrera. Cuando se ve obligada a ir a las heladas tierras de Alaska por su hermano, se encontrará con unos profundos ojos azules que la cautivan y que, sin que ella lo imaginara siquiera, la han observado desde hace mucho tiempo.

A Kate Evans la acechan oscuras sombras del pasado, las siente cernirse sobre ella; por eso se aleja de todo lo que puede parecerse a una relación, pero le tocará luchar contra lo que siente cuando Kaylie llega, mientras intenta descubrir quién es el asesino que trata de acabar con su mundo y su vida.

**A cuatro manos con Betty Carrillo Z.:**

**Sus ojos (2025):** Athenas es una joven chilena que conoció a Ada a través de una aplicación de citas. Convencida de que había encontrado a su alma gemela, ella viajó a Estados Unidos siguiendo los deseos de una nueva vida junto a la mujer que parecía entenderla como nadie.

Pero al llegar y con el pasar de las semanas, Athenas se da cuenta de que todo fue un engaño para convertirla en una víctima. Humillada y sin recursos ni documentos de identidad, escapa de su inesperado destino y termina viviendo en las calles, pasando hambre y necesidades hasta que conoce a Paula; una trabajadora social que se acerca a ella para darle una mano.
El destino jugará sus cartas y con el pasar de los días, juntas reconstruirán los que Ada una vez destruyó. La confianza de Athenas y su deseo de amar.

**Legado de amor (2024):** Mara Betancourt sintió hervir su sangre cuando, después de un año de ausencia, se encontró con Oriana, su cuñada. La tachó de egoísta y cruel por haberse marchado sin avisar y dejar sin saber de ella a Lita y Mario, tras la trágica muerte de Liam.

Para Oriana fue muy difícil asimilar su viudez. Amaba a su esposo con todas sus fuerzas y también adoraba a su familia. Su dolor era inmenso, desgarrador. La pérdida de su esposo la hizo huir, dejar todo atrás sin dar explicaciones a nadie.

Un año después, ninguna de las dos imaginó lo que ese encuentro les depararía. La atracción entre ellas surgió de improviso, causándoles dudas y rechazo. La lucha interna entre lo correcto y lo incorrecto las hizo alejarse la una de la otra sin que ninguna tuviera clara la razón.

Mara y Oriana quieren derribar los muros que las separan y los prejuicios de una familia tradicional para darle rienda suelta a su amor.

¿Será Oriana el legado de amor que Liam Betancourt le dejó a su familia?

**Servicio al cliente (2022):** Naomi Rivas lleva años como gerente de Molloy, una concurrida tienda de regalos y café; sin embargo, a pesar del éxito, el servicio al cliente no es el mejor porque no cuenta con suficientes empleados. La lucha de la gerente con la dueña de la tienda parece eterna, pero cuando alguien ataca la fachada de Molloy, esta finalmente acude a una agencia de colocaciones.

Michelle Muñoz llega a la tienda vistiendo su uniforme de guardia de seguridad cuando Naomi lo que necesita son empleados para el área de ventas. A partir de ese momento comienza a tejerse una historia de amor que llevará a una cumplir su sueño de amor y a la otra, a cambiar su vida profesional.

---